



*La Galeria
del Millonario*

Romana Tax

La Galería del Millonario

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2025 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de \$250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

La Galería del Millonario

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

26. Anteprema: Sé mía

27. ¡Gracias!

La Galería del Millonario



Nunca imaginé que mi sueño de abrir una galería de arte me llevaría a los brazos de un hombre brillante e irresistiblemente atractivo.

Cuando me convertí en la asistente de Liam Parker, estaba enfocada en mi independencia—decidida a demostrar que podía construir algo por mí misma. Pero él tenía otros planes. Me

miraba como si fuera la única persona en el mundo, y mantener una relación profesional era imposible cuando cada mirada furtiva y cada beso apasionado me dejaba sin aliento.

Enamorarme de Liam fue tan complicado como emocionante. Pero cuando cruzó la línea en nombre del amor, amenazó con destruir todo por lo que había trabajado—incluyendo mi confianza.

¿Podremos reconstruir lo que está roto, o su ayuda me costará todo lo que siempre he deseado?

SOPHIA

El sol de la mañana baña las calles de oro mientras me acomodo en mi rincón favorito de la terraza del café La Colombe.

La silla metálica raspa contra el concreto cuando la arrastro, reclamando una mesa de esquina. Perfecta para observar a la gente, aún mejor para dibujar. La multitud matutina pasa apresurada – ejecutivos con maletines, artistas con portafolios, turistas con mapas – pero esta esquina se siente como mi pequeño santuario.

Apenas he dado el primer sorbo a mi café con leche de avena cuando algo llama mi atención – una mariposa monarca, sus alas como un vitral de naranja y marrón, posándose delicadamente en el borde de mi taza.

Contengo la respiración. Las mariposas en Manhattan ya son bastante raras, ¿pero una que se queda quieta? Es un regalo. Como si la ciudad misma me ofreciera un momento mágico antes de mi reunión.

Moviéndome despacio, temiendo asustarla, saco con cuidado mi cuaderno de bocetos. La mariposa permanece ahí, sus alas abriéndose y cerrándose perezosamente bajo el sol matutino.

Mi lápiz se desliza sobre el papel con trazos expertos – primero la forma básica, luego los patrones intrincados. Las venas oscuras que recorren sus alas me recuerdan a las líneas de plomo en los vitrales, y me encuentro mapeando cada detalle, alternando la mirada entre mi modelo y la página.

Por esto dejé la contabilidad – por momentos como este, cuando el arte y la vida se entrelazan perfectamente.

La mariposa se mueve, y me quedo inmóvil, pero solo está ajustando su posición. Capturo los sutiles degradados donde el naranja se funde con el marrón, la perfecta simetría de sus alas. Mis dedos difuminan el grafito con precisión, añadiendo profundidad a las sombras. Cada línea se

siente correcta, como si mi mano supiera exactamente dónde ir. Esto podría ser perfecto para una nueva pieza de joyería – trasladar estos delicados patrones a metal y piedra. Casi termino, solo necesito—

Una brisa susurra al pasar, y la mariposa alza el vuelo, elevándose en espiral hacia los edificios. La observo hasta que desaparece contra el cielo azul, hipnotizada por su grácil danza entre los rascacielos.

Entonces miro mi teléfono.

"¡Mierda!" La hora me mira fijamente – 9:45. "¡La reunión con el abogado!"

Meto mi cuaderno en mi bolso, casi tirando la silla en mi prisa.

El dibujo tendrá que esperar. Agarro mi bolso, dejando mi café medio lleno olvidado en la mesa, la marca de labial en el borde como única evidencia de que alguna vez estuve ahí.

Gracias a Dios que el bufete está al lado. Mis tacones resuenan contra la acera mientras me apresuro a través de las puertas giratorias, mi corazón ya acelerándose por lo que está por venir.

No odio los ascensores. Normalmente. Pero hay algo en este que me eriza la piel—tal vez es la débil música de ascensor que suena como si se reprodujera a través de una lata oxidada de 1985, o el sabor metálico en el aire que recubre mi lengua con cada respiración. O tal vez es simplemente el hecho de que estoy a punto de entrar a una reunión con un poderoso abogado para discutir la compra de un espacio para una galería que cuesta más de lo que ganaré en la próxima década.

Mi estómago realiza una rutina de gimnasia digna de las Olimpiadas mientras presiono el botón del último piso, viéndolo iluminarse con un enfermizo resplandor amarillo.

Mi bolso—cuero vintage, desgastado lo justo para tener carácter—pesa en mi hombro, cargado con bocetos, notas y cada gramo de encanto que he logrado reunir para vender mi visión, aunque mi cuenta bancaria grite en protesta.

Las puertas se cierran con un susurro que suena más como una advertencia, y me veo reflejada en el panel de espejo. Sexy pero profesional, me recuerdo, dando un rápido toque a mis rizos sueltos. Caen más allá de mis hombros en ondas cuidadosamente elaboradas que me tomaron cuarenta y cinco minutos y dos productos diferentes para lograr.

Llevo un vestido negro que se adhiere a mis curvas como una segunda piel sin cruzar esa línea invisible hacia el territorio de intentar demasiado.

Mis aretes de turquesa, largos y elegantes con acentos de oro martillado, bailan contra mi cuello con cada movimiento. Los hice yo misma, como toda mi joyería. Cada pieza cuenta una historia,

lleva un pedazo de mi alma. Única. Memorable. Como yo. O al menos, como la versión de mí que estoy desesperadamente tratando de vender hoy.

Respiro profundo, inhalando el aroma de mi perfume de jazmín mezclado con el aire estéril del ascensor.

Mis dedos aferran mi bolso como si fuera un salvavidas y me estuviera ahogando en medio de Manhattan. Es ahora o nunca, Sophia. Convince al tipo de que eres legítima, y estarás un paso más cerca del sueño.

El sueño que me ha mantenido despierta incontables noches, bocetando diseños hasta que mis dedos se acalambraron y mis ojos ardían. El sueño que me hizo dejar mi trabajo seguro y aburrido en contabilidad para perseguir algo que realmente hace que mi corazón se acelere.

El ascensor se detiene en el piso once, la parada súbita hace que mi estómago dé un vuelco. Levanto la mirada mientras las puertas se abren con ese mismo sonido susurrante, y entonces, él entra.

Alto. Oscuro. Devastador. Su traje—azul marino y claramente hecho a medida—parece haber sido confeccionado por ángeles con un gusto impecable, y la forma en que se estira sobre sus anchos hombros debería venir con una etiqueta de advertencia. Su cabello oscuro está perfectamente peinado en ese estilo deliberadamente imperfecto.

No me mira de inmediato, solo presiona un botón y se apoya casualmente contra la pared.

Cuando sus ojos finalmente se encuentran con los míos, son del color del whisky añejo, y percibo en ellos una agudeza, una inteligencia que roza lo depredador. Una seguridad que no solo cruza la línea de la arrogancia—la pulveriza.

Asiente levemente, un movimiento preciso y controlado, como todo en él. "¿Último piso?"

Le devuelvo el gesto, intentando ignorar cómo mi pulso se acelera bajo su mirada. "Así parece."

Las puertas se cierran, sellándonos en nuestra jaula metálica, y desvío la mirada, repentinamente consciente del espacio entre nosotros. Se siente cargado, como el aire antes de una tormenta. Es uno de esos tipos, me doy cuenta. La clase de hombre que no necesita anunciar su importancia porque irradia de él como el calor de una hoguera.

Definitivamente es abogado. Parece de los que desayunan contratos y los bajan con whisky, probablemente mientras lee el Financial Times y planea dominar el mundo.

El ascensor se sacude bruscamente, el movimiento violento casi me hace perder el equilibrio sobre mis tacones de imitación. Tiembla una vez, como un animal moribundo, y luego se detiene con un chirrido que suena caro y aterrador.

Las luces parpadean amenazantes, y mi corazón da un vuelco. "No, no, no, no—"

"Tranquila," dice él, con una voz suave como bourbon de alta gama y irritantemente serena. "Probablemente solo sea un tropiezo momentáneo."

"¿Tropiezo?" espeto, golpeando el botón de emergencia con tanta fuerza que me astillo la uña perfectamente esmaltada. No sucede nada excepto un patético chasquido que no ayuda en nada a mi creciente pánico. "No sé en qué tipo de ascensores se mueve usted, pero de donde yo vengo, los tropiezos no te dejan atrapada entre pisos."

Arquea una ceja perfecta, su expresión atrapada entre la diversión y la curiosidad. "¿Y de dónde viene exactamente?"

"Acabo de mudarme de Brooklyn," respondo. "Donde la gente tiene cosas que hacer y nada de tiempo para quedarse atrapada en ascensores."

Sus labios se tensan, como conteniendo una sonrisa que podría agrietar su perfecta fachada. "Anotado."

Lo fulmino con la mirada, tratando de ignorar cómo las luces parpadeantes proyectan sombras que hacen que sus pómulos parezcan esculpidos en mármol. "Se lo está tomando bastante bien. ¿No tiene que estar en algún lado?"

"De hecho, sí." Saca su teléfono del bolsillo con la misma gracia fluida que parece acompañar cada uno de sus movimientos, mira la pantalla y frunce el ceño. "Sin señal."

"Perfecto," murmuro, deslizándome contra la pared, sintiendo el frío metal a través de la tela delgada de mi vestido. "Simplemente perfecto."

LIAM

El silencio del ascensor solo se rompe por el suave ritmo de sus tacones contra el suelo.

Camina de un lado a otro como si intentara quemar lo que sea que alimenta su agitación, sus movimientos bruscos e inquietos. Es hermosa —innegablemente—, pero hay algo más que su belleza. Es la energía que emana, ardiente e implacable.

No logro decidir si está enfadada específicamente conmigo o con la situación, pero de cualquier manera, es imposible ignorarla.

"¿Qué llevas en el bolso?", pregunto, más que nada para romper el silencio.

Deja de caminar y me mira, entrecerrando ligeramente sus ojos color avellana. Se aferra a la correa de su bolso de cuero, casi a la defensiva. "¿Por qué?"

"Curiosidad", respondo, apoyándome casualmente contra la pared. Su reacción me divierte, aunque no lo demuestro. "Parece pesado. No me das la impresión de ser alguien que cargue peso innecesario."

Sus labios se presionan en una fina línea, como si estuviera debatiendo si responder o no. Finalmente, exhala y ajusta el bolso sobre su hombro. "Cuadernos de bocetos. Notas. Ideas."

"Artista", digo, las palabras escapando antes de poder contenerlas. Simplemente le queda. Todo en ella —los pendientes, la agudeza en su mirada, la manera en que parece cargar el mundo sobre sus hombros sin dejarse aplastar.

Sus cejas se alzan ligeramente y ladea la cabeza, estudiándome. "¿Cómo lo adivinaste?"

Señalo con un gesto hacia sus pendientes, delicados hilos turquesa con detalles de oro martillado.

"La joyería. Única. Atrevida. No es algo que simplemente compras en una tienda."

Inclina más la cabeza, como si intentara decidir si estoy siendo sincero o burlándome de ella. Sus labios se curvan en una leve sonrisa socarrona. "Eres más observador de lo que esperaba."

"¿Debo tomar eso como un cumplido?", pregunto, igualando su tono.

"Tómalo como quieras", dice, desplazando su peso sobre una cadera. El movimiento llama mi atención hacia cómo le sienta el vestido negro —un diseño simple, pero impactante, que abraza sus curvas sin excederse. Es profesional, pero es innegable la confianza en su elección.

"¿Por qué una artista se dirige al último piso de un edificio corporativo?", pregunto. No es una acusación, solo una pregunta, aunque su rostro cambia ante mis palabras. Un destello de vacilación cruza sus facciones, y siento la más leve punzada de curiosidad.

"Negocios", dice simplemente, alzando la barbilla como desafiándome a cuestionar su respuesta. La comisura de mi boca se eleva en una media sonrisa. Negocios. Eso explica el bolso y los nervios apenas ocultos. Pero todavía no explica por qué está aquí, y no tengo tiempo de reflexionar sobre ello antes de que la realización me golpee.

Mi oficina. Mi reunión.

Estudio su rostro más de cerca, mi curiosidad transformándose en certeza. "Eres Sophia Russo." Sus ojos se ensanchan ligeramente, su compostura quebrándose. "Espera... ¿tú eres Liam Parker?"

"Culpable", digo, mi voz tan serena como siempre.

Su expresión fluctúa entre la conmoción y la molestia antes de establecerse en una mirada fulminante. "Tiene que ser una broma."

Me encojo de hombros, sin molestarme en ocultar mi diversión. "Para nada."

Su mirada se afila, y me señala acusadoramente. "Podrías haberlo mencionado antes."

"No parecía relevante", respondo, observando cómo entrecierra los ojos, claramente poco impresionada. Está intentando recuperar el control de la situación, y me encuentro disfrutando el desafío.

"¿No era relevante?", repite, su voz elevándose ligeramente. "He estado preparándome para esta reunión durante días, y ahora estamos atrapados aquí como... como..."

"¿Como dos personas en un ascensor?", sugiero, incapaz de resistirme.

Su mirada se intensifica. "Te está divirtiendo esto, ¿verdad?"

"Quizás un poco", admito, sonriendo mientras ella se cruza de brazos. Es impetuosa, sin duda, pero puedo notar que hay más en ella que la actitud que lleva como armadura.

"Increíble", murmura, girándose para retomar su ir y venir. Sus tacones resuenan contra el suelo, más rápido ahora, el sonido llenando el pequeño espacio.

Dejo que el silencio persista por un momento antes de romperlo. "Sabes, gritarme quizás no sea la mejor manera de causar una buena impresión."

Deja de caminar, girándose para encararme. "Oh, no te halagues tanto. Tú tampoco estás causando una gran impresión."

Eso me arranca una risa genuina, un sonido bajo que incluso me sorprende. "Touché."

Antes de que pueda responder, el ascensor se sacude violentamente, haciéndola perder el equilibrio. Tropieza, y el instinto toma el control. Extiendo el brazo, una mano sujetando su brazo, la otra estabilizándola por la cintura.

Su cuerpo se presiona contra el mío, y por un momento, todo lo demás se desvanece. Soy intensamente consciente de su cercanía, la suavidad de sus curvas, el tenue aroma a jazmín de su perfume. Me mira, sus ojos color avellana grandes e inquisitivos, sus labios ligeramente entreabiertos. Hay una tensión en el aire, algo que no puedo explicar del todo.

Sus manos descansan suavemente sobre mi pecho, y no se aparta. Yo tampoco lo hago. Mi pulso se acelera, y por el más breve segundo, me pregunto si...

El ascensor se sacude nuevamente y comienza a subir, devolviéndonos a ambos a la realidad. Ella recupera el equilibrio, sus manos demorándose contra mí antes de dar un paso atrás, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja.

"¿Estás bien?", pregunto, mi voz más baja de lo que pretendía.

"Sí", dice suavemente, ajustando la correa de su bolso. "Gracias."

Las puertas se abren con un suave timbre, revelando a Kim, mi asistente, de pie justo afuera con una carpeta en mano y una expresión preocupada en su rostro.

"¿Señor Parker, está bien?", pregunta Kim, su mirada alternando entre Sophia y yo.

Me aclaro la garganta, saliendo del ascensor. "Bien. Solo un pequeño retraso."

Sophia sale detrás de mí, su compostura nuevamente en su lugar mientras levanta ligeramente la barbilla. Sus mejillas están sonrojadas, pero está compuesta. Profesional.

Miro a Sophia, haciéndole un gesto para que me siga. "Tengamos nuestra cita, ¿te parece?"

Ella vacila por un momento, luego camina a mi lado. Sus tacones resuenan contra el suelo pulido mientras caminamos, y no puedo evitar sentir que esto es solo el comienzo de lo que está por ser un día muy interesante.

Sigo a Liam Parker por el immaculado pasillo bañado de sol, intentando mantener mis pasos medidos y la cabeza en alto. Pero por dentro, soy un desastre. Mi confianza, que esta mañana estaba por las nubes mientras me arreglaba el pelo y elegía este vestido, se me escurre entre los dedos como arena.

Todavía puedo sentir el calor que dejaron sus manos al sostenerme, la firme presión de su agarre. Y luego estaba su pecho—sólido, cálido y demasiado cautivador para mi propio bien. El recuerdo hace que un rubor vergonzoso me suba por el cuello. Contrólate, Sophia. Estás aquí por negocios, no para derretirte por un abogado perfecto.

Al entrar en su despacho, mis nervios se desvanecen momentáneamente. El espacio es impresionante. Ventanales del suelo al techo se extienden por una pared, ofreciendo una vista espectacular del horizonte de Manhattan.

El mobiliario es elegante y moderno—grises suaves y madera pulida—con los toques personales justos para darle carácter. Cuadros abstractos adornan las paredes, y hay una estantería de cristal con algunos libros y premios cuidadosamente elegidos. Todo aquí parece tener un propósito, refinado. Igual que él.

"Toma asiento", dice, señalando la silla frente a su escritorio.

Me siento, aferrándome a mi bolso. La silla es suave, de ese tipo de piel cara que se amolda a ti sin hacer ruido. Mientras tanto, él se acomoda en su propia silla, la viva imagen del control, sus ojos oscuros estudiándome como si fuera una ecuación que intenta resolver.

"Estás aquí por la propiedad de la Novena Avenida", dice, abriendo una elegante libreta sobre su escritorio. "¿Cuál es tu plan para ella?"

Trago saliva, enderezándome en mi asiento. "Es un espacio pequeño, pero es exactamente lo que necesito para abrir una galería de arte. Ya he empezado a trabajar en la distribución, y he

identificado artistas locales que formarían parte de mi primera exposición."

Su expresión permanece indescifrable. "Una galería de arte", dice, con tono neutral. "¿Tienes experiencia dirigiendo una?"

"Aún no", admito. "Pero he hecho mi investigación. He estudiado todo lo que implica dirigir una galería—curaduría, eventos, marketing. Incluso he planificado los gastos mensuales estimados de mantenimiento y servicios."

Se recuesta en su silla, su mirada penetrante. "La investigación es estupenda. Pero la investigación no paga la propiedad, y no garantiza que vayas a tener éxito. El espacio de la Novena Avenida no es barato. ¿Eres consciente del coste total, incluyendo las reformas?"

"Sí", digo rápidamente. "Doscientos cincuenta mil por la compra, y he contemplado los costes de reforma según el estado actual del local."

"¿Y exactamente cómo piensas conseguir esa financiación?" Su tono cambia ligeramente—menos curioso, más escéptico. Me pone nerviosa.

"Tengo algunos ahorros", digo con cautela, "y planeo conseguir un préstamo de mi banco. Además, hablaré con mi padre sobre una aportación."

Alza las cejas, y puedo ver que intenta encajar todas las piezas. "Entonces, para aclarar, ¿actualmente no tienes los fondos para la entrada?"

Dudo, luego niego con la cabeza. "Todavía no. Pero confío en que puedo conseguir lo que necesito."

"La confianza es buena", dice, cerrando la libreta con un golpe decisivo. "Pero desde mi punto de vista, esto suena más a concepto que a plan concreto. El sector inmobiliario no va de potencial—va de garantías."

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba, y tengo que luchar contra el impulso de retorcerme bajo su mirada. "He trabajado duro en esto. He hecho los números. Sé que puede funcionar."

"Puede que tú lo creas", dice, su tono suavizándose ligeramente pero manteniéndose firme, "pero yo no trabajo con creencias, señorita Russo. Trabajo con hechos. Y el hecho es que, sin financiación asegurada, no estás en posición de seguir adelante con esta propiedad."

Mis dedos se tensan alrededor de la correa de mi bolso. "Si consigo la financiación, ¿me representarás?"

"Depende", dice, inclinándose ligeramente hacia adelante. "Si aseguras la financiación y demuestras que estás preparada para las responsabilidades financieras de dirigir una galería, podemos hablar. Pero hasta entonces, esto no es algo que pueda priorizar."

El rechazo en su tono duele, pero me niego a dejarlo ver. Enderezo los hombros y sostengo su mirada. "Entiendo."

"Bien", dice, levantándose y abrochándose la chaqueta del traje en un solo movimiento fluido. "Tengo que prepararme para otra reunión, así que necesito terminar con esto."

Me levanto de mi asiento, mis tacones resonando suavemente contra el suelo pulido mientras me echo el bolso al hombro. "Gracias por tu tiempo."

"Por supuesto", dice, acompañándome a la puerta. Cuando salgo al pasillo, añade, "Estaré aquí cuando estés lista para seguir adelante."

Hay un tono definitivo en su voz, pero también un desafío. Alimenta algo dentro de mí—una determinación de no dejar que esta sea la última palabra.

"No te preocupes", digo, forzando una sonrisa confiada. "Volverás a saber de mí."

Sus labios se mueven, como si quisiera sonreír pero no se lo permitiera. "Lo esperaré con interés."

Camino por el pasillo, mi corazón latiendo con una mezcla de frustración y resolución. Puede que piense que no estoy lista, pero le demostraré que se equivoca. Esta galería no es solo un sueño—es mi futuro.



La puerta se cierra tras de mí al entrar en mi apartamento, y me quito los tacones con un suspiro de alivio. La tensión de la reunión con Liam Parker aún se me pega como una segunda piel.

Mi apartamento es pequeño pero está bellamente diseñado—moderno, con un toque acogedor.

Un sofá mullido color crema ocupa el centro de la sala de estar abierta, con una manta suave descansando casualmente sobre uno de sus brazos. Las paredes están pintadas de un suave verde salvia, adornadas con láminas enmarcadas de arte abstracto y mis propios diseños de joyería. En la esquina junto a la ventana, mi mesa de dibujo está repleta de herramientas, bocetos y cuentas. La cocina, aunque compacta, reluce con electrodomésticos de acero inoxidable y encimeras de cuarzo.

Mis padres insistieron en este lugar cuando me mudé a Manhattan—"algo seguro y protegido", dijeron.

Dejo caer mi bolso sobre la encimera de la cocina y paso los dedos por mis rizos sueltos. Agarro una sartén y algunas verduras de la nevera. Cocinar siempre me ayuda a despejar la mente, y ahora mismo, lo necesito.

Mientras corto el calabacín, mi móvil vibra sobre la encimera. La pantalla se ilumina con el nombre de Jennifer, y contesto al segundo tono, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro.

"¡Hola, Soph!", llega la voz alegre de mi hermana, acompañada por el suave sonido de risas infantiles de fondo. "¿Qué tal la gran reunión?"

Me detengo a mitad del corte, dudando cuánto compartir. "Fue... bien", digo, con un tono que no convence ni a mí misma.

"¿Bien?", repite Jennifer, su voz teñida de escepticismo. "¿Qué significa eso?"

Suspiro, dejando el cuchillo. "Significa que logré salir sin hacer completamente el ridículo, pero no salió exactamente como lo había planeado."

"Vale, cuéntame", dice, el sonido de movimiento en el fondo me indica que probablemente está lidiando con sus hijos. "El despacho de Liam Parker, el espacio de la galería, todo. Quiero detalles."

Me apoyo contra la encimera, sosteniendo el teléfono. "Su despacho era una pasada, Jen. Ventanales del suelo al techo y vistas de la ciudad. Y él es... intenso. Muy escéptico."

"Bueno, es abogado", señala Jennifer. "¿Qué esperabas?"

"Ese no es el punto", digo rápidamente. "Básicamente me dijo que no estoy lista porque no tengo la financiación asegurada."

Jennifer murmura pensativa. "Bueno, no se equivoca, ¿no?"

"Tú no empieces." Gimo, pellizcándome el puente de la nariz. "Sé que necesito financiación. Sé que necesito un plan sólido. Es solo que... es frustrante. He trabajado tanto en esto, y me descartó como si fuera una cría con un sueño imposible."

"Tienes veinticuatro años", me bromea, y casi puedo ver su sonrisa socarrona a través del teléfono.

"No ayudas", murmuro.

Ríe suavemente. "Lo siento, Soph. Pero ya sabes cómo funciona esto. Gente como Liam Parker no asume riesgos a menos que sepa que va a ganar seguro. Tienes que demostrarle que vales la pena el riesgo."

"Lo sé." Echo un vistazo a mi portátil, ya mentalmente esbozando un plan para investigar opciones de préstamos. "Ya se me ocurrirá algo."

"Bien." Su tono se suaviza, y puedo notar el cambio de hermana bromista a comprensiva. "Tú puedes con esto. Eres inteligente, talentosa y más cabezota que nadie que conozca. Si alguien puede hacer que esto funcione, eres tú."

Sonrío a mi pesar. "Gracias, Jen."

"Hablando de cabezotas", dice, su voz animándose, "Dylan y Theo quieren saludarte."

Me río mientras el teléfono cruje, y dos vocecitas intervienen, una ligeramente más aguda que la otra.

"¡Tía Sophia!"

"¡Hola, tía Sophia!"

"¡Hola, chicos!", digo, derritiéndome al escuchar su entusiasmo. "¿Qué están haciendo?"

"¡Mamá nos dejó hacer galletas!", exclama Dylan, su voz burbujeante de orgullo.

"¡Y yo tiré chispas por todas partes!", añade Theo, riendo sin control.

Jennifer vuelve a la línea, suspirando dramáticamente. "Estaré limpiando chispas de esta cocina durante días."

"Parece que tienes las manos llenas", bromeo.

"No te haces una idea", responde, pero su voz solo transmite amor. "Bueno, debería dejarte ir. Mantenme al tanto de lo de la galería, ¿vale?"

"Lo haré", prometo. "Dale besos a los niños de mi parte."

"Siempre. Te quiero, Soph."

"Yo también te quiero."

Cuelgo y dejo el teléfono, sintiéndome un poco más ligera. Jennifer siempre sabe cómo poner las cosas en perspectiva. Su vida puede parecer perfecta—un marido maravilloso, dos hijos adorables, una casa preciosa en las afueras—pero nunca me ha hecho sentir menos por querer algo diferente.

Después de terminar mi cena—un salteado rápido de calabacín, pimientos y tofu—me acomodo en el sofá con el portátil. El brillo de la pantalla llena la habitación mientras tecleo "préstamos para pequeñas empresas y startups" en la barra de búsqueda. Las páginas de resultados inundan la pantalla, y empiezo a examinarlas, guardando todo lo que parece prometedor.

La mayoría de las opciones parecen inalcanzables—requisitos estrictos, tipos de interés altos o planes de pago irreales. Se me hunde el estómago mientras leo la letra pequeña de un préstamo tras otro, cada uno pareciendo más imposible que el anterior.

Me detengo para frotarme las sienes, mirando fijamente la pantalla hasta que las palabras se difuminan. Esta es la parte que no te cuentan sobre perseguir tus sueños—las horas que pasas sola, desplazándote por infinitas posibilidades.

Un movimiento en mi ventana me sobresalta, y levanto la vista para ver una polilla revoloteando contra el cristal. Por un segundo, pienso en la mariposa de esta mañana, su frágil belleza y

presencia fugaz. Si algo tan delicado puede encontrar su camino en el caos de la ciudad, quizás yo también pueda.

Cerrando el portátil, me hago una promesa silenciosa: resolveré esto. No me importa cuántos préstamos tenga que solicitar, cuántas reuniones tenga que soportar, o cuántos abogados escépticos tenga que convencer. Esta galería va a hacerse realidad.

LIAM

Sophia Russo sale de mi despacho con la cabeza en alto, pero aún puedo ver la frustración en la tensión de sus hombros. Intenta ocultarlo, pero ahí está. Determinada. Apasionada. Su vestido se ajusta a sus curvas mientras camina, y el aroma a jazmín permanece en el aire.

La manera en que se inclinaba durante nuestra reunión, sus rizos oscuros cayendo sobre su rostro mientras gesticulaba sobre sus planes para la galería... se me ha quedado grabada más de lo que debería.

Me recuesto en mi silla, soltando un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Es apasionada —por la galería, por su sueño— pero la pasión no firma contratos. No consigue préstamos ni paga una propiedad de 250.000 dólares. Aun así, hay algo en ella.

Golpeo el bolígrafo contra el borde de mi escritorio, mi mente repasando la reunión. Estaba nerviosa pero se mantuvo firme, incluso cuando la presioné. Ese tipo de confianza, aunque solo sea una fachada, es poco común. Y esos ojos color avellana, la manera en que brillaron cuando cuestioné sus números... Me descubro a mí mismo y sacudo la cabeza. Necesito concentrarme.

El golpe seco en mi puerta me devuelve al presente. Kim entra, su carpeta pulcramente pegada a su costado.

"Su próximo cliente está aquí, señor Parker", dice, con un tono profesional pero cálido. "James Hall. Quiere discutir los términos finales del acuerdo de adquisición."

Asiento, cambiando ya de mentalidad. "Hazlo pasar."

James entra momentos después, su andar confiado y su sonrisa demasiado amplia. Es el tipo de hombre que parece sacado de un catálogo de yates —bronceado, dientes excesivamente blancos y un guardarropa que grita fondo fiduciario. Conozco bien a los de su tipo. Encantadores, privilegiados y excesivamente optimistas sobre sus propias capacidades.

"Liam", dice, extendiendo una mano. "Siempre es un placer verte."

Estrecho su mano, firme pero breve. "James. Empecemos."

Nos sentamos uno frente al otro en el escritorio, y abro el expediente en mi tableta.

El acuerdo de adquisición en el que James está trabajando involucra a una empresa tecnológica de la ciudad —pequeña pero prometedora, el tipo de empresa que podría ser una mina de oro si se maneja correctamente. Desafortunadamente, James está más interesado en hacer alarde de su dinero que en tomar decisiones empresariales inteligentes.

"El papeleo parece estar en orden", digo, revisando los detalles. "Pero hay un problema con la valoración. Los números que proporcionó tu equipo no coinciden con las tendencias del mercado que hemos visto en el último trimestre."

James hace un gesto despectivo con la mano. "No me preocupa eso. Es un buen trato. La marca tiene potencial."

"El potencial no es suficiente", digo tajantemente, clavando mi mirada en la suya. "Si pagas de más ahora, pasarán años antes de que veas un retorno de inversión, si es que lo ves."

James se recuesta en su silla, su confianza flaqueando ligeramente. "Estoy dispuesto a asumir el riesgo."

Dejo la tableta y entrelazo las manos sobre el escritorio. "El riesgo está bien, siempre que sea calculado. Pero ¿esto? Esto es imprudente. Si quieres mi ayuda para cerrar este trato, necesitas reevaluar los términos. De lo contrario, te estás preparando para una pérdida."

Hay un silencio tenso, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza. A James no le gusta que le digan que no, pero sabe que tengo razón.

"Está bien", dice finalmente, con tono cortante. "Haré que mi equipo lo revise de nuevo."

"Bien", digo, asintiendo una vez. "Envíame las cifras revisadas para el final de la semana, y continuaremos desde ahí."

James se pone de pie, claramente listo para irse. "Eres un hombre difícil de complacer, Parker."

"Y por eso me contrataste", respondo con serenidad.

Sonríe con suficiencia pero no discute. Con un rápido apretón de manos, se va, y me quedo solo en el silencio de mi despacho.

A las siete, la oficina se vacía. Me aflojo la corbata, agarro mis llaves y bajo al garaje donde me espera mi Aston Martin. El motor ronronea al arrancar, y me encuentro dirigiéndome a Morton's en lugar de ir directamente a casa. La anfitriona me reconoce, me guía a mi mesa habitual en la esquina sin la charla trivial de costumbre.

Pido un chuletón y una copa de Cabernet, pero mi mente sigue volviendo a Sophia.

El fuego en sus ojos cuando defendió su plan de negocio. El ligero temblor en sus manos que intentaba ocultar. La forma en que sus labios se curvaron al sonreír —confiada a pesar de todo. Me bebo media copa de un trago. Esto no es propio de mí, dejar que una clienta se me meta bajo la piel de esta manera.

El bistec llega, perfectamente cocinado, pero apenas lo saboreo. Todo lo que puedo pensar es en cómo quiero volver a verla, pero no debería cruzar esa línea.

Más tarde esa noche, estoy en mi ático, contemplando el horizonte de la ciudad con una copa de whisky en la mano.

La reunión con James fue típica —otro cliente que piensa que el dinero puede arreglarlo todo. Pero ¿Sophia? Ella es diferente. No tiene los recursos ni las conexiones de James, pero tiene algo que él no tiene: agallas.

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo el nombre de mi hermano.

"Ben", contesto, con tono neutral.

"Liam", responde, su voz ligera. "¿Tienes un minuto?"

"¿Para ti? Siempre", digo, dejando la copa y hundiéndome en el sofá.

Ben y yo no podríamos ser más diferentes. Él es el relajado, el encantador, el tipo que le cae bien a todo el mundo. Mientras yo me dediqué al derecho, él se dedicó a la arquitectura, y ahora dirige su propio estudio en Brooklyn. Está casado, con un hijo en camino, y de alguna manera ha logrado equilibrar el trabajo y la familia sin perder la cabeza.

"Te noto tenso", dice, yendo directo al grano.

"Día largo", admito. "¿Qué pasa?"

"Solo quería saber cómo estabas", dice. "Has estado trabajando sin parar. Necesitas tomarte un respiro antes de que te quemes."

"Estoy bien, Ben."

Ríe suavemente. "Siempre dices eso. ¿Te acuerdas cuando papá se mataba a trabajar y mamá tenía que arrastrarlo a la casa del lago solo para que se relajara?"

"Eso es diferente", digo. "No soy papá."

"No", concede Ben, su tono ahora serio. "Pero tampoco eres invencible. Tienes que permitirte respirar, Liam."

No respondo de inmediato, mirando fijamente las luces de la ciudad. "Tengo muchas cosas entre manos."

"Y siempre las tendrás", dice Ben con suavidad. "Pero la vida no se trata solo del siguiente trato o del siguiente cliente. Necesitas hacer tiempo para las cosas que importan."

"¿Como qué?", pregunto, con un tono más mordaz de lo que pretendía.

"Como la familia. Como encontrar algo que te haga feliz."

Suelto una risa corta. "Lo haces sonar tan sencillo."

"No lo es", dice. "Pero vale la pena."

Caemos en un silencio cómodo, de esos que solo vienen con años de familiaridad. Finalmente, Ben vuelve a hablar. "La cena de cumpleaños de mamá. Vendrás, ¿verdad?"

"Claro", digo, aunque no había pensado tan adelante.

"Bien", dice, con alivio en su voz. "Se pondrá contentísima."

Después de colgar, me quedo sentado en el silencio, las palabras de Ben resonando en mi mente. Quizás tenga razón. Quizás necesito encontrar algo —o alguien— que haga que todo esto valga la pena.

Por ahora, sin embargo, hay trabajo que hacer.

Aparco frente a la casa de mis padres en Brooklyn, apago el motor y me tomo un momento para respirar.

La casa es enorme —tres pisos de ladrillo y piedra con columnas blancas enmarcando la puerta principal. Setos perfectamente podados bordean la entrada, y un par de faroles proyectan un cálido resplandor sobre el sendero empedrado. Es hermosa, elegante y completamente abrumadora, igual que mi padre.

Mi coche, un elegante sedán gris que es más lujoso de lo que podría permitirme por mi cuenta, descansa silenciosamente bajo los robles de la entrada. Mi padre lo paga, igual que paga mi apartamento en Manhattan.

Me avergüenza que a los veinticuatro años mi padre siga pagando toda mi vida. Siempre dijo que era para que pudiera concentrarme en mi carrera de contabilidad y no tuviera que preocuparme por trabajar demasiado. Eso fue antes de que dejara la contabilidad por completo y decidiera seguir mi sueño de abrir una galería.

La galería de la que aún no le he hablado.

Se me revuelve el estómago mientras miro la casa, sus imponentes ventanas brillando con luz. Es la cena del domingo, una tradición en nuestra familia. Mi madre se asegura de que todos vengan —Jennifer, su marido, los niños y yo. Le encanta tenernos a todos bajo el mismo techo, aunque el ambiente pueda volverse un poco asfixiante.

Agarro mi bolso y bajo del coche, alisándome el vestido. El aire huele ligeramente a césped recién cortado y al dulce aroma de la cocina de mi madre que se cuele desde la ventana.

Ya puedo oír las risas de mis sobrinos, y me obligo a respirar hondo.

Antes de que llegue siquiera a la puerta, esta se abre de golpe, y Dylan y Theo salen corriendo, agitando sus pequeños brazos mientras corren hacia mí.

"¡Tía Sophia!", gritan al unísono, sus caras iluminadas de emoción.

Me agacho, abriendo los brazos justo a tiempo para que se lancen sobre mí. "¡Eh, pequeños revoltosos!", río, abrazándolos. Dylan huele a azúcar, y el pelo de Theo está un poco pegajoso — probablemente por cualquier travesura que hayan estado haciendo.

"¡Hicimos galletas!", anuncia Dylan orgulloso, sus ojos color avellana —iguales a los míos— brillando de alegría.

"Mamá dice que comimos demasiadas", añade Theo entre risitas.

"Me lo imagino", digo, revolviéndoles el pelo oscuro. "¿Me habéis guardado alguna?"

"Puede", dice Dylan, sonriendo.

Jennifer aparece en la puerta, apoyándose en el marco con los brazos cruzados.

Se parece tanto a mí que es increíble —pelo oscuro cayendo en suaves ondas, ojos color avellana que atrapan la luz, y una sonrisa cálida que hace que todos se sientan a gusto. Viste informal con vaqueros y un suéter suave, pero aun así parece impecable sin esfuerzo.

"Estás guapísima", dice, bajando los escalones para abrazarme.

"Tú también", respondo, devolviéndole el abrazo con fuerza.

Su marido, Michael, la sigue, sujetando la puerta con una mano y equilibrando un plato de galletas con la otra. Es alto, de aspecto pulido, y la imagen perfecta del padre de familia responsable. "Sophia", me saluda con una sonrisa cálida. "Me alegro de verte."

"Yo también, Michael", digo, devolviéndole la sonrisa.

Los niños tiran de mi mano, arrastrándome dentro. La casa huele exactamente como recuerdo — a romero, ajo y algo dulce horneándose en el horno.

Mi madre aparece desde la cocina, secándose las manos con un paño. Su cara se ilumina al verme. "¡Sophia! ¡Por fin! ¡Pasa, pasa!"

La abrazo fuertemente, su perfume floral envolviéndome como una red de seguridad. "Hola, mamá."

"La cena está casi lista", dice, empujándome hacia el comedor. "¡Todos a sentarse! La comida saldrá en un momento."

El comedor es tan grandioso como el resto de la casa, con una mesa larga y pulida puesta con porcelana fina y copas de cristal. Un par de camareros se mueven silenciosamente por la habitación, colocando platos y sirviendo bebidas.

Uno de ellos se me acerca con una sonrisa educada. "Señorita Sophia, ¿desea té o limonada?"

"Limonada, por favor", digo, devolviéndole la sonrisa.

Estoy acostumbrada al servicio —mi padre siempre ha insistido en tener personal. Es simplemente así como son las cosas en esta casa. Pero mi apartamento en Manhattan no tiene el mismo lujo. Aunque está bien, me hace sentir más independiente. Con suerte, cuando consiga la galería podré empezar a pagar mis propias facturas.

Nos sentamos todos, y la conversación fluye fácilmente al principio. Jennifer habla sobre Dylan y Theo que pronto empezarán el colegio, y mi madre se ofrece a ayudar con los horarios de recogida. Michael menciona un proyecto en el trabajo, algo sobre reestructurar su equipo, y mi padre asiente con aprobación.

"Es difícil encontrar un buen liderazgo", dice mi padre, su voz profunda dominando la sala como siempre. "Parece que lo tienes bajo control."

Michael asiente, pero mi atención está en otra parte. Estoy aquí sentada, escuchando, sonriendo cuando corresponde, pero todo lo que puedo pensar es en la conversación que necesito tener con mi padre. El corazón me late con fuerza, y tengo las palmas húmedas contra la superficie lisa de la mesa.

"Hablando de control", dice mi padre, volviéndose hacia mí, "Sophia, ya has tenido un pequeño descanso. ¿Cuándo piensas volver a la contabilidad?"

La pregunta me golpea como una bofetada. Todos los ojos se vuelven hacia mí, y siento como si un foco acabara de caer sobre mi silla. El pulso se me acelera, y mis dedos retuercen la servilleta en mi regazo.

"Yo, eh..." Me aclaro la garganta, buscando las palabras. "He estado trabajando en algunas cosas."

"¿Cosas?", repite mi padre, arqueando una ceja. Su voz es tranquila, pero el filo en ella me revuelve el estómago.

"Dibujos", digo rápidamente, con voz temblorosa. "He estado trabajando en algunos diseños nuevos..."

"Bueno, eso es bonito, cariño", me interrumpe mi madre, sonriendo radiante como si acabara de anunciar que empezaba a tejer. "Michael, ¿al final decidiste el plan de vacaciones para el mes que viene?"

Me quedo helada, mis palabras aún flotando en el aire, pero la atención de mi madre se ha desviado por completo hacia el marido de Jennifer.

Michael se endereza, su comportamiento impecablemente educado. "Sí, lo hemos estado concretando. Creo que nos decantamos por Saint Barts."

Jennifer interviene, con voz animada. "Pensamos que sería un buen cambio de ritmo —algo un poco más lujoso. Dicen que las villas allí son impresionantes."

"Saint Barts es una excelente elección", dice mi madre con aprobación, su rostro iluminándose. "¿Habéis mirado el Hôtel Le Christopher? Es uno de los mejores sitios de la isla."

"Sí", responde Michael. "Es precioso, pero también estábamos considerando alquilar una villa privada. El servicio de conserjería se encarga de todo —chefs privados, mayordomos, chóferes. Todo muy fluido."

Mi padre asiente, su expresión suavizándose. "Una villa sería mejor opción. No queréis estar atados al horario de un resort cuando viajáis con niños."

Jennifer ríe suavemente. "¡Exacto! Y a Dylan y Theo les encantará tener una piscina para ellos solos. Además, Michael y yo podremos relajarnos de verdad sin preocuparnos por mantenerlos callados en un hotel."

"Se merecen que les mimen", dice mi madre cariñosamente, mirando a Dylan y Theo, que están ocupados pinchando sus platos. "Esos niños trabajan muy duro en sus castillos de arena, después de todo."

"Ya ves", coincide Jennifer, sonriendo a sus hijos. "Ya me han dicho que se llevan sus juguetes de arena. Theo tiene todo un plan para un castillo con torres y foso."

"Yo seré el juez del concurso", añade mi padre, sonriendo con picardía a los niños. "Seré duro pero justo."

"¡Abuelo!", exclama Dylan, su tenedor cayendo ruidosamente sobre el plato. "¡Tienes que elegir el mío!"

"Elegiré el mejor", responde mi padre, guiñándole un ojo a Theo. "Y podría ser el de tu hermano."

"¡No es justo!", protesta Theo, cruzando sus pequeños brazos enfurruñado.

"No os preocupéis", los tranquiliza Jennifer. "Habrás suficientes conchas y estrellas de mar para decorar los castillos de los dos."

Michael parece pensativo. "Y he estado pensando en alquilar un yate para una excursión de un día —algo pequeño, quizás de seis o nueve metros. Será bonito explorar la isla y dejar que los niños nadan en aguas más tranquilas."

"Oh, eso es imprescindible", dice mi madre, juntando las manos. "Las calas alrededor de Saint Barts son impresionantes. Recuerdo que tu padre y yo hicimos una excursión de un día allí, y el agua era tan cristalina que se podía ver el coral debajo. Y el marisco era increíble —langosta, atún fresco, dorado. Tenéis que hacer tiempo para una cena como es debido en la isla."

Michael asiente pensativo. "Me aseguraré de reservar con tiempo. Los restaurantes buenos allí parecen llenarse rápido."

"Bien pensado", dice mi padre, con tono aprobador. "No tiene sentido gastarse tanto dinero en un viaje así si no lo haces bien."

"Totalmente de acuerdo", dice Jennifer, dando un sorbo a su agua. "Y la villa que estamos mirando tiene una cocina completa, así que podemos hacer el desayuno y la comida allí y guardar las salidas para las cenas."

El rostro de mi madre resplandece de entusiasmo. "No puedo esperar a oírlo todo. Y tendréis que mandar fotos —muchas."

"Oh, tranquila", responde Jennifer con una risa. "Entre los niños y Michael, tendré unas mil fotos cuando volvamos."

Todos ríen, el ambiente alrededor de la mesa cálido y animado. Mientras tanto, permanezco en silencio, mi postre intacto, el momento en que intenté hablar alejándose cada vez más.

Siento el pecho oprimido, y las palabras que he estado ensayando en mi cabeza toda la semana parecen evaporarse.

Finalmente, no puedo aguantarlo más. "Papá", digo, con la voz más alta de lo que pretendía.

La mesa queda en silencio.

"Necesito hablarte de algo."

Mi padre deja el tenedor. "Adelante."

Trago saliva con fuerza, obligándome a sostener su mirada. "Hay un local nuevo —perfecto para una galería. Me preguntaba si podrías ayudarme con la entrada."

El silencio que sigue es ensordecedor. Jennifer me mira nerviosa. Michael baja la vista a su plato, de repente muy interesado en su pastel. Mi madre frunce levemente el ceño pero no dice nada.

"Una galería", dice finalmente mi padre, con tono gélido. "¿Quieres que te ayude a pagar una galería?"

"No es todo", digo rápidamente. "Solo la entrada. Yo me ocuparé del resto..."

Levanta una mano, cortándome. "Jennifer, ¿por qué no te llevas a Michael y a los niños al salón? Necesito un momento a solas con tu hermana."

Jennifer duda pero asiente, reuniendo a los niños y guiándolos fuera. Mi madre los sigue a regañadientes, lanzándome una mirada preocupada por encima del hombro.

En cuanto se van, mi padre se recuesta en su silla con los brazos cruzados. "Sophia, creía que habíamos quedado en que te tomarías un descanso para pensar en tus próximos pasos. Di por

hecho que esos pasos incluían volver a la contabilidad."

"No quiero volver a la contabilidad", digo en voz baja.

"¿Cómo que no quieres volver?", espeta. "¿Me estás diciendo que quieres tirar por la borda todo por lo que has trabajado —todo lo que yo he pagado— por una... galería?"

"No estoy tirando nada por la borda", protesto, con la voz temblorosa. "Esto es lo que quiero, papá. Es lo que siempre he querido."

"Ya no eres una niña, Sophia", dice, alzando la voz. "Esto no va de lo que tú quieras. Va de ser responsable, de ganarse la vida. ¿Tienes idea de cuánto he gastado en tu apartamento? ¿En tu coche? ¿Y ahora quieres que te dé dinero para un sueño? Ni hablar."

Las lágrimas me nublan la vista, pero me niego a dejarlas caer. "No te estoy pidiendo que me regales dinero. Te estoy pidiendo ayuda. Solo esta vez."

"Y te estoy diciendo que no", dice con firmeza. "Si quieres perseguir sueños, puedes hacerlo por tu cuenta. Pero mientras yo esté pagando tus facturas, harás algo práctico. Algo que valga la pena."

Me aparto de la mesa, incapaz de quedarme allí un momento más. "Vale, no necesito tu ayuda", murmuro, con la voz apenas audible.

"Sophia..." la voz de mi madre me llama, pero no me detengo.

Agarro mi bolso y me dirijo a la puerta, con las lágrimas corriendo por mi cara mientras subo al coche. Salgo de la entrada, agarrando el volante con tanta fuerza que me duelen las manos.

Mientras conduzco de vuelta a Manhattan, mis pensamientos son un revoltijo de rabia, dolor y frustración. Odio esto —este control que mi padre tiene sobre mi vida. Odio tener que depender de él para cualquier cosa. Pero sobre todo, odio que no crea en mí.

El teléfono vibra en el asiento del copiloto. El nombre de Jennifer parpadea en la pantalla, pero no contesto. No puedo. Ahora no.

Cuando llego al garaje de mi apartamento, me siento completamente agotada. Me quedo sentada en la oscuridad, con el peso de la noche aplastándome.

Ya me las arreglaré sola, me digo, secándome las lágrimas. *No lo necesito. No necesito a nadie.*

Pero incluso mientras lo digo, siento que me estoy mintiendo a mí misma.

El Bluetooth de mi coche crepita cuando entra la voz de Jennifer, brillante y llena de energía a pesar del caos que se oye de fondo. "Soph, ¿cómo lo llevas después de la cena de la semana pasada?"

Aprieto más el volante, el recuerdo aún fresco. Las duras palabras de mi padre resuenan en mis oídos, y se me oprime el pecho al recordar su mirada de desaprobación. "Estoy bien", miento, concentrándome en el suave ronroneo del motor mientras conduzco.

"¿Segura?", pregunta Jennifer, con un tono cargado de escepticismo. "Porque he estado pensando en ello, y papá se pasó de la raya."

Suspiro, intentando mantener la voz firme. "Lo entiendo, Jen. Si no quiere ayudar, me las apañaré sola. Solo necesito la entrada. Una vez que tenga eso, estaré bien."

Hay una breve pausa, y luego el inconfundible sonido de un pequeño alboroto de fondo. "¡Theo, no hagas eso! Dylan, no pegues a tu hermano. Portaos bien, los dos. Vale, chicos, vamos a sentarnos. Venga, recoged esos juguetes."

No puedo evitar sonreír, imaginando a mis sobrinos sembrando el caos mientras Jennifer intenta mantener la paz.

Jennifer vuelve a la línea, exhalando. "Perdón por eso. Entonces, ¿cuánto es la entrada para esta galería?"

Dudo, sintiendo que se me forma un nudo en el estómago. "Son... sesenta mil."

"¿Qué?", exclama. "Sophia, ¿hablas en serio? ¿Sesenta mil? ¿Cuánto tiempo vas a tardar en ahorrar eso?"

"Aún no lo sé", admito, en voz baja. "Pero voy a ahorrar para conseguirlo. Tengo que hacerlo. Necesito hacer esto por mi cuenta, Jen. Papá no va a ayudarme, y sinceramente, ya ni siquiera quiero su ayuda."

Se queda callada un momento antes de decir suavemente, "Soph, no hables así. No lo dices en serio."

"Sí que lo digo", digo con firmeza, las palabras saliendo antes de que pueda contenerlas. "Si papá no puede aceptar mis pasiones, si no puede aceptarme como soy, entonces quizás no quiera ir a las cenas de los domingos ni siquiera hablar con él. Quizás sea mejor cortar por lo sano. Con mamá también."

"Para ya", dice Jennifer, con tono cortante. "Solo estás dolida."

"¡No estoy dolida!", salto. "Esta es mi vida, Jen. No quiero volver a la contabilidad. La odio. Cada vez que pienso en ello, todo lo que veo es mi cuaderno de bocetos. Eso es lo que me importa. Eso es lo que me hace feliz."

"¿Qué vas a hacer ahora mismo?", pregunta, suavizando la voz. "¿Cómo vas a hacer que esto funcione?"

Dudo, con las mejillas ardiendo de vergüenza. "Te lo diría, pero te vas a reír."

"Dímelo ya", dice, con un toque de diversión en la voz. "¿Qué es?"

"Es temporal", digo rápidamente. "Es a través de una agencia, y voy a probarlo para ver qué tal se me da. Es... atención al cliente."

"Ay, Dios", dice Jennifer, riendo. "Soph, nunca has tenido que trabajar de verdad. O sea, trabajar de verdad. No tienes mucha experiencia. ¿Estás segura de que estás hecha para esto?"

"Puedo hacerlo", insisto. "Tengo que hacerlo. Te llamo luego, Jen. Ya estoy llegando."

"Vale", dice. "Suerte, Soph."

Cuelgo la llamada y aparco el coche frente a un edificio de oficinas gris y deprimente. Se me cae el alma a los pies al ver el cartel descolorido sobre la entrada: Servicios al Cliente Dunhill. Aquí es donde me ha enviado la agencia. Es un trabajo temporal, una especie de puesto de asistente administrativa. El sueldo no es gran cosa, pero es un comienzo.

Puedes hacerlo, me digo, agarrando mi bolso y bajando del coche. Solo es un trabajo. Temporal. Dentro, la oficina huele ligeramente a café quemado y tóner de impresora. Los fluorescentes zumban sobre mi cabeza, proyectando un resplandor duro y poco favorecedor sobre las filas de cubículos. Una mujer llamada Marcy me recibe en la recepción, su sonrisa tensa y su tablilla me ponen instantáneamente nerviosa.

"¿Sophia Russo?", pregunta, con voz seca.

"Soy yo", digo, intentando sonar segura.

"Sígueme", dice, girándose sobre sus talones. "Hoy trabajarás con el señor Graves. Está a cargo del departamento al que vas a asistir."

Me lleva a un despacho estrecho. El señor Graves es un hombre delgado con gafas posadas en la punta de la nariz. Apenas levanta la vista de su escritorio cuando Marcy me presenta.

"Esta es Sophia", dice. "Te ayudará hoy."

"Estupendo", murmura, empujando una pila de papeles hacia mí. "Empieza con estos. Los necesito archivados por orden alfabético. Y las facturas del segundo escritorio tienen que estar introducidas en el sistema antes del mediodía."

Parpadeo, abrumada por el puro volumen de papeleo. "Entendido", digo, aunque no es así.

La mañana es un desastre. El sistema de archivo es confuso, y las facturas están plagadas de errores. Cuando por fin averiguo cómo iniciar sesión en el sistema, ya voy con retraso. Mis dedos tropiezan en el teclado, y más de una vez, cierro el programa por accidente, perdiendo todo lo que he introducido.

"¿Ya has terminado?", pregunta el señor Graves, apareciendo detrás de mí.

"Todavía no", digo, con las mejillas encendidas.

Suspira pesadamente. "Necesitas acelerar el ritmo, señorita Russo. Tenemos unos plazos que cumplir."

"Lo estoy intentando", murmuro, notando que el calor me sube por el cuello.

Para la hora de comer, estoy a punto de llorar. Me late la cabeza y tengo las manos agarrotadas de tanto teclear. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Liam Parker —serio, concentrado y moleestamente atractivo. ¿Por qué estoy pensando en él ahora? Sacudo la cabeza, intentando concentrarme. Pero el pensamiento persiste. Si quiero que me represente, necesito esa entrada. Y para conseguir la entrada, necesito este trabajo —o algún trabajo.

La tarde no va mejor. Derramo café sobre una pila de facturas, archivo mal un cajón entero de documentos, y borro accidentalmente una hoja de cálculo importante. Cuando el señor Graves me llama a su despacho, ya sé lo que viene.

"Señorita Russo", dice, frotándose las sienes. "Esto no está funcionando. Creo que es mejor que terminemos aquí su asignación."

Asiento, con un nudo en la garganta. "Lo entiendo."

"Buena suerte", dice, sin malicia. "La agencia le encontrará otra cosa."

Salgo del edificio sintiéndome humillada y agotada. El sol ya se está poniendo cuando subo a mi coche, con las lágrimas nublándome la vista.



Abro la puerta de mi apartamento, me quito los zapatos y suelto un largo y pesado suspiro.

Mi día ha sido un desastre, y siento que mi vida se está deshilachando poco a poco.

Tiro el bolso sobre la encimera, echando un vistazo al espacio desordenado. Hay platos en el fregadero, una taza de café vacía de esta mañana en el borde del sofá, y mi mesa de dibujo está llena de bocetos que no he tocado en días.

Me recojo el pelo en un moño descuidado y me dirijo al fregadero. Si no puedo hacer nada más, al menos puedo hacer que mi espacio sea habitable.

Paso la siguiente hora ordenando —cargando el lavavajillas, limpiando las encimeras, doblando la manta del sofá y organizando las cuentas y herramientas desperdigadas por mi mesa. Es algo mecánico, y por un momento, evita que mis pensamientos se disparen. Pero en cuanto me siento a la mesa con un plato de sobras de la nevera, el silencio vuelve a colarse.

Picoteo la comida, sin apetito, y miro de reojo mi portátil sobre el escritorio. El pensamiento cruza mi mente antes de que pueda evitarlo. Liam Parker.

No debería. De verdad que no debería. Pero antes de darme cuenta, ya estoy llevando mi plato al sofá y poniendo el portátil sobre mis piernas. Mis dedos se detienen sobre el teclado un momento, y luego escribo su nombre en la barra de búsqueda.

Aparecen docenas de resultados. Artículos, fotos, incluso vídeos suyos en varios eventos.

Hago clic en una imagen, y ahí está —perfectamente arreglado en un traje a medida, su pelo oscuro perfectamente peinado hacia atrás, su expresión tan serena como siempre. Está de pie en alguna gala corporativa, sosteniendo una copa de champán, sus ojos marrones recorriendo la sala como si fuera suya.

Dios, se le ve tan seguro de sí mismo.

Me quedo mirando la foto más tiempo del que debería. Es irritante, la verdad. Tiene ese aire, como si nada pudiera perturbarlo jamás. Me pregunto cómo será vivir así —estar tan en control, ser tan intocable.

Paso por algunas fotos más, la mayoría de eventos importantes. En una, está estrechando la mano de alguien que parece un senador. En otra, está hablando en una conferencia, gesticulando con las manos como si dominara la sala. Y luego hay una donde simplemente camina por una calle de Manhattan, luciendo impecable sin esfuerzo en un traje azul marino.

Cierro el portátil con un suspiro, recostándome en el sofá. Necesito esa entrada. Es la única manera de volver a verlo, la única forma de que me represente. Y no puedo permitirme pensar en él como algo más que un abogado —alguien que puede ayudarme a conseguir mi sueño.

La agencia. Es mi única opción ahora mismo. Me prometieron trabajos temporales, y si puedo aguantar, quizás pueda juntar lo suficiente para la entrada.

A la mañana siguiente, mi teléfono suena justo cuando estoy terminando el desayuno. Miro la pantalla y veo el número de la agencia.

"¿Diga?", contesto, con voz esperanzada.

"Hola, Sophia", dice una voz alegre. "Tenemos otra oportunidad para ti. ¿Estás disponible para empezar hoy?"

"Sí", digo rápidamente, sin molestarme siquiera en preguntar cuál es el trabajo. "Por supuesto."

"Estupendo", dice la representante de la agencia, con tono animado. "Es un puesto temporal de auxiliar de inventario en una boutique de lujo. Necesitan a alguien que ayude con la organización del stock y limpieza ligera durante el día. ¿Estás familiarizada con ese tipo de tareas?"

Me da un vuelco el estómago. ¿Inventario? ¿Limpieza? Definitivamente no es lo que imaginaba, pero no puedo permitirme ser exigente.

"Sí, totalmente", miento, forzando confianza en mi voz. "¿Dónde está la boutique?"

Me da la dirección y cuelgo, intentando convencerme de que no será tan malo. Es solo un día, y necesito todo el dinero que pueda conseguir para la entrada de la galería.

No importa lo que tenga que hacer —mientras me acerque a mi sueño.

La boutique está ubicada en una calle tranquila bordeada de tiendas de diseñador y cafeterías de moda.

Cuando entro, me golpea el aroma a lavanda y vainilla, mezclado con el tenue olor a cuero de los bolsos de lujo. La tienda es elegante y minimalista, con percheros de ropa de diseñador perfectamente espaciados, estanterías de accesorios caros y una enorme lámpara de araña de cristal colgando del techo.

Una mujer de unos cuarenta y tantos con un bob negro corto se me acerca. "¿Sophia?", pregunta, con tono cortante.

"Soy yo", digo, forzando una sonrisa.

"Soy Elise, la encargada", dice, extendiendo una mano. "Gracias por venir con tan poco tiempo. Las tareas de hoy son bastante sencillas: desempacar y etiquetar el nuevo inventario, mantener las estanterías ordenadas y asegurarse de que todo esté impecable para nuestros clientes VIP."

"Entendido", digo, asintiendo. Nunca he hecho nada parecido, pero ¿qué tan difícil puede ser?

Me entrega un par de guantes y señala hacia una pila de cajas en la esquina del fondo. "Puedes empezar aquí. Desembala los artículos, etiquétalos y asegúrate de que estén bien colgados. Si necesitas ayuda, avísame."

"Por supuesto", digo, poniéndome los guantes.

Me arrodillo y abro la primera caja, revelando un mar de papel de seda y lo que parece un pañuelo de seda. Lo levanto con cuidado, notando la etiqueta del precio colgando de una esquina. ¿Setecientos euros? ¿Por este trocito de tela? Ya me están sudando las manos dentro de los guantes mientras lo coloco en una mesa cercana y alcanzo el siguiente artículo.

La primera caja me lleva casi veinte minutos desembalar. Cada vez que intento colgar algo, se resbala de las elegantes perchas de diseño. Cuando por fin consigo colocar los pañuelos en un expositor, parecen más un montón de ropa sucia que artículos de lujo.

"Disculpa", la voz de Elise corta el aire como un látigo. Se acerca a grandes zancadas, sus tacones resonando contra el suelo pulido. "Este expositor tiene que verse preciso. Los pañuelos deben estar doblados y organizados por degradado de color, no tirados al azar."

"Por supuesto", digo, con la cara ardiendo de vergüenza. Inmediatamente empiezo a doblar los pañuelos de nuevo, intentando imitar el expositor perfectamente coordinado junto al mío. Elise observa un momento, entrecerrando sus ojos afilados, antes de alejarse.

Suelto un suspiro tembloroso y sigo trabajando, mis manos torpes con la tela delicada. Es como si los pañuelos se burlaran de mí, resbalándose entre mis dedos y negándose a cooperar. Cuando termino, el expositor sigue viéndose irregular, pero no me atrevo a rehacerlo otra vez.

La siguiente tarea es etiquetar bolsos. No son bolsos cualquiera —son de piel, de cocodrilo y de algún material que ni siquiera reconozco. Intento ser cuidadosa, pero mientras forcejeo con la pistola de etiquetas, accidentalmente perforo la correa de un bolso color crema.

"No, no, no", susurro, entrando en pánico mientras inspecciono el diminuto agujero. ¿Quizás no se nota? Coloco el bolso de vuelta en la estantería, esperando que nadie lo note.

"Sophia", dice Elise con brusquedad desde detrás de mí. "¿Está todo bien?"

"¡Sí!", suelto, girándome demasiado rápido. Mi codo golpea un expositor de clutches, haciendo que dos caigan al suelo. Uno aterriza con un fuerte golpe, y se me cae el alma a los pies.

Los ojos de Elise se entrecierran mientras recoge los clutches, inspeccionándolos en busca de daños. "Ten más cuidado", dice fríamente.

"Lo siento muchísimo", balbuceo.

Para la tarde, estoy empapada en sudor y completamente alterada. He doblado el mismo montón de jerséis tres veces porque Elise sigue diciendo que no están lo suficientemente ordenados. Me he tropezado con un taburete, he derramado un bote de limpiador de cuero y casi tiro un maniquí mientras intentaba ajustarle el pañuelo. Me duelen las manos, me duele la espalda y siento ganas de llorar cada cinco minutos.

En un momento, me veo reflejada en uno de los espejos que cubren la boutique. Tengo la cara sonrojada, el moño se me está deshaciendo y no me parezco en nada a la persona serena y segura que pretendía ser esta mañana.

No puedo dejar de pensar en Liam —su comportamiento frío y comedido, la manera en que parecía tenerlo todo bajo control.

¿Qué pensaría si me viera así? Probablemente ni me reconocería. ¿Y por qué sigo pensando en él? Solo es un abogado. Un abogado que no acepta clientes sin entradas.

Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme en la tarea que tengo entre manos: quitar el polvo de las estanterías.

Mientras alcanzo una delicada figurita de cristal, mi teléfono vibra en el bolsillo. La distracción es suficiente para que mi agarre falle, y la figurita se me escapa de las manos, haciéndose añicos contra el suelo.

El sonido es ensordecedor. Me quedo paralizada, mirando los fragmentos de cristal esparcidos por las baldosas.

Elise aparece al instante, su rostro una máscara de furia apenas contenida. "Sophia", dice, con voz tensa. "Apártate. Ahora."

"Lo siento muchísimo", susurro, con un nudo en la garganta.

Suspira pesadamente, haciendo señas a una de las otras empleadas para que limpie el desastre.

"Creo que hemos terminado por hoy", dice, su tono sin dejar lugar a discusión. "Esto no está funcionando."

Asiento, demasiado humillada para discutir. Agarro mi bolso y me escabullo de la boutique, con el pecho oprimido por la frustración y la vergüenza.

En el coche, apoyo la cabeza contra el volante, dejando que el peso del día caiga sobre mí.

Me tiemblan las manos y estoy a punto de derrumbarme. Otro fracaso. Otro recordatorio de que estoy completamente fuera de mi elemento.

No pertenezco a este mundo de pañuelos de diseñador y lámparas de araña de cristal. Pero tampoco pertenezco a la contabilidad.

El único lugar donde me he sentido verdaderamente yo misma es en mi estudio, bocetando diseños y soñando con la galería.

Mi teléfono vuelve a vibrar, pero ni siquiera lo miro. No puedo lidiar con nadie ahora mismo.

Arranco el coche y conduzco a casa, con la ciudad difuminándose a mi paso mientras intento mantenerme entera.

SOPHIA

Me despierto con el sonido de los pájaros cantando fuera de mi ventana y un suave rayo de sol atravesando mi cama. Por un momento, me quedo tumbada mirando el techo, intentando reunir la energía para enfrentarme a otro día. Pero entonces lo recuerdo —hoy es el día en que voy al banco a solicitar un préstamo.

Hoy, doy un paso hacia hacer realidad mi galería.

Después de mis últimos fracasos, parece imposible, pero tengo que intentarlo. La agencia no me ha llamado en dos días, y no puedo quedarme sentada esperando. Mi galería de arte no se va a financiar sola.

Aparto las sábanas de un tirón y me dirijo a la cocina, ya ansiando el rico y dulce consuelo de mi café matutino. En el momento en que la cafetera empieza a funcionar, el aroma familiar llena el aire, cálido y reconfortante.

Vierto el líquido oscuro en mi taza de cerámica favorita, añadiendo nata y una cucharadita de azúcar antes de dar un sorbo tentativo. Perfecto.

Camino hasta el salón, dejo el café sobre mi desordenada mesa de dibujo y empiezo a rebuscar en mi armario. Mis dedos pasan por blusas casuales y jerséis cómodos hasta que encuentro la camisa blanca impecable que busco.

La combino con unos pantalones negros de vestir y tacones bajos, tomándome mi tiempo para alisar las arrugas. Hoy necesito parecer que sé lo que estoy haciendo, aunque me sienta como una completa farsante.

De pie frente al espejo, me recojo el pelo en una coleta pulida y me aplico una capa ligera de maquillaje —lo justo para verme arreglada sin pasarme. Cuando termino, doy un paso atrás para evaluarme. Profesional, decidida, y alguien con quien no hay que jugar.

Agarro mi bolso y salgo por la puerta.

El trayecto hasta el banco es tranquilo, aunque el tráfico es tan frustrante como siempre.

Suenan bocinas y conductores impacientes zigzaguean entre carriles, pero consigo mantener la calma. Cuando entro en el aparcamiento, los nervios empiezan a apoderarse de mí.

El edificio del banco es elegante y moderno, con grandes ventanales y un aire de profesionalidad intimidante.

Respirando hondo, me aliso la blusa una última vez y entro.

La brisa del aire acondicionado me recibe, trayendo consigo un ligero aroma a café recién hecho y abrillantador de limón. El vestíbulo es imaculado, con suelos pulidos que brillan bajo las luces fluorescentes y filas de cómodos sillones de piel para los clientes que esperan.

Me acerco a una mujer de mediana edad con una sonrisa amable. "¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte hoy?"

"Hola", digo, intentando mantener la voz firme. "Tengo una cita para hablar con alguien sobre un préstamo comercial."

"Por supuesto", dice, tecleando algo en su ordenador. "Toma asiento, por favor, y en un momento te atenderán."

Asiento y me siento en uno de los mullidos sillones, cruzando las piernas y aferrando el bolso con fuerza sobre mi regazo. A mi alrededor, otros clientes esperan en silencio u hojean revistas, y me siento fuera de lugar. Todos parecen tan tranquilos, tan serenos. Mientras tanto, yo estoy repasando respuestas en mi cabeza, intentando prepararme para cualquier posible pregunta.

Un hombre alto con traje azul marino se me acerca unos minutos después. Tiene una carpeta en una mano y un aire de eficiencia que inmediatamente me pone nerviosa.

"¿Señorita Russo?", pregunta, mirándome por encima de sus gafas.

"Sí", digo, levantándome rápidamente y extendiendo la mano.

"Soy David", dice, estrechando mi mano brevemente. "Vamos a mi escritorio."

Lo sigo hasta un escritorio de madera pulida cerca del fondo de la sala, sintiendo el peso de cada paso. Mientras nos sentamos, teclea en su ordenador, sus dedos volando sobre el teclado.

"Así que viene a informarse sobre un préstamo comercial", dice, con un tono neutral pero ligeramente impaciente.

"Sí", digo, enderezándome en la silla. "Quiero abrir una galería de arte, y necesito financiación para la entrada de un local que he encontrado."

Asiente, sin dejar de teclear. "Bien. Empecemos por lo básico. ¿Cuál es el nombre de su empresa?"

Se me revuelve el estómago. "¿El nombre?"

"Sí", dice, mirándome expectante. "El nombre registrado de su empresa."

"Oh", balbuceo, notando que me arden las mejillas. "No... aún no tengo un nombre registrado. Es algo en lo que estoy trabajando."

Frunce ligeramente el ceño, recostándose en su silla. "De acuerdo. ¿Tiene un plan de negocio? ¿Proyecciones financieras?"

"Yo, eh... he hecho algunas investigaciones", digo rápidamente. "Sé lo que quiero hacer, y tengo una visión para la galería. Incluso he planificado los artistas con los que quiero trabajar y el tipo de exposiciones que quiero realizar."

"Eso está muy bien", dice, con un tono cuidadosamente neutral. "Pero los bancos normalmente requieren detalles más concretos —documentos, hojas de cálculo, previsiones financieras."

"Lo sé", digo, con la voz un poco más alta. "Pero necesito la financiación para empezar. Una vez que tenga el local, puedo hacer que funcione."

David suspira, ajustándose la corbata. "Señorita Russo, sin una empresa registrada o un plan detallado, va a ser muy difícil aprobar un préstamo comercial. Estas cosas requieren preparación y una base sólida."

Mi frustración sale a la superficie. "Sé cómo funcionan estas cosas", suelto, cruzándome de brazos. "Pero no tengo el lujo de esperar a que cada detalle sea perfecto. Necesito la financiación ahora."

David arquea una ceja, claramente poco impresionado por mi actitud. "Entiendo su urgencia", dice, con voz tajante. "Pero esto no es algo que pueda aprobar bajo estas circunstancias."

"Vale", digo, recostándome en mi silla y obligándome a calmarme. "¿Qué hay de un préstamo personal?"

Me mira durante un largo momento, y luego asiente lentamente. "Déjeme ver si alguien más puede ayudarle con eso."

Lo observo mientras se levanta, murmurando algo entre dientes mientras se aleja. Unos minutos después, se me acerca una mujer de unos treinta y tantos. Tiene una sonrisa cálida y ojos amables que inmediatamente me hacen sentir más tranquila.

"¿Señorita Russo?", dice, extendiendo su mano. "Soy Stacy. David me ha dicho que está interesada en un préstamo personal."

"Sí", digo, levantándome para estrechar su mano.

Me hace un gesto para que la siga hasta otro escritorio, y me siento, sintiéndome un poco menos tensa.

"Bien", empieza Stacy, consultando mi información en su ordenador. "¿Puede contarme un poco sobre lo que busca?"

"Necesito sesenta mil euros para la entrada de una galería de arte", digo.

Stacy parpadea, su sonrisa vacilando ligeramente. "Es una cantidad considerable", dice amablemente. "¿Tiene algún historial crediticio? ¿Tarjetas de crédito, un préstamo de coche, algo así?"

Se me hunde el estómago. "No", admito. "Mi padre paga mi apartamento y mi coche."

Asiente, tecleando algo en su ordenador. "De acuerdo. Déjeme hacer una consulta rápida de su crédito y ver qué podemos hacer."

Me quedo sentada, retorciéndome las manos en el regazo mientras ella navega por el sistema. Después de lo que parece una eternidad, levanta la vista, con expresión compungida.

"Nos hemos encontrado con un problema", dice con suavidad. "No tiene historial crediticio, lo que hace difícil aprobar un préstamo de este tamaño."

Asiento, tragándome el nudo en la garganta. "Entiendo."

Stacy duda un momento, y luego dice: "Lo máximo que puedo ofrecerle son cinco mil euros de préstamo personal. No es lo que esperaba, pero es un comienzo."

No es ni de lejos suficiente. Pero ¿qué otra opción tengo? "Lo acepto", digo, forzando una sonrisa.

Cuando salgo del banco, aferrando los papeles de mi préstamo de cinco mil euros, siento una extraña mezcla de alivio y frustración. No es suficiente, pero es algo y, para ser sincera, es la única victoria que he tenido desde aquella horrible cena del domingo con mis padres.

Me quedo sentada en el coche un buen rato, mirando fijamente los papeles en mi regazo. Finalmente, saco mi móvil y marco el número del despacho de Liam.

"Parker & Associates", contesta una recepcionista.

"Hola", digo, intentando mantener la voz firme. "Soy Sophia Russo. ¿Puedo hablar con el señor Parker?"

"Un momento", dice, poniéndome en espera.

El corazón me late con fuerza mientras espero, el silencio extendiéndose eternamente.

"Señorita Russo", la voz profunda de Liam finalmente suena en la línea, tranquila y serena.

"Hola", digo, agarrando el teléfono con fuerza. "Solo quería informarle de que he conseguido una entrada, y me gustaría concertar una cita."

Hay una pausa, y casi puedo oír el sutil cambio en su expresión. "Enhorabuena", dice finalmente.

"¿Cuándo le viene bien?"

"Mañana", digo rápidamente, con la voz casi quebrándose.

"Mañana a las diez", responde, con un tono profesional pero más cálido de lo que esperaba.

"Espero verla."

"Gracias", digo, exhalando aliviada.

"Por supuesto", dice, y la línea se corta.

Dejo el teléfono y me recuesto en el asiento, cerrando los ojos. Por primera vez en lo que parece una eternidad, siento una chispa de esperanza.

LIAM

Entro en mi despacho, recibido por el familiar aroma a café recién hecho y madera pulida. La ciudad vibra suavemente más allá de las ventanas, como telón de fondo del comienzo de lo que seguramente será otro largo día. Me aflojo ligeramente la corbata, no porque lo necesite, sino porque necesito sentirme aunque sea una fracción más cómodo que hace un momento. Kim, mi recepcionista, aparece un momento después con una taza en la mano. Es eficiente, tranquila y exactamente lo que necesito por las mañanas. "Buenos días, señor Parker", dice, dejando el café en mi escritorio.

"Gracias, Kim", digo, tomando la taza y aspirando el rico aroma.

Asiente, demorándose un segundo. "Su cita de las diez es la señorita Russo."

Me quedo paralizado durante una fracción de segundo antes de disimular la reacción. Sophia Russo. Ha conseguido una entrada, algo que honestamente no creí que lograría. La última vez que la vi, parecía tan poco preparada —apasionada, sí, pero dispersa. Y sin embargo, lo ha conseguido. Está llena de sorpresas.

"Gracias por recordármelo", respondo con suavidad, manteniendo un tono neutro.

Cuando Kim se va, me siento, dando un sorbo al café y echando un vistazo a mi agenda. Abro algunos documentos, leyéndolos a medias mientras mis pensamientos se desvían hacia Sophia. He estado pensando en ella más de lo que me gustaría admitir —su fuego, su determinación, la manera en que me mira como desafiándome a dudar de ella. Han pasado semanas, pero sus ojos color avellana, enmarcados por esas largas pestañas, siguen persistiendo en mi mente.

Exhalo bruscamente, sacudiendo la cabeza.

El golpe en mi puerta llega exactamente a las diez. Kim se asoma, con voz ligera. "La señorita Russo está aquí."

Me levanto, alisándome la chaqueta. "Hazla pasar."

La puerta se abre, y ahí está. Mis ojos no pueden evitar observarla un segundo más de lo necesario. Su pelo oscuro cae en suaves ondas por su espalda, rozando la curva de su cintura. Sus ojos color avellana están delineados con el maquillaje justo para resaltarlos, y sus labios — pintados de un suave rosa— están ligeramente entreabiertos, como si estuviera recuperando el aliento.

Lleva una blusa verde esmeralda entallada que le sienta como un guante, metida en una falda de tubo negra de talle alto que acentúa sus curvas. Sus tacones son discretos pero elegantes, resonando suavemente contra el suelo de madera mientras entra.

"Buenos días, señorita Russo", digo, extendiendo la mano.

Ella toma, con un apretón firme pero no excesivo. "Buenos días."

"Por favor, siéntese", digo, señalando la silla frente a mi escritorio.

Ella se sienta, alisándose la falda nerviosamente. "¿Cómo ha estado?"

"Ocupado", respondo, sentándome frente a ella. "¿Y usted?"

Ella duda, mordiéndose ligeramente el labio. "He estado... sobrellevándolo."

Arqueo una ceja, reclinándome un poco. "¿Sobrellevándolo? Eso es bastante vago."

Sus mejillas se sonrojan levemente, y aparta la mirada por un momento antes de volver a encontrarse con la mía. "Ha sido mucho, pero aquí estoy. Y tengo algo que mostrarle."

Saca una carpeta de su bolso, con las manos temblando ligeramente. La coloca sobre el escritorio y la desliza hacia mí.

Ella la abre, echando un vistazo a los papeles en su interior. Es una aprobación de préstamo —por cinco mil euros. Parpadeo, frunciendo el ceño.

"Esto es... parte", dice, con voz suave pero firme.

"¿Parte?", repito, cerrando la carpeta y dejándola sobre la mesa.

Ella asiente, retorciéndose los dedos en el regazo. "Sé que no es la cantidad completa, pero esperaba que pudiera contactar con el propietario del local y ver si estarían dispuestos a llegar a algún acuerdo con esto."

Me inclino ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio. "Señorita Russo, ¿exactamente qué cree que puedo hacer con cinco mil euros? ¿Magia?"

Sus ojos se abren de par en par, y de inmediato siento una punzada de culpabilidad, pero se recupera rápidamente, alzando la voz. "No lo sé, ¿vale? Solo pensé..."

"¿Pensó que podría convencerlos de que le entregaran las llaves por la bondad de su corazón?"

"¡Quizás!", exclama, con la voz temblorosa. "¡Porque mi padre no quiere ayudarme, no puedo encontrar un trabajo decente, y todo lo que he intentado hasta ahora ha sido un completo

desastre!"

Las palabras salen atropelladamente, y puedo ver la frustración burbujeando justo bajo la superficie. Sus manos se cierran en puños sobre su regazo, y su voz se suaviza mientras continúa. "He probado trabajos temporales", dice, con la voz quebrada. "En el primero me despidieron después de un día porque no pude manejar la presión. ¿El segundo? No podía doblar la ropa correctamente. Y mi padre..." Su voz se entrecorta, y traga con fuerza, con los ojos brillantes. "No cree en mí. Piensa que esto es un sueño estúpido, y me dijo que no me apoyará si no vuelvo a la contabilidad."

Exhala bruscamente, parpadeando rápidamente como si intentara contener las lágrimas. "Así que no, no creo que pueda hacer magia, pero estoy desesperada, ¿vale?"

Por un momento, no digo nada. Su vulnerabilidad es palpable, y me retuerce algo en el pecho. Está alterada, frustrada y al borde del colapso, pero maldita sea si no se ve impresionante en su pasión.

Tomo aire profundamente, enderezándome. "Relájese, Sophia."

Levanta la cabeza de golpe, sus ojos color avellana ardiendo. "¿Relajarme? ¿Cómo se supone que me relaje cuando mi sueño entero se está desmoronando?"

Sostengo su mirada, la habitación tensa por el silencio. Y entonces, sin pensarlo del todo, digo: "Puede trabajar aquí."

Parpadea, sus labios entreabriéndose por la sorpresa. "¿Qué?"

"Necesita dinero para la entrada", digo, reclinándome en mi silla. "Encontraré algo para que haga aquí. Será temporal, pero le ayudará a ahorrar."

Se le cae un poco la mandíbula, y me mira como si acabara de decirle que la tierra es plana. "¿Quiere que trabaje aquí?"

"No quiero que lo haga", digo, esbozando una media sonrisa. "Pero parece la mejor solución."

Entrecierra los ojos, y por un momento, me pregunto si va a volver a saltarme encima. Pero entonces su expresión se suaviza, y el alivio inunda su rostro.

"Yo..." Duda, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer lo que está oyendo. "Me encantaría trabajar aquí. Gracias. No tiene idea de lo mucho que esto significa para mí."

Extiende la mano, y se la estrecho, su apretón más firme esta vez.

"Ya encontraremos la manera", digo, con voz más baja.

Mira alrededor del despacho, con una leve sonrisa tirando de sus labios. "Aunque, probablemente debería advertirle... No tengo ni idea de hacer nada que no sea dibujar."

Me río entre dientes, reclinándome. "Trabajaremos en eso."

Ríe suavemente, la tensión en la habitación finalmente disipándose. Mientras la observo, no puedo evitar pensar en lo inesperado que es todo esto. No está cualificada para nada de lo que hacemos aquí, y sin embargo me encuentro queriendo verla más, ayudarla.

"Empieza mañana", digo, con tono definitivo.

Su sonrisa se ensancha, y se levanta, alisándose la falda. "Gracias de nuevo. No le defraudaré."

Asiento, observándola mientras sale del despacho, su confianza regresando lentamente con cada paso.

Cuando la puerta se cierra tras Sophia, exhalo y me reclino en mi silla, dejando que el momento se asiente.

Es extraño, este... poder que tiene sobre mí. Normalmente no tomo decisiones impulsivas, y mucho menos cuando se trata de mi empresa. ¿Y contratar a alguien sin un rol claro? Eso es tan opuesto a mis métodos habituales como se puede imaginar.

Miro el reloj. Hay una pila de contratos esperando a que los revise, pero no puedo concentrarme. Mi mente sigue regresando a Sophia—su fuego, su vulnerabilidad, esa mezcla de determinación y completo desamparo que parecía llevar consigo. Y luego está cómo se veía. Maldita sea, demasiado bien.

Sacudo la cabeza, tratando de apartar el pensamiento.

Un suave golpe en la puerta me saca de mis cavilaciones.

"Adelante", digo, enderezándome en la silla.

Kim entra con su portapapeles bajo el brazo, su expresión profesional pero cargada de curiosidad. Cierra la puerta tras de sí, un gesto sutil que indica que no es una visita casual.

"Señor Parker", comienza, con un tono medido. "No pude evitar notar que contrató a la señorita Russo."

Asiento, tomando un sorbo de mi café.

"Es correcto."

"Con todo respeto", continúa, avanzando un poco, "¿para qué exactamente la contrató?"

Su pregunta queda flotando en el aire por un momento, y puedo ver la curiosidad en sus ojos marrones. Kim lleva años trabajando conmigo, el tiempo suficiente para conocer mis hábitos, mis estándares y mi aversión a los riesgos innecesarios.

"Encontraré algo para que haga", digo, dejando la taza sobre el escritorio. "Es algo temporal."

Kim arquea una ceja, claramente escéptica.

"¿Temporal?" repite, con un tono neutral pero cargado de significado.

"Sí, temporal", respondo, reclinándome un poco. "Ella necesita ayuda. Le estoy dando una oportunidad."

"Con todo respeto, señor", dice Kim de nuevo, suavizando un poco su voz, "usted nunca ha contratado a alguien solo para ayudarlo. ¿Esto es por negocios, o es... algo personal?"

Entorno los ojos ligeramente hacia ella.

"Está tratando de ahorrar para abrir una galería. Solo le estoy ofreciendo una manera de hacerlo."

Kim no responde de inmediato, sus labios se presionan en una línea delgada mientras considera mis palabras. Finalmente asiente, aunque su expresión sigue siendo escéptica.

"Es muy... hermosa", dice Kim con cautela, observando mi reacción. "No es típico de usted interesarse tanto por alguien tan rápido."

La miro directamente, manteniendo mi tono sereno.

"Quiero ayudarla. Eso es todo."

Kim no parece del todo convencida, pero no insiste. En lugar de eso, cambia ligeramente de postura, cruzando los brazos de manera relajada.

"¿Y qué va a hacer aquí? Yo manejo la recepción, y ya tenemos un equipo administrativo completo."

"Empezaré ayudándote a ti", respondo. "Puedes delegarle algunas de tus tareas más ligeras y ver cómo las maneja."

Kim arquea una ceja, claramente divertida ahora.

"¿Quiere que la entrene?"

"Sí", digo sin rodeos. "Si no funciona, es temporal. No pasa nada."

Kim esboza una pequeña sonrisa, su fachada profesional dejando entrever algo de diversión.

"Le debe gustar. De verdad le debe gustar."

Mi cuerpo se tensa un poco.

"Esto no tiene que ver con gustar a nadie. Está en una situación difícil, y estoy en posición de ayudar."

Kim inclina ligeramente la cabeza, con una mirada perspicaz.

"Si usted lo dice."

Hay una larga pausa, el aire entre nosotros cargado de pensamientos no dichos. Finalmente asiente, con una expresión algo más relajada.

"De acuerdo. Veré en qué puede ayudar. Pero le tomo la palabra en eso de 'temporal'. No quiero que me quite el puesto."

"Entendido", digo con tono seco.

Kim se da la vuelta para salir, pero se detiene en la puerta, lanzándome una mirada por encima del hombro.

"¿Sabe?" dice con ligereza. "Normalmente no hay muchas personas que le impresionen. Pero claramente ella lo hace."

No respondo, observando cómo sale y cierra la puerta detrás de ella.

Una vez solo, me inclino hacia adelante, con los codos apoyados en el escritorio mientras miro la carpeta que Sophia dejó. Es impresionante. Llena de contradicciones: frágil en un momento, llena de fuego al siguiente. Y sí, es deslumbrante. Hermosa, incluso. Pero es más que eso. Hay algo en ella que me hace querer verla triunfar.

Tomo la carpeta, hojeando los papeles. Un préstamo de \$5,000 no será suficiente, pero el hecho de que haya conseguido siquiera esa cantidad habla de su determinación. La mayoría ya habría renunciado.

Mis pensamientos vuelven a cómo se veía hoy: segura pero nerviosa, presionando los labios cuando no estaba segura, sus ojos brillando cuando le ofrecí el trabajo. Es magnética, lo quiera o no.

Respiro hondo, dejando la carpeta a un lado y alcanzando el siguiente documento en mi pila. El trabajo no esperará, y tampoco el próximo cliente. Pero mientras me sumerjo en el contrato frente a mí, no puedo evitar preguntarme cómo encajará Sophia en esta oficina... y en mi vida.

SOPHIA

El sol se pone, su resplandor dorado filtrándose a través de las cortinas transparentes de mi apartamento.

Baño la habitación con una luz suave y cálida, haciendo que todo parezca un poco más tranquilo. Estoy en la cocina, sirviendo dos copas de vino —una para mí, otra para Jennifer— cuando el tenue aroma a vainilla de la vela que encendí antes flota a mi alrededor.

Cierro los ojos un momento, dejando que el aroma calme mis nervios.

Jennifer está sentada en el sofá, con las piernas recogidas debajo de ella. Su pelo oscuro cae sobre sus hombros, y sus ojos color avellana —tan parecidos a los míos— están llenos de una calidez natural.

"Tu apartamento siempre está tan perfecto", dice, rompiendo el silencio. "En serio, ¿cómo lo haces? Ni siquiera tienes asistente."

Me río, dejando mi copa en la mesa de café antes de hundirme en el sillón frente a ella. "Para empezar, no tengo dos pequeños arrasando el lugar cada día. Eso ayuda."

Jennifer sonríe con picardía, dando un sorbo a su vino. "Cierto. Pero incluso sin el caos, no creo que pudiera mantener este nivel de pulcritud. Es prácticamente criminal. Mamá estaría tan orgullosa."

Resoplo al mencionar a nuestra madre. "¿Orgullosa? Mamá aún encontraría algo que criticar. Ya sabes que nunca está satisfecha a menos que todo sea 'perfecto'."

"¿Te acuerdas de los guantes blancos?", pregunta Jennifer, curvando los labios en una sonrisa.

"Ay Dios, la famosa prueba del polvo", digo, riendo. "Pasaba los dedos por encima de cada estante, cada rodapié. Y si encontraba aunque fuera una mota..."

Jennifer gime dramáticamente. "Era ridículo."

"¡Y aquella vez que intentaste barrer las migas debajo de la alfombra!", le recuerdo, riendo más fuerte. "Mamá te pilló y casi le da un infarto."

Las mejillas de Jennifer se sonrojan, pero se ríe conmigo. "Me creía tan lista. Resulta que tenía ojos de halcón."

"Todavía los tiene", digo, sonriendo con cariño. "Pero al menos ahora dirige toda esa energía a regañar a papá por el jardín o cualquier nuevo proyecto con el que esté obsesionada."

El sonido de pequeños pasos interrumpe nuestras risas, seguido por un coro de risitas. Dylan y Theo entran corriendo al salón, sus pijamas a juego de cohetes espaciales ligeramente arrugados. Dylan lleva un coche de carreras en cada mano, y Theo arrastra tras él su querido dinosaurio de peluche.

"Tía Sophia, ¿podemos jugar con los coches?", pregunta Dylan, sus grandes ojos color avellana brillando de emoción.

"Claro", digo, inclinándome para revolverle el pelo. "Pero recuerda —las carreras solo en el suelo, ¿vale? Esta vez nada de chocar contra los muebles."

"¡Vale!", dice, ya preparando una pista imaginaria en la alfombra.

Theo se sube al sofá junto a Jennifer, levantando su dinosaurio para que lo inspeccione. "¡Mira, mami! ¡Dino también quiere correr!"

Jennifer ríe, apartando un mechón de pelo de su frente. "Dino está listo para ganar, ¿eh?"

"¡Sí!", exclama Theo, bajando de un salto para unirse a Dylan.

Jennifer los observa con una sonrisa suave, sus dedos envolviendo la copa de vino. "Gracias de nuevo por cuidarlos esta noche. Michael y yo realmente necesitábamos esta noche de cita."

"Sabes que me encanta tenerlos aquí", digo, con total sinceridad.

"Eres la mejor hermana", dice, inclinándose para apretarme la mano.

"Te lo recordaré cuando tengas otro par de gemelos", bromeo, sonriendo cuando sus ojos se abren con fingido horror.

"Ni lo menciones", dice, gimiendo. "Michael ya está hablando de tener más hijos, y me está estresando."

Inclino la cabeza, estudiándola. "¿No quieres más?"

Deja escapar un suspiro pesado, hundiéndose en el sofá. "No es que no quiera más. Me encanta ser madre. Pero los niños dan mucho trabajo, y Michael siempre está en la oficina. No me imagino estar embarazada otra vez e intentar seguirles el ritmo al mismo tiempo."

"Y siempre existe la posibilidad de gemelos de nuevo", señalo suavemente.

"¡Exacto!", dice, levantando las manos. "¿Y si intentamos tener uno más y acabamos con dos? No creo que pueda con eso otra vez."

"¿Has hablado con Michael sobre cómo te sientes?", pregunto.

"Sí", dice, frunciendo el ceño. "Pero sigue recordándome que acordamos tener una familia grande antes de casarnos. Y realmente quiere intentar tener una niña."

Asiento, dejándola desahogarse. "Es mucho, Jen. Pero eres una madre increíble, y sé que encontrarás la manera."

Jennifer hace girar la copa de vino en su mano, mirando fijamente el líquido rosa pálido como si contuviera respuestas. Sonríe débilmente ante mis palabras de ánimo, pero es una sonrisa tenue, que apenas llega a sus ojos.

"Eso espero", dice, dejando la copa y recostándose en el sofá.

Baja la voz mientras continúa, las palabras saliendo como si las hubiera estado conteniendo demasiado tiempo. "¿Sabes? Mi embarazo con los niños fue horrible. Pensé que nunca lo superaría. Estaba enferma todo el tiempo —mañana, tarde, noche. Y el peso... Dios, me llevó casi tres años perderlo todo."

Asiento, escuchando en silencio.

Se presiona la palma contra la parte baja de la espalda, haciendo una mueca. "Todavía me duele aquí por la epidural. Algunos días está bien, pero otras veces..." Se interrumpe, sacudiendo la cabeza. "Michael no lo entiende. Él no llevó gemelos, no pasó por el parto, la recuperación. Yo sí."

Su voz tiembla, y toma aire profundamente. "Quiero a mis niños más que a nada, pero la idea de pasar por todo otra vez —el embarazo, las tomas nocturnas... es simplemente... demasiado."

"Es mucho para cualquiera", digo con suavidad. "No está mal que te sientas abrumada, Jen. Y no está mal que te preocupe esto. Pero tú y Michael sois un equipo. Lo resolveréis juntos."

Me mira, sus ojos color avellana suavizándose. "Espero que tengas razón."

Su teléfono vibra en la mesa de café, y lo coge, apretando los labios. "Ay, mierda, tengo que irme ya si quiero llegar al restaurante a tiempo. Michael probablemente ya está dando vueltas junto a la puerta. Ya sabes lo impaciente que se pone cuando acaba de salir del trabajo."

Me río suavemente, levantándome con ella mientras se pone los zapatos y agarra su bolso. "Entonces será mejor que te vayas. No queremos hacerlo esperar."

Se gira hacia los niños, que siguen haciendo carreras con sus coches por la alfombra. "Niños, mamá tiene que irse ahora, pero volveré más tarde, ¿vale? Portaos bien con la tía Sophia."

Theo levanta la mirada primero, abrazando su dinosaurio de peluche. "Vale, mami."

Dylan corre a abrazarse a sus piernas. "¿Nos puedes traer tarta de chocolate?"

Jennifer se agacha, besando a ambos niños en la coronilla. "Quizás, si os portáis muy bien."

La observo mientras se levanta y se gira hacia mí, envolviéndome en un abrazo apretado.

"Gracias otra vez. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?"

"Lo haré", prometo. "Pásalo bien. Te lo mereces."

Sonríe, su preocupación anterior momentáneamente reemplazada por gratitud. "Eres la mejor hermana. En serio."

Cuando sale por la puerta, la cierro tras ella.

"¡Tía Sophia, vamos a pintar!", declara Dylan de repente, tirando de mi mano.

"Vale, vale", digo, riendo mientras reúno los materiales.

Nos instalamos en la mesa de la cocina, y los niños se sumergen en sus acuarelas. El papel de Theo rápidamente se convierte en un mar azul con salpicaduras verdes que declara son "islas de dinosaurios", mientras Dylan pinta un coche de carreras rojo brillante atravesando una carretera amarilla.

Después de pintar, les preparo la cena —macarrones con queso y rodajas de manzana de guarnición. Comen rápidamente, charlando sobre sus programas favoritos de televisión y preguntando si podemos ver dibujos animados después de cenar.

Cuando por fin están acurrucados en el sofá con sus pijamas, viendo *La Patrulla Canina*, puedo sentir cómo se asienta el cansancio. La cabeza de Theo descansa en mi regazo, sus manitas aferradas a su dinosaurio de peluche, mientras Dylan se apoya contra mi costado, sus párpados cada vez más pesados con cada minuto que pasa.

Acaricio suavemente el pelo de Theo, mi corazón hinchándose de cariño. Siempre me ha encantado ser tía, pero estos momentos tranquilos me recuerdan cuánto deseo ser madre algún día. Me imagino a mis futuros hijos correteando por mi galería, sus manos cubiertas de pintura mientras crean sus propias obras maestras.

Pero habrá tiempo de sobra para eso más adelante. No quiero tenerlos pronto.

El apartamento está ahora en silencio, excepto por los sonidos amortiguados de los coches en la distancia. El suave aroma a vainilla de la vela llena el aire, haciendo que mi apartamento se sienta aún más acogedor.

Entonces suena mi teléfono, el sonido rompiendo la quietud. Echo un vistazo a la pantalla, frunciendo el ceño ante el número desconocido.

¿Quién me estará llamando tan tarde?

LIAM

Es tarde —demasiado tarde para estar haciendo esta llamada. Lo sé. Pero mientras estoy sentado en mi ático, con las luces de la ciudad parpadeando fuera de mi ventana, no puedo dejar de pensar en Sophia.

Desde que salió de mi despacho, su voz y esos ojos color avellana siguen repitiéndose en mi mente.

Sé que no debería estar llamándola —no a esta hora. Es poco profesional, casi inapropiado. Pero algo dentro de mí necesita escuchar su voz otra vez.

Presiono el botón de llamada antes de poder convencerme de lo contrario.

"¿Diga?", su voz es suave, vacilante, pero inconfundiblemente suya.

El sonido me provoca un escalofrío, y me recuesto en el sofá, pasándome una mano por el pelo.

Dios, ¿por qué suena tan sensual?

"Sophia", digo, manteniendo el tono tan neutral como puedo.

"Liam", responde, y puedo oír la curiosidad en su voz. "¿A qué debo el placer de una llamada a estas horas?"

Sonrío con suficiencia, aunque no pueda verme. "Quería confirmar que está todo listo para mañana."

Hay una pausa, y casi puedo imaginarla mordiéndose el labio, ese leve rubor extendiéndose por sus mejillas. "¿No lo habíamos confirmado ya?"

"Sí", admito, bajando la voz. "Pero quería comprobarlo personalmente. Asegurarme de que está... cómoda con todo."

"Lo estoy", dice, con voz suave pero firme. "Aunque, tengo que admitir que no esperaba una llamada tan tarde."

"Yo tampoco", respondo con sinceridad. "Pero aquí estamos."

Hay un momento de silencio, y puedo oír el suave murmullo de algo de fondo —quizás una televisión o música.

"¿Tiene todo lo que necesita para mañana?", pregunto, rompiendo el silencio.

"Sí", dice, su tono cambiando ligeramente. "Bueno, todo excepto un buen sueño. Esta llamada no ayuda con eso."

Me río entre dientes, inclinándome hacia adelante. "La dejaré ir pronto. Pero hay una cosa más."

"¿Oh?", su voz es juguetona ahora, provocadora.

"Póngase tacones rojos mañana", digo, las palabras escapándose antes de poder pensarlo mejor.

"¿Tacones rojos?", repite, y puedo oír la sonrisa en su voz.

"Le quedarán bien", digo simplemente, recostándome de nuevo. Mi excitación crece al pensar en verla con ellos.

Se queda callada un momento, y luego ríe suavemente. "Es muy seguro de sí mismo, señor Parker."

"Es parte del trabajo", respondo.

"Bueno, ya veremos", dice, con voz ligera. "Buenas noches, Liam."

"Buenas noches, Sophia."

Cuelgo, mirando fijamente el teléfono en mi mano. Qué demonios estoy haciendo.

Sacudiendo la cabeza, me levanto y me dirijo al baño. El agua caliente de la ducha hace poco por aclarar mis pensamientos, y mientras salgo y me seco, sigo pensando en ella. Se me ha metido bajo la piel, y no estoy seguro si eso es algo bueno o un problema.

A la mañana siguiente, me levanto temprano. Mi rutina habitual —café, ejercicio, un desayuno rápido— termina en tiempo récord, y me encuentro dirigiéndome a la oficina más temprano de lo normal. No estoy del todo seguro si es porque quiero adelantar trabajo o si simplemente quiero verla.

Para cuando me instalo en mi despacho, Kim ya está en su escritorio, tecleando.

"Buenos días", dice, levantando brevemente la vista.

"Buenos días", respondo, agarrando la primera pila de documentos que necesito revisar.

Estoy a mitad de un documento cuando Kim llama a mi puerta.

"Ya está aquí", dice, con tono neutral pero con un toque de curiosidad.

"Hazla pasar", digo, levantándome de mi silla.

Cuando la puerta se abre, lo primero que veo son los tacones rojos. Brillantes, atrevidos, y perfectamente combinados con su falda de tubo negra y su blusa blanca. Su pelo está peinado en

suaves ondas, cayendo por su espalda, y sus ojos color avellana están delineados lo justo para llamar la atención.

"Buenos días", dice, con una pequeña sonrisa conocedora jugando en sus labios.

"Sophia", respondo, señalando la silla frente a mi escritorio. "Es puntual. Me gusta eso."

Se sienta, cruzando las piernas, y no puedo evitar que mi mirada se demore medio segundo más de lo debido. Su presencia llena la sala de una manera que hace difícil concentrarse.

"Estoy lista para empezar", dice, con voz firme a pesar del leve aleteo que capto en su pulso en la garganta.

"Bien", digo, volviendo a sentarme. "Empezaremos con algo de papeleo. Kim la ayudará con el resto."

Llamo a Kim, que entra un momento después, con expresión educada pero reservada.

"Sophia, Kim le enseñará lo básico", digo.

Kim asiente, con tono profesional. "Sígame."

Desde mi despacho, puedo oír fragmentos de su interacción. Kim explica cómo contestar los teléfonos, programar citas y manejar algunas de las tareas administrativas. Sophia escucha atentamente, pero no tarda mucho en que las cosas empiecen a torcerse.

El primer error llega cuando Sophia intenta transferir una llamada y accidentalmente la corta.

"¡Lo siento!", dice rápidamente, con voz alterada.

"No pasa nada", responde Kim, aunque su tono es cortante.

El segundo error llega cuando Sophia se lío con el software de programación, reservando accidentalmente dos clientes para la misma hora.

Salgo de mi despacho, observando cómo la paciencia de Kim empieza a agotarse.

"Sophia", digo, mi voz cortando la tensión.

Ambas mujeres se giran a mirarme. La expresión de Kim es de frustración apenas disimulada, mientras que Sophia parece alterada pero decidida.

"Kim", digo, con tono firme pero no desagradable. "¿Por qué no te tomas un descanso? Yo me ocupo de esto."

Kim duda, luego asiente. "Por supuesto."

Cuando se aleja, me dirijo a Sophia. "Relájese", digo, haciendo eco de mis palabras de ayer.

"Lo intento", murmura, mordiéndose el labio.

Le hago un gesto para que me siga a mi despacho, cerrando la puerta tras nosotros.

"Vamos a repasar lo básico otra vez", digo, sentándome a su lado en lugar de al otro lado del escritorio. "Esta vez más despacio."

Asiente, con las mejillas sonrojadas. "Gracias, Liam", dice en voz baja.

Al final del día, Sophia ha progresado. La oficina está tranquila, la mayoría ya se ha ido a casa. Está inclinada sobre mi escritorio, revisando el último expediente del cliente, y me encuentro distraído por el sutil aroma a jazmín, por lo cerca que está.

"Creo que le estoy cogiendo el truco", dice, girándose hacia mí. Estamos más cerca de lo que deberíamos, el aire entre nosotros cargado de algo peligroso.

"Así es", digo, con la voz más baja de lo que pretendía. Sus ojos encuentran los míos, y por un momento, ninguno de los dos se mueve. Me inclino ligeramente, atraído por la forma en que entreabre los labios, apenas...

Un golpe seco en la puerta nos hace dar un respingo a los dos.

La voz de Kim llega desde fuera: "¿Señor Parker? Los contratos Thompson necesitan su firma."

Sophia se aclara la garganta, dando un paso atrás. Tiene las mejillas sonrojadas. "Debería irme. Que pase buena noche, Liam."

Agarra su bolso y sale apresuradamente, pero no sin lanzar una última mirada por encima del hombro. La observo marcharse, sabiendo que esta noche me costará conciliar el sueño.

Centro mi atención en Kim.

"¿Los contratos Thompson?" Extiendo la mano, y Kim los coloca en mi escritorio. Firmo rápida y eficientemente.

"Aquí tiene." Se los devuelvo. Los toma pero no se va. En cambio, se aclara la garganta.

"Con todo respeto", empieza, con tono cuidadosamente medido, "no he podido evitar fijarme en el salario de Sophia..."

Me reclino en mi silla. "¿Qué pasa con eso?"

"¿Ciento veinte mil?", intenta mantener un tono neutral pero no lo consigue. "No tiene experiencia. Es completamente nueva, y aun así cobra lo mismo que yo."

La observo por un momento. "¿Y cuál es tu punto, Kim?"

Intenta ocultar su enfado, pero se nota en la tensión de su mandíbula. "¿Cómo es que alguien sin experiencia gana lo mismo que quien lleva años aquí?"

"No creo que deberías estar haciendo esta pregunta, Kim. No afecta a tu salario."

"Con respeto, señor Parker, sí que afecta cuando trae a alguien que apenas sabe manejar el sistema telefónico..."

"Kim."

..."y le paga lo mismo que a la gente que ha demostrado su valía..."

"Ya es suficiente."

"¿Es porque es guapa? ¿Porque lleva vestidos ajustados y tacones rojos?"

"¡Esta es mi empresa!", digo poniéndome de pie. Se encoge, sus ojos ensanchándose por un momento.

"Bueno...", empieza, pero se interrumpe.

Me recompongo, alisándome la chaqueta. "Puedo darle la cantidad que me parezca oportuna. Tu trabajo es simplemente ayudar con la formación." La miro fijamente. "¿O es demasiado para ti?"

Traga saliva con fuerza. "Siento haber preguntado", dice, pero capto el destello de ira en sus ojos. "Buenas noches, señor Parker."

Se gira y se va, sus tacones resonando rápidamente contra el suelo mientras se aleja. La puerta se cierra tras ella con un suave chasquido.

Me acerco a la ventana, contemplando las luces de la ciudad abajo. El aroma de Sophia aún permanece en mi despacho, volviéndome loco. Tenerla trabajando aquí no es suficiente –es una tortura.

La forma en que se muerde el labio cuando se concentra, cómo le brillan los ojos cuando consigue hacer algo bien. La necesito. Es ridículo, lo sé, pero verla hoy aquí, observar su determinación a pesar de cada tropiezo... Quiero comprarle yo mismo la maldita galería en lugar de hacer que ahorre para conseguirla.

Me dirijo a mi escritorio, saco el whisky. De vuelta en la ventana, doy un largo trago, dejando que el líquido me queme. La ciudad se extiende ante mí, pero todo lo que puedo ver es ella –la manera en que me miró antes de que Kim interrumpiera, lo cerca que habíamos estado de cruzar esa línea.

"Nunca he deseado tanto a alguien", murmuro al despacho vacío, sabiendo que estoy en problemas. Graves problemas.

El chorro cálido de la ducha se siente increíble contra mi piel.

El vapor me envuelve mientras cierro los ojos, dejando que el agua caiga sobre mis hombros. Hoy es mi segundo día en el bufete, y por primera vez en lo que parece una eternidad, estoy verdaderamente ilusionada con el trabajo. Aunque si soy sincera conmigo misma, no es solo el trabajo lo que me emociona.

Al salir, me envuelvo en una gruesa toalla color crema y limpio la condensación del espejo con la palma de la mano.

Hay una ligereza en mi expresión que no estaba antes, un destello de esperanza que hace brillar más mis ojos.

Liam me está pagando tan bien que mis sueños de la galería por fin parecen alcanzables. Seis meses ahorrando este sueldo, y tendré suficiente para la entrada.

Seis meses viéndolo todos los días... Aparto ese pensamiento.

"Céntrate, Sophia", murmuro a mi reflejo. "Profesional. ¿Recuerdas?"

Me seco el pelo metódicamente, dedicando tiempo extra a peinarlo en suaves ondas que caen justo por debajo de los hombros. Los productos caros para el pelo en los que me he permitido el lujo de gastar valen cada céntimo —mis rizos oscuros lucen brillantes y controlados en lugar de su habitual desorden salvaje.

Mi rutina de maquillaje es como una meditación: base para uniformar mi tez olivácea, bronceador para dar calidez, y un toque de colorete en lo alto de los pómulos. Delineo mis ojos con precisión estudiada, haciendo que mis ojos color avellana parezcan más grandes y dramáticos. Una pasada de labial rosa oscuro completa el look —profesional con un toque de atrevimiento.

La blusa azul marino entallada que elijo marca mis curvas sin ser demasiado obvia, y la meto con cuidado en una falda de tubo negra que me llega justo por encima de las rodillas. Hoy opto por tacones negros, aunque la forma en que Liam me miró las piernas ayer me tienta a ponerme los rojos otra vez. Mientras me abrocho mi collar favorito —una delicada cadena de oro con un pequeño colgante que diseñé yo misma— siento que esa chispa de confianza crece más fuerte. Mi teléfono vibra mientras me sirvo la primera taza de café. El rico aroma llena mi cocina, y respiro hondo, saboreando el momento. Cuando veo el nombre de Jennifer en la pantalla, sonrío, llevándome la taza a los labios.

"Hola, Jen", contesto, esperando nuestra charla matutina habitual.

Pero el sollozo que llega a través de la línea me deja helada, con el café a medio camino de mi boca. "Sophia..." Su voz se quiebra, y se me cae el alma a los pies.

"¿Jennifer?" Dejo la taza con tanta fuerza que el café se derrama por el borde. "¿Qué pasa?"

"Es Michael." Las palabras salen entre hipidos. "Ha tenido... ha habido un accidente. De camino al trabajo."

El mundo se tambalea. Michael, que ama a mi hermana y a mis sobrinos más que a su propia vida. "Dios mío. ¿Está...?" Ni siquiera puedo terminar la pregunta.

"Está vivo", se apresura a decir, y me agarro a la encimera buscando apoyo. "Pero Sophia, su coche... está destrozado. Y su rodilla..." Otro sollozo la interrumpe. "Lo están preparando para cirugía ahora mismo. Te necesito. ¿Puedes... puedes venir, por favor?"

"Ya estoy en camino", digo, agarrando las llaves con manos temblorosas. "¿Qué hospital?"

"Monte Sinaí." Su voz tiembla. "Los niños están aquí, y no puedo... no puedo pensar con claridad. Necesito..."

"Veinte minutos", prometo. "Aguanta, Jen. Ya voy."

Tengo que llamar a Liam. Los dedos me tiemblan mientras marco su número.

Contesta al segundo tono. "¿Sophia?" Su voz es cálida, curiosa.

"Liam", digo, y algo en mi tono debe alertarle porque sus siguientes palabras están afiladas por la preocupación.

"¿Qué ocurre?"

"Lo siento muchísimo, pero no puedo ir hoy." Las palabras salen atropelladamente mientras bajo corriendo las escaleras hacia mi coche. "Mi cuñado ha tenido un accidente. Está en el Monte Sinaí, va a entrar a cirugía, y mi hermana me necesita con los niños..."

"Respira hondo", me interrumpe con suavidad. "¿Está estable?"

Su voz tranquila me ayuda a centrarme. "Sí. Sí, está vivo, gracias a Dios. Pero tiene la rodilla destrozada, y el coche está siniestrado..." Para mi horror, las lágrimas empiezan a acumularse. "Está mal, Liam. Jennifer está desmoronándose."

"Sophia, escúchame." Su tono es firme pero amable. "Ocúpate de tu familia. Es lo único que debe preocuparte ahora mismo. Nosotros nos encargaremos de todo aquí."

"Pero es solo mi segundo día, y yo..."

"La familia es lo primero", dice con tal convicción que nuevas lágrimas se me escapan. "Llámame si necesitas algo. Lo que sea."

"Gracias", susurro, con más significado del que podría saber.

El trayecto al hospital es un borrón de tráfico y ansiedad. Me salto tres semáforos en ámbar y probablemente rompo todos los límites de velocidad de Manhattan, pero llego en dieciocho minutos.

El aparcamiento del hospital es un laberinto de coches y gente estresada, pero finalmente encuentro un sitio y corro hacia la entrada, mis tacones resonando contra el pavimento.

El olor a antiséptico me golpea nada más entrar —ese aroma penetrante y limpio que siempre me revuelve el estómago. Una enfermera atareada me indica el camino a la sala de espera de cirugía, y encuentro a Jennifer caminando de un lado a otro cerca de las ventanas, retorciéndose las manos. Theo y Dylan están sentados tranquilamente en un banco cercano, sus caritas pálidas y confundidas.

"¡Tía Sophia!", Dylan me ve primero, levantándose de un salto y corriendo a mis brazos. Lo abrazo con fuerza mientras Theo se une a nosotros.

"Hola, mis valientes", susurro, besándoles las cabezas. Se aferran a mí, y puedo sentir su miedo aunque no entiendan del todo lo que está pasando.

Jennifer se gira al oír sus voces, y se me parte el corazón. El rímel ha dejado surcos oscuros en sus mejillas, y le tiemblan las manos. Me levanto para abrazarla.

"¿Cómo está?", pregunto suavemente.

Se aparta, limpiándose la cara. "Se lo han llevado a quirófano hace diez minutos. Su rodilla..." Se le quiebra la voz. "El médico dice que está completamente destrozada. Necesitaré clavos, y meses de rehabilitación, y..." Empieza a caminar otra vez. "El coche está perdido, Sophia. Siniestrado total. Y estará sin trabajar quién sabe cuánto tiempo. Tenemos buenos ahorros pero no nos durarán más de cinco o seis meses. Las facturas médicas... la hipoteca... Tendré que pedirle ayuda a papá."

"Jennifer." La agarro por los hombros, obligándola a detenerse. "Mírame. Michael está vivo. Eso es lo que importa ahora. Todo lo demás, lo resolveremos. Juntas. ¿Vale?"

Asiente, con el labio temblando. "Los niños... No puedo pensar con claridad. Mamá y papá vuelven de las Bahamas esta noche, pero hasta entonces..."

"No digas más", la interrumpo. "Se vienen conmigo. Tú céntrate en Michael."

"¿Estás segura? ¿Qué hay del trabajo?"

"Ya está arreglado. Los niños y yo vamos a pasar un gran día, ¿verdad?" Miro a mis sobrinos, logrando esbozar una sonrisa.

"¿Podemos tomar helado?", pregunta Theo esperanzado.

"Después de comer", prometo, y soy recompensada con pequeñas sonrisas de ambos niños.

Jennifer me abraza otra vez, con fuerza. "Gracias. No sé qué haría sin ti."

"Para eso están las hermanas", digo, apretándole el hombro. "Mantenme informada, ¿vale?"

Asiente, luego se arrodilla para abrazar a los niños. "Portaos bien con la tía Sophia, ¿vale? Mamá os verá pronto."

"¿Papá se va a poner bien?", pregunta Dylan con voz pequeña.

"Sí, cariño", dice Jennifer. "Los médicos le están arreglando la pierna ahora mismo. Se pondrá bien."

Salimos del hospital, los niños agarrando cada uno una de mis manos. Tengo el corazón encogido, pero mantengo una expresión valiente por ellos. Paramos en su casa para preparar bolsas para la noche, luego vamos a mi cafetería favorita a comer. Los niños devoran sus fingers de pollo y patatas fritas mientras yo picoteo una ensalada Cobb, sin encontrar el apetito por ninguna parte.

De vuelta en mi apartamento, acomodo a los niños con sus dibujos animados favoritos mientras llamo a mis padres para ponerles al día sobre el estado de Michael. Luego le mando un mensaje a Liam.

"Ya llegué al hospital. Michael está en cirugía. Estoy cuidando a mis sobrinos. Gracias por entender."

Su respuesta llega rápido: *"No te preocupes por el trabajo. Avísame si necesitas cualquier cosa."*

El resto de la tarde pasa en un torbellino de actividades diseñadas para mantener distraídos a dos pequeños preocupados. Construimos un fuerte con los cojines del sofá, tenemos un torneo de Mario Kart, y horneamos galletas con pepitas de chocolate que salen un poco quemadas pero comestibles. Cuando llega la noche, Jennifer me ha enviado un mensaje diciendo que Michael ha salido de cirugía –todo ha ido bien, pero estará varios días en el hospital.

Para cenar preparo pollo con arroz y luego les preparo un baño de burbujas a los niños. Chapotean y juegan, y por un momento, todo parece casi normal. Los visto con sus pijamas y los arropo en la cama de invitados, leyéndoles tres cuentos antes de que finalmente empiecen a dormirse.

"Te quiero, tía Sophia", murmura Dylan mientras le beso la frente.

"Yo también os quiero, cielos. A los dos."

Dejo la puerta entreabierta y camino a la cocina, sirviéndome una muy necesaria copa de vino. El apartamento está en silencio excepto por el suave zumbido del lavavajillas. Me hundo en el sofá, permitiéndome por fin sentir el peso del día.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Jennifer: *"Ya está dormido. Los calmantes son fuertes. El vuelo de mamá y papá aterriza en una hora. Gracias por todo, hermana. Te quiero."*

Estoy escribiendo una respuesta cuando suena un golpe en mi puerta. Me quedo helada, mirando el reloj –son casi las diez. ¿Quién vendría tan tarde?

Levantándome despacio, camino hacia la puerta, con el corazón de repente acelerado. A través de la mirilla, veo una figura alta familiar en un traje caro, y se me corta la respiración.

Liam.

Abro la puerta, con el corazón acelerado mientras contemplo la alta figura de Liam llenando el umbral.

Incluso después de un día completo en la oficina, está devastadoramente atractivo —su traje gris marengo aún impecable, aunque su pelo oscuro está ligeramente despeinado. Sus cálidos ojos marrones encuentran los míos, y se me entrecorta la respiración.

"Hola", dice suavemente. "Espero que no sea demasiado tarde."

De repente soy muy consciente de que llevo pantalones de yoga y un jersey grande, con la cara limpia sin maquillaje. "No, pasa." Me hago a un lado, observándolo mientras se adentra en mi espacio con esa gracia natural suya. Antes de poder pensarlo demasiado, lo rodeo con mis brazos en un abrazo.

Se siente sólido y cálido contra mí, una de sus manos posándose en la parte baja de mi espalda. Me permito demorarme un momento más de lo debido, respirando las sutiles notas de su colonia —algo caro y embriagador que me hace dar vueltas la cabeza.

Cuando finalmente me aparto, tengo las mejillas encendidas. "¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías dónde vivo?"

Me dedica una sonrisa tímida que transforma su rostro habitualmente serio. "El papeleo de contratación. Lo siento, sé que esto no es profesional, pero después de todo lo que pasó hoy..."

Se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más. "Tenía que ver cómo estabas."

"Me alegro de que hayas venido", digo suavemente, notando que el calor me sube por el cuello bajo su intensa mirada. "¿Quieres un poco de vino? Acabo de abrir una botella."

"Estaría bien."

Soy hipersensible a su presencia mientras me sigue hasta la cocina. Cuando me estiro para alcanzar otra copa, puedo sentirlo detrás de mí, sin tocarme pero lo suficientemente cerca como

para sentir su calor.

Nos acomodamos en el sofá, ligeramente girados el uno hacia el otro. Su rodilla roza la mía, y hasta ese pequeño contacto me envía electricidad por todo el cuerpo. Se afloja la corbata, y me descubro observando el movimiento de sus dedos, recordando cómo se sentían extendidos sobre mi espalda hace unos momentos.

"¿Cómo está el marido de tu hermana?", pregunta, con voz suave.

Le cuento sobre la cirugía, sobre los miedos de Jennifer, sobre cuidar a los niños. "Están durmiendo en la habitación de invitados ahora", digo, señalando hacia el pasillo. "Por fin se agotaron después de un torneo épico de Mario Kart y una sesión de hornear galletas."

"Parece que lo has manejado todo maravillosamente", dice, y hay algo en su voz que me hace encontrar su mirada. La intensidad que encuentro allí me deja sin aliento. "Me alegro de que todos estén bien."

Intento aligerar el ambiente antes de hacer algo estúpido como sentarme en su regazo. "¿Y qué tal la oficina? ¿Se incendió sin mí?"

Se ríe, un sonido rico y profundo que me hace estremecer. "Hasta las cenizas. Un desastre total." No puedo evitar reírme. "Seguro que te las arreglaste", digo, dando otro sorbo de vino para ocultar mi sonrisa. "Aunque tengo que admitir que estaba un poco preocupada por irme en mi segundo día."

"No lo estés. La familia es lo primero", dice con firmeza, y luego añade con una sonrisa socarrona, "Aunque los teléfonos puede que nunca se recuperen de tu ausencia."

"¡Eh!", le doy un golpe juguetón en el brazo, pero él atrapa mi mano, su pulgar acariciando mis nudillos. El ambiente bromista cambia instantáneamente, el aire entre nosotros cargándose de tensión.

Quizás sea el vino, o el agotamiento emocional del día, o simplemente la forma en que me mira —como si fuera algo precioso y peligroso a la vez— pero me encuentro inclinándome más cerca. Su mano libre sube para acunar mi mejilla. Mis ojos se cierran mientras él acorta la distancia entre nosotros.

El primer roce de sus labios contra los míos es suave, interrogante. Cuando me acerco más, su mano se desliza en mi pelo, inclinándome la cabeza para profundizar el beso. Me derrito contra él, mis dedos aferrándose a su camisa, atrayéndolo más cerca. Sabe a vino y a algo únicamente suyo, y no puedo tener suficiente.

Su otro brazo rodea mi cintura, y de repente estoy en su regazo, a horcajadas sobre él mientras sus labios trazan un camino de fuego por mi cuello. Mis manos encuentran su pelo, tan suave

como había imaginado.

Un pequeño gemido se me escapa cuando muerde suavemente mi punto de pulso.

"Sophia", suspira contra mi piel, y el sonido de mi nombre en esa voz ronca casi me deshace. Sus manos se deslizan bajo mi jersey, cálidas contra mi piel desnuda, y...

Una vocecita llama desde el pasillo. "¿Tía Sophia?"

Nos separamos de un salto como adolescentes pillados besándose. Me aparto torpemente de su regazo, ajustándome el jersey con manos temblorosas. Liam se levanta rápidamente, pasándose una mano por el pelo ahora completamente despeinado.

"Debería irme", dice, con la voz aún ronca. "Los niños..."

"Claro", consigo decir, intentando que mi corazón se calme. "Por supuesto."

Lo acompaño hasta la puerta con piernas temblorosas. Se detiene en el umbral, volviéndose hacia mí. "Mañana en la oficina..."

"Seremos completamente profesionales", termino, aunque mi cuerpo grita en protesta.

Asiente, pero parece no poder resistirse a inclinarse para un último beso, este ligero como una pluma pero lleno de promesas. "Buenas noches, Sophia."

"Buenas noches, Liam."

Después de cerrar la puerta, me apoyo contra ella, tocándome los labios donde aún puedo sentir su beso. Mañana en la oficina va a ser muy interesante, sin duda.

"¿Tía Sophia?", llama Dylan otra vez.

Respiro hondo, intentando recomponerme. "¡Ya voy, cielo!", respondo, dirigiéndome al pasillo para revisar a mi sobrino, con la piel aún hormigueando por el contacto de Liam.

Profesional, me recuerdo. Seremos completamente profesionales mañana.

Pero no acabo de creérmelo.

LIAM

Doy otro sorbo al café, apenas saboreando el caro tueste oscuro que normalmente empieza mis mañanas a la perfección.

Las palabras de los contratos de fusión Henderson se difuminan mientras miro fijamente mi escritorio, mi mente vagando hacia anoche —la sensación de Sophia en mi regazo, su suave jadeo cuando le besé el cuello, cómo se sentían sus dedos enredados en mi pelo, lo perfectamente que encajaba contra mí.

Solo el recuerdo hace que se me acelere el pulso. Me froto las sienes, enderezándome en mi sillón de piel, intentando obligarme a concentrarme en los documentos que requieren mi atención.

Mi despacho representa poder y control —el escritorio de caoba pulida, la cuidadosa disposición de los libros de derecho, el arte sobrio, y la imponente vista de Manhattan. Sin embargo, mi actual estado mental se siente completamente fuera de control.

"¿Señor Parker?", la voz cortante de Kim interrumpe mis pensamientos. Sus tacones resuenan contra la tarima mientras entra, con la carpeta apretada contra el pecho como una armadura. "El señor Davidson está aquí para su cita de las nueve."

Me aclaro la garganta, ajustándome la corbata negra sobre la camisa blanca impecable. "Hazlo pasar."

Davidson entra en mi despacho con paso firme, todo confianza y colonia cara, lanzándose directamente a las preguntas sobre su próxima fusión. Me obligo a concentrarme, guiándolo a través de las implicaciones legales y los posibles obstáculos del acuerdo. Mi mente sigue desviándose hacia anoche, hacia la sensación de los labios de Sophia contra los míos, el sabor de su piel.

Vamos caminando hacia el ascensor, terminando nuestra discusión sobre las cláusulas de responsabilidad, cuando la veo.

Sophia sale del ascensor, y las palabras se me mueren en la garganta.

Lleva un vestido rojo oscuro que abraza cada curva, terminando justo por encima de las rodillas, combinado con tacones negros que hacen que sus piernas parezcan interminables. Su pelo oscuro cae en ondas más allá de sus hombros, artísticamente despeinado de una manera que me hace querer pasar mis dedos por él otra vez.

El sutil brillo en sus clavículas atrae mi mirada hacia su cuello, donde recuerdo claramente haber presionado mis labios anoche. Sus ojos están delineados con algo que hace que el color avellana resalte contra su piel olivácea, y sus labios están pintados de un tono rosado que debería ser ilegal en un entorno profesional.

Me ve y vacila ligeramente, un rubor subiendo por su cuello. Sus dedos se tensan sobre su bolso de piel. "Buenos días", dice profesionalmente, aunque capto el ligero temblor en su voz.

"Sophia", consigo decir, orgulloso de lo firme que sueno. "Señor Davidson, le enviaré esos documentos esta tarde."

Davidson se va, y soy dolorosamente consciente de la presencia de Sophia, el sutil aroma de su perfume de jazmín haciéndome dar vueltas la cabeza. La seda de su vestido atrapa la luz con cada respiración, y me encuentro recordando lo suave que se sentía su piel bajo mis manos.

Antes de que pueda decir nada, Kim aparece con su habitual sincronización impecable. "Señorita Russo, ¿continuamos con su formación?" Su tono podría congelar el mismo infierno.

Las observo alejarse, los tacones de Sophia resonando contra el suelo, el sutil contoneo de sus caderas casi hipnótico. Este va a ser un día largo.

Para las once, he oído los suspiros exasperados de Kim a través de la puerta de mi despacho al menos una docena de veces. Intento concentrarme en el trabajo, pero cada vez que oigo la voz de Sophia, mi mente vuelve directamente a ella envuelta a mi alrededor en su sofá. La mañana se arrastra en una nebulosa de llamadas y reuniones, pero soy hipersensible a su presencia justo al otro lado de mi puerta.

"No, así no", la voz de Kim atraviesa la puerta otra vez, más cortante que antes. "¿Cuántas veces tengo que enseñarte el sistema de archivo? No es tan complicado."

Ya he tenido suficiente. Me levanto, me aliso la chaqueta y salgo al área de recepción. Sophia está de pie junto al archivador, las mejillas sonrojadas por la frustración, un mechón de pelo cayendo sobre su cara. Sus dedos tiemblan ligeramente mientras sostiene una carpeta. Kim se cierne cerca, con los brazos cruzados.

"¿Todo bien por aquí?"

"Señor Parker", empieza Kim, con tono cortante. "Estoy intentando explicar nuestro sistema de archivo, pero la señorita Russo parece tener dificultades para entender incluso los conceptos básicos."

Noto cómo la columna de Sophia se tensa ante el insulto, aunque mantiene la mirada baja.

"Kim", digo, con voz firme. "Tómate el resto del día libre."

Sus ojos se ensanchan. "Pero señor..."

"Has estado trabajando duro. Tómate la tarde. Yo ayudaré a Sophia con el resto de su formación."

La boca de Kim se abre y se cierra, pero sabe que es mejor no discutir. La observo mientras recoge sus cosas, sus movimientos bruscos por la ira. Una vez que se ha ido, me dirijo a Sophia.

"¿Cómo están los niños?", pregunto suavemente.

Sus hombros se relajan ligeramente, y me mira a través de esas largas pestañas. "Mejor. Mis padres los recogieron esta mañana. Jennifer dice que Michael está bien —puede que le den el alta mañana."

"¿Y tú cómo estás?"

Encuentra mi mirada, y el aire entre nosotros chisporrotea de tensión. "Yo...", traga saliva, y observo el movimiento de su garganta. "No dejo de pensar en anoche."

"Yo tampoco." Me acerco, lo suficiente para captar el ligero enganche en su respiración. Su perfume me envuelve, haciendo difícil pensar con claridad. "Cena conmigo esta noche."

"Liam..." Mira alrededor de la oficina vacía, mordiéndose el labio inferior. Ese gesto casi acaba conmigo. "¿Es una buena idea?"

"Probablemente no." Extiendo la mano, sin poder evitarlo, colocando ese mechón suelto detrás de su oreja. Su piel es suave bajo mis dedos, y la siento estremecerse ante mi contacto. "Cena conmigo de todas formas."

Me mira a través de esas pestañas otra vez, y puedo ver en sus ojos la misma batalla que estoy librando yo —el deseo contra el deber, la tentación contra la sensatez. "¿Dónde?"

"Déjame sorprenderte." Mi mano se demora cerca de su rostro, mi pulgar acariciando su mejilla.

"Paso a buscarte a las siete."

"Vale", susurra.

Alguien se aclara la garganta, y nos separamos de un salto. James está en la puerta, con su característica sonrisa socarrona. "¿Interrumpo algo?"

"En absoluto", digo con naturalidad, aunque quiero borrarle esa mirada de suficiencia de un puñetazo. "¿En qué puedo ayudarte?"

"Solo vengo a dejar las cifras revisadas que me pediste." Me entrega una carpeta, sus ojos deslizándose apreciativamente sobre Sophia. "¿Y quién podría ser esta encantadora señorita?"

"Sophia Russo, nuestra nueva asistente ejecutiva", digo, sin que me guste nada cómo la mira como si fuera su próxima adquisición. "Sophia, este es James Hall."

"Un placer", dice James, extendiendo su mano. Sophia la estrecha brevemente, y noto cómo él la retiene un momento más de lo debido, su pulgar acariciando sus nudillos.

"Las cifras parecen correctas", digo, apenas echándoles un vistazo. "Las revisaremos mañana."

James capta la indirecta y se va, pero no sin antes lanzar otra mirada apreciativa a Sophia. Se me tensa la mandíbula involuntariamente.

Una vez que estamos solos de nuevo, Sophia me mira con diversión bailando en sus ojos.

"¿Celoso?"

"¿Debería estarlo?"

Se acerca más, bajando la voz a un susurro que me envía oleadas de calor por todo el cuerpo.

"Solo beso a un jefe a la vez."

El recordatorio de anoche hace que me hierva la sangre. "A las siete", digo con voz ronca. "No llegues tarde."

Sonríe, una curva seductora de esos labios rosados. "Ni se me ocurriría."

La observo caminar de vuelta a su escritorio, sus caderas balanceándose suavemente. Seis horas hasta la cena. Bien podrían ser seis años.

Al volver a mi despacho, intento concentrarme en el trabajo, pero solo puedo pensar en cómo se verá esta noche, fuera de la oficina, lejos de miradas indiscretas. Cómo brillará su piel a la luz de las velas, cómo sonará su risa cuando esté relajada y no preocupada por mantener la profesionalidad.

Mi teléfono vibra —otro mensaje de Ben preguntando por la cena de cumpleaños de mamá. Lo ignoro. Ahora mismo, solo puedo pensar en Sophia, y en lo completamente perdido que estoy.

Los límites profesionales existen por una razón. Salir con tu empleada nunca termina bien. Sé todo esto, y aun así no puedo mantenerme alejado de ella.

No quiero mantenerme alejado de ella.

Las siete no pueden llegar lo suficientemente rápido.

SOPHIA

Me pongo mi vestido de cóctel negro favorito, la seda deslizándose fresca contra mi piel. De pie frente al espejo, no puedo evitar sonreír, recordando lo satisfactorio que fue ver a Kim marcharse temprano de la oficina hoy. La manera en que Liam me defendió, su voz firme pero controlada —no debería haberme parecido tan sexy como fue. Pero hay algo en el poder que ejerce, en la forma en que puede silenciar una sala con solo una mirada, que hace que se me acelere el pulso. El resto del día laboral había transcurrido sorprendentemente bien sin Kim respirándome en la nuca. De hecho, logré entender el sistema de archivo una vez que Liam me lo explicó, su presencia detrás de mí era distractora pero de alguna manera tranquilizadora.

El calor de su mano en la parte baja de mi espalda mientras me señalaba las diferentes secciones aún perdura en mi memoria. Cada vez que se inclinaba cerca, su colonia mareándome, tenía que obligarme a concentrarme en sus palabras en lugar de en cómo se sentían sus labios contra mi cuello anoche.

Suena mi teléfono —Jennifer.

"Hola, hermanita", contesto, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro mientras busco mis pendientes favoritos.

"Le dan el alta a Michael mañana", dice, sonando más como ella misma ahora. "El fisioterapeuta dice que ya está superando las expectativas."

"¡Eso es maravilloso!." Encuentro los pendientes de diamantes —un regalo de graduación de nuestros padres— y me los pongo. "¿Cómo están los niños?"

"Mejor ahora que lo han visto. Mamá los está malcriando sin remedio, por supuesto." Hace una pausa. "Te noto distraída. ¿Todo bien?"

El calor me sube a las mejillas. "Tengo una cita esta noche."

"¿Una cita?." Su voz se anima. "¿Con quién? Espera... ¿es con tu jefe? ¿El abogado guapo?"

"¡Jennifer!"

"¡Lo es! Ay, Dios mío, Sophia. Llámame después de tu cita, quiero todos los detalles jugosos."

"Voy a colgar ahora."

Su risa me persigue mientras termino la llamada. Vuelvo al espejo, recogiendo mi pelo oscuro con arte, dejando que algunos rizos caigan sueltos alrededor de mi cara. El maquillaje que llevé al trabajo ha aguantado bien, pero retoco mi pintalabios con un tono más oscuro del que llevaría a la oficina y añado una capa extra de rímel.

Una rociada de perfume de jazmín en las muñecas y el cuello completa el look.

Un golpe en mi puerta hace que el corazón me dé un vuelco. Agarro mi bolso, echo un último vistazo al espejo y voy a abrir. Cuando abro la puerta, se me corta la respiración.

Liam llena el marco de la puerta, más atractivo que nunca. Se ha cambiado desde el trabajo, ahora lleva una camisa negra sin corbata, los primeros botones desabrochados lo justo para dejarme la boca seca. Su pelo oscuro está ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él, y sus ojos marrones se oscurecen mientras me observan, demorándose en la forma en que el vestido abraza mis curvas.

"Estás preciosa", dice, con voz baja y ronca.

"Gracias."

Su coche está aparcado junto a la acera —un elegante Aston Martin negro. Me abre la puerta del copiloto, su mano cálida en la parte baja de mi espalda mientras me deslizo dentro. Los asientos de piel son suaves como la mantequilla, y noto lo inmaculado que está el interior.

"La mayoría de los hombres no mantienen sus coches tan limpios", observo mientras se sienta.

Se ríe, arrancando el motor. "La mayoría de los hombres no aprecian las cosas buenas de la vida." Su mano encuentra mi muslo mientras nos alejamos de la acera, su pulgar trazando pequeños círculos que me dificultan pensar con claridad. El simple contacto envía electricidad por todo mi cuerpo.

El restaurante está en Tribeca, todo ladrillo visto y luz de velas. El maître saluda a Liam por su nombre, guiándonos a una mesa de la esquina parcialmente oculta por una botellera antigua.

Después de pedir una botella de vino tinto —algo francés que finjo reconocer— nos sumergimos en una conversación relajada.

"Háblame de tu familia", digo, dando otro sorbo de vino. La luz de las velas se refleja en el líquido rojo oscuro, proyectando sombras sobre el mantel blanco.

Se reclina, aflojándose ligeramente la corbata. "Mi hermano Ben es el relajado. Es arquitecto, dirige su propio estudio en Brooklyn. Se casó el año pasado, y están esperando su primera hija

—una niña." Su rostro se suaviza cuando habla de ellos. "Papá construyó el bufete desde cero, me preparó para hacerme cargo desde que podía caminar. Me lo cedió hace ocho años después de mi veinticinco cumpleaños."

"¿Y tu madre?"

"Es una fuerza de la naturaleza. Está en la junta directiva de todas las organizaciones benéficas de Manhattan, organiza el tipo de fiestas de las que la gente habla durante meses. Pero es... cálida. Hace que todos se sientan especiales." Da un sorbo de vino, sus ojos encontrando los míos por encima del borde de su copa. "¿Qué hay de tu familia? Además de Jennifer y los niños."

Recorro el borde de mi copa de vino con el dedo. "Crecí en Brooklyn Heights. La empresa constructora de papá empezó pequeña —solo él y tres tipos. Ahora construye la mitad de las promociones de lujo de la ciudad. Y mi madre..." Me río suavemente. "Da miedo de la mejor manera posible. Dirige la casa como una operación militar. Teníamos servicio mientras crecíamos, pero ella seguía inspeccionando cada rincón personalmente. Nada se le escapa."

Sus ojos brillan con interés. "¿Cómo se conocieron?"

"Novios del instituto. Papá era el chico malo de Bensonhurst que montaba en moto. Mamá era la perfecta princesa moderna. Sus padres lo odiaban hasta que empezó su empresa."

"¿Y ahora?"

"Ahora veranean juntos en los Hamptons." Sonrío. "¿Tus padres?"

"En la facultad de derecho. Papá dice que lo supo en el momento en que ella lo destruyó en un juicio simulado." Su mano encuentra la mía sobre la mesa, su pulgar acariciando mis nudillos. "Ella sigue ganando la mayoría de sus discusiones."

Llega el postre —un decadente pastel de chocolate. Corta un pequeño trozo con su tenedor, ofreciéndomelo.

El gesto debería parecer cursi, pero la forma en que sus ojos se oscurecen mientras me inclino hacia adelante hace que se me acelere el pulso. Su pulgar se desliza por mi labio inferior, atrapando una miga de chocolate.

Más tarde, su ático me deja sin aliento. El espacio abarca todo el último piso, diseñado con una elegancia moderna y un lujo discreto.

Un piano de cola Steinway domina la atención cerca de los ventanales que van del suelo al techo, su superficie negra y pulida reflejando el brillo de las luces de la ciudad. Obras de arte abstracto cuelgan en las paredes, cada una elegida cuidadosamente para complementar los suaves tonos grises del lugar.

El ambiente es refinado pero personal: libros apilados ordenadamente sobre las mesas auxiliares, un vaso de whisky a medio terminar descansando en un sillón de cuero, y hojas de música esparcidas sobre el piano.

"Tu vista es increíble", digo, acercándome a las ventanas. Manhattan brilla abajo como si fueran diamantes esparcidos.

"Ahora sí lo es", murmura él, acercándose por detrás. Sus manos se posan en mis caderas, y me recuesto contra su pecho. Sus labios encuentran mi cuello, justo donde mi pulso late con fuerza, y cierro los ojos con un suave suspiro.

Su boca sube hasta mi oído. "Quédate esta noche", susurra, y no es realmente una pregunta.

Me giro en sus brazos, mirándolo a los ojos. "Está bien."

Los labios de Liam se curvan en una sonrisa satisfecha cuando acepto, sus ojos oscuros ardiendo con algo que me envía un escalofrío directo al corazón. Toma mi mano y me guía hacia el elegante carrito de bebidas en la esquina de la sala.

"¿Tinto o blanco?" pregunta, su voz baja, todavía cargada con el calor del momento.

"Tinto", respondo, observándolo mientras elige una botella y sirve dos copas. Sus movimientos son deliberados, seguros, y no puedo evitar admirar cómo su camisa se ajusta a sus hombros.

Me entrega una copa, sus dedos rozando los míos por un momento más largo de lo necesario, y alza la suya. "Por las noches inesperadas", murmura, con la mirada fija en la mía.

"Por las noches inesperadas", repito, sintiendo cómo el vino cálido me llena desde dentro.

Bebemos en un silencio cómodo por un momento antes de que él deje su copa y tome la mía de mi mano, colocándola sobre la barra. "Déjame mostrarte el lugar", dice, su voz un murmullo grave que acelera mi pulso.

Me guía por el ático, su mano firme y cálida en la base de mi espalda. El espacio es impresionante, cada habitación una mezcla perfecta de diseño moderno y toques personales. Una biblioteca privada con estanterías que llegan al techo capta mi atención, pero Liam me jala antes de que pueda detenerme.

Finalmente, llegamos al dormitorio. En el momento en que abre la puerta, contengo el aliento. El espacio es amplio pero íntimo, dominado por una cama tamaño king con ropa de cama gris oscura que se ve tan acogedora como el hombre que está a mi lado. La luz tenue resalta la elegancia minimalista de la habitación.

Liam se gira hacia mí, su mano deslizándose hasta acariciar mi mejilla. "He deseado esto toda la noche", murmura, su pulgar rozando mi labio inferior.

"Yo también", admito, mi voz apenas un susurro.

Se inclina, capturando mis labios en un beso que empieza lento y rápidamente se profundiza, su lengua jugando con la mía mientras sus manos bajan para sujetar mi cintura. Me presiono contra él, sintiendo la dureza de su erección a través de sus pantalones, y un gemido suave se escapa de mis labios.

Las manos de Liam suben a mis hombros, bajando lentamente los tirantes de mi vestido. La seda cae de mi cuerpo, formándose en un charco a mis pies, dejándome de pie frente a él con solo unas braguitas de encaje y tacones. Su mirada me recorre, oscureciéndose con deseo mientras me observa.

"Hermosa", susurra, sus manos trazando las curvas de mi cuerpo.

Llevo mis manos a su camisa, desabotonándola despacio, mis dedos rozando los músculos duros de su pecho. Una vez que está desabrochada, la deslizo de sus hombros, revelando las líneas definidas de su torso. Mis manos exploran el calor de su piel, trazando los surcos firmes de sus abdominales antes de moverse más abajo.

Las manos de Liam vuelven a mí, bajando por mi espalda hasta sostener mi trasero mientras me acerca más. Su boca deja un rastro de besos por mi cuello, sus dientes rozando la piel sensible justo debajo de mi oreja. "Te deseo", gruñe, su voz gruesa de necesidad.

"Entonces tómame", respondo, mi voz entrecortada.

Me levanta con facilidad, mis piernas rodeando su cintura mientras me lleva a la cama. Me recuesta con cuidado, su cuerpo cubriendo el mío mientras sus labios encuentran los míos de nuevo. Sus besos son hambrientos, sus manos deslizándose para engancharse en el borde de mis braguitas. Las baja lentamente, sus ojos oscuros fijos en los míos mientras me descubre por completo.

Liam se sienta por un momento, su mirada recorriendo mi cuerpo mientras desabrocha su cinturón y se libera de sus pantalones y bóxers. Su erección está dura y gruesa, la imagen me hace arder de anticipación.

Se inclina sobre mí, su cuerpo presionándome contra el suave colchón mientras sus labios capturan los míos otra vez.

Una de sus manos se desliza entre mis muslos, sus dedos separando mis pliegues húmedos y encontrando mi clítoris. Gimo contra su boca mientras lo acaricia lentamente, provocándome hasta que mis caderas se arquean contra su mano.

"Estás tan mojada", murmura, su voz ronca de deseo. "No puedo esperar a sentirte."

"Por favor", susurro, mis uñas hundiéndose en sus hombros. "Te necesito."

Liam se posiciona en mi entrada, la punta de su erección presionando contra mi humedad. Se detiene, sus ojos encontrando los míos mientras se desliza lentamente dentro de mí, llenándome centímetro a centímetro. La sensación es perfecta, una mezcla de placer y presión que me deja jadeando.

"Joder", gime, su voz tensa mientras se hunde completamente. "Te sientes increíble."

Se queda quieto por un momento, dejándome acostumbrarme a la plenitud antes de empezar a moverse. Sus embestidas son lentas y deliberadas, cada una enviando un escalofrío de placer mientras se entierra profundamente. Enredo mis piernas alrededor de él, acercándolo más, necesitando más.

"Liam", gimo, mis manos enredándose en su cabello mientras su ritmo se acelera.

Gruñe suavemente, sus manos sujetando mis caderas mientras se mueve más rápido, su erección golpeando puntos que me hacen gritar. El sonido de nuestros cuerpos encontrándose llena la habitación, el calor húmedo de mi coño tomándolo una y otra vez.

"Eres perfecta", murmura, sus labios rozando mi oído.

Me aferro a él, mi cuerpo arqueándose contra el suyo mientras el placer crece, cada embestida acercándome más al borde. Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encontrando mi clítoris y enviando un torrente de calor por todo mi cuerpo.

"Ven para mí, preciosa", exige, su voz áspera y dominante.

Sus palabras me empujan al abismo, mi cuerpo tensándose mientras grito su nombre, la liberación golpeándome en oleadas. Liam gime, sus movimientos volviéndose erráticos mientras me sigue, su erección pulsando dentro de mí mientras se derrama profundamente.

Se desploma a mi lado, atrayéndome a sus brazos mientras recuperamos el aliento. Su mano acaricia mi espalda con suavidad, sus labios presionando un beso tierno en mi frente.

"Eres peligrosa, ¿sabes?", dice en voz baja, con un brillo travieso en sus ojos.

Levanto una ceja, sonriendo mientras dibujo patrones perezosos en su pecho con mis dedos.

"¿Peligrosa cómo?"

"Para mi cordura", responde, su voz cálida y grave. "Justo cuando creo que ya he tenido suficiente de ti, quiero más."

Río suavemente, inclinándome para presionar un beso en su mandíbula. "Bien", murmuro contra su piel. "Porque no pienso ir a ningún lado."

Me miro en el espejo, alisándome el vestido de seda azul marino —lo suficientemente discreto para una cena familiar pero aun así elegante.

La última semana con Liam pasa por mi mente como un destello: besos robados en su despacho después del horario laboral, una cena romántica en Per Se, un almuerzo sorpresa en Central Park. Hasta Kim ha estado amable en el trabajo, aunque quizás sea porque teme que la vuelvan a mandar a casa.

Mi teléfono vibra. Liam: *"No puedo dejar de pensar en ti. Suerte en la cena."*

El calor me sube a las mejillas mientras los recuerdos de anoche me inundan —sus manos, su boca, la manera en que susurraba mi nombre. Trabajar juntos es una tortura a veces, verlo dominar una sala con esos trajes perfectamente cortados, sabiendo exactamente lo que hay debajo.

Ha sido así casi todas las noches de la última semana.

Otro mensaje: Jennifer. *"Más te vale estar de camino. Mamá ya ha preguntado tres veces dónde estás."*

Me aplico una última capa de rímel, haciendo que mis ojos color avellana resalten contra la sutil sombra ahumada.

Mi pelo oscuro cae en suaves ondas más allá de los hombros —mamá siempre dice que debería llevarlo recogido más a menudo, pero sé que a Liam le gusta suelto. El delicado collar de oro que diseñé brilla con la luz mientras agarro mi bolso.

El trayecto a Brooklyn Heights me resulta familiar, aunque hace más de un mes que no he estado aquí.

Aparco el coche y respiro hondo, alisándome el vestido de seda azul marino antes de subir los conocidos escalones de la casa de piedra rojiza de mis padres. Un miembro del servicio que no

reconozco me abre la puerta, dirigiéndome al salón formal donde oigo las risas de los niños.

"¡Tía Sophia!" Se lanzan contra mí, y me arrodillo para abrazarlos como es debido.

"¡Mis traviesos favoritos! ¿Os estáis portando bien con la abuela?"

"Están siendo unos ángeles", dice Jennifer, apareciendo tras ellos. Se ve mejor que en mucho tiempo —menos estresada. "Tener a Michael en casa realmente los ha hecho portarse mejor. Quién iba a pensar que todo lo que haría falta sería que papá estuviera atado al sofá."

"¿Cómo está?"

"Terco. Intenta hacer demasiado. Pero la rehabilitación va bien." Baja la voz. "Te ves bien. Radiante, incluso. ¿No tendrá nada que ver con cierto abogado?"

"¡Shh!" Miro alrededor, pero los niños ya han salido corriendo.

"Señoritas", la voz de mamá resuena desde la puerta. Está elegante como siempre con un jersey de cachemir crema y perlas. "Sophia, cariño. Te hemos echado de menos en la cena."

La culpabilidad aparece puntual. La abrazo, respirando su perfume. "Lo siento, mamá. El trabajo ha estado ocupado."

"Eso he oído. Tu padre está esperando en su despacho."

Se me encoge el estómago. Jennifer me aprieta el brazo. "Ve. Todo irá bien."

El despacho de papá no ha cambiado —todo madera oscura y piel, puros y poder. Está en su escritorio, con las gafas de lectura en la nariz.

"Hola, papá."

Levanta la vista, la sorpresa cruzando su rostro. "Sophia. Te ves... diferente."

Me siento en una de las butacas de piel, alisándome el vestido. "De hecho, tengo noticias. Conseguí trabajo. En Parker & Associates."

Sus cejas se disparan. "¿El bufete de abogados?"

"Sí, como asistente ejecutiva. Va bien. Estoy aprendiendo sobre contratos, derecho inmobiliario..." Respiro hondo. "Y sigo trabajando en el plan de la galería."

Me preparo para su habitual rechazo, pero me sorprende dejando los papeles. "Cuéntame sobre ambas cosas."

Por un momento, me quedo sin palabras. Luego las palabras brotan solas. "El bufete me está enseñando mucho sobre negocios, contratos, cómo gestionar las cosas correctamente. Pero la galería..." Me inclino hacia adelante, mi pasión tomando el control. "He encontrado un espacio increíble en SoHo. La luz es perfecta —unos ventanales enormes que mostrarían el arte de manera preciosa. Quiero presentar artistas emergentes, gente que merece ser vista. Arte mixto,

pinturas, esculturas. Ya tengo contacto con cinco artistas increíbles que quieren exponer su trabajo."

Mis manos se mueven mientras hablo, dibujando la visión en el aire. "El espacio delantero tendría exposiciones rotativas, y la parte trasera sería una zona más íntima para piezas más pequeñas y mis diseños de joyería. Estoy pensando en ladrillo visto, paredes blancas limpias, iluminación moderna..." Me contengo, esperando que me corte.

En su lugar, se quita las gafas de lectura, estudiándome. "Lo has pensado bien."

"Sí. Y..." Endezco la espalda. "Ahora puedo hacerme cargo de mis propias facturas. De hecho, Jennifer podría usar más la ayuda, con Michael sin trabajar."

Su rostro se queda completamente inmóvil. El reloj de pie en la esquina marca el tiempo ruidosamente en el silencio. "¿Quieres... rechazar mi ayuda?"

"Necesito hacer esto por mi cuenta." Mi voz sale más fuerte de lo que esperaba.

La mandíbula de papá se tensa. "Te he cuidado desde el día que naciste, Sophia. Cada factura, cada gasto." Su voz lleva ese filo que conozco demasiado bien.

"Lo sé, papá, y te lo agradezco. Pero tengo veinticuatro años. Tengo un buen trabajo, y una vez que abra la galería..."

"La galería", se burla. "¿Y qué pasa cuando..."

"Voy a hacer que funcione. Ganaré buen dinero con ella. Además, Jennifer..."

Sacude la cabeza. "También puedo ayudarla a ella", corta bruscamente. "Seguramente entiendes que puedo permitirme mantener tres hogares."

"No, gracias, papá." Sostengo su mirada firmemente. "Es hora de que haga esto por mi cuenta."

Me mira como si nunca me hubiera visto antes. El silencio se estira hasta que finalmente se levanta, ajustándose la chaqueta del traje. "La cena está casi lista."

Lo observo salir, sus hombros rígidos de decepción. Respirando hondo, lo sigo hasta el comedor. La mesa brilla con la mejor vajilla y platería de mamá, las velas proyectando un cálido resplandor.

El servicio se mueve a nuestro alrededor en silencio mientras tomo asiento junto a Jennifer. Papá se acomoda en la cabecera de la mesa, sus hombros tensos, todavía molesto por nuestra conversación en su despacho. La delicada porcelana tintinea mientras sirven el primer plato — una sopa de bogavante que hace que los niños arruguen la nariz.

"Michael está mucho mejor", dice Jennifer, removiendo su sopa. Su alianza brilla con la luz de las velas mientras gesticula. "El fisioterapeuta dice que va adelantado."

"Qué maravilla", mamá se inclina hacia adelante, sus perlas reluciendo. "Aunque me imagino que no es el paciente más fácil."

La risa de Jennifer es genuina. "Ayer lo pillé intentando reorganizar los muebles del salón. Con muletas."

"Papá nos dejó ayudar a traerle cosas", anuncia Dylan con orgullo, medio levantándose de su silla antes de que una mirada sutil de mamá lo haga sentarse de nuevo. "¡Soy el mejor trayendo agua!"

"¡No, yo lo soy!", la cuchara de Theo golpea contra su plato.

"Los dos sois unos ayudantes excelentes", dice Jennifer, alisando el pelo alborotado de Theo.

Llega el plato principal —magret de pato con reducción de cerezas y patatas. Papá hace girar su vino, estudiándome por encima del borde de su copa.

"Parker & Associates", dice de repente, haciéndome tensar. "Es el bufete de Liam Parker, ¿no?"

Mi tenedor se detiene a medio camino de mi boca. "Sí."

"Tiene bastante reputación. Un abogado brillante. Implacable en los juicios."

El calor me sube por el cuello mientras recuerdo cómo se sentían esas manos "implacables" sobre mi piel anoche. "Es... competente."

Mi teléfono vibra contra mi muslo. Lo inclino ligeramente: *"Echo de menos ese vestido sexy de anoche. Y lo que había debajo."*

El servicio se mueve a nuestro alrededor con precisión militar, rellenando copas de vino y retirando platos. Cruzo las piernas bajo la mesa, intentando ignorar cómo mi teléfono sigue vibrando. Papá toma otro bocado de pato, su mandíbula trabajando mientras mastica.

"¿Qué tal encuentras el trabajo?", pregunta finalmente, dejando el tenedor con cuidado deliberado.

"Estoy aprendiendo mucho." Corto mi pato, evitando su mirada. "Sobre negocios, contratos..."

"Habilidades útiles", dice en voz baja, algo cambiando en su tono que me hace levantar la vista.

"Para la dueña de una galería."

Antes de que pueda responder, mamá se inclina hacia adelante, su pulsera de diamantes captando la luz. "Hablando de aprender cosas, ¿cuándo vamos a conocer a este hombre misterioso que te hace revisar tanto el teléfono?"

Mi copa de vino se queda congelada a medio camino de mis labios. Los hombros de Jennifer se sacuden con risa silenciosa.

"No hay ningún..."

"Por favor", me interrumpe mamá, arqueando una ceja perfecta. "Una madre sabe. Últimamente prácticamente resplandeces, cariño."

Otro mensaje vibra: *"Mi cama se siente vacía sin ti en ella."*

Me muevo inquieta en mi asiento, el calor subiéndome por el cuello. "¿Podemos tomar el postre?", pregunta Theo, con la salsa manchándole la barbilla.

El servicio aparece, retirando los platos con eficiencia practicada. Papá me observa, algo ilegible en su expresión.

"Sophia." Su voz corta a través del tintineo de la vajilla. "Puede que no esté de acuerdo con todas tus decisiones, pero..." Hace una pausa, sus dedos apretándose sobre el tallo de la copa. "Respeto que quieras tomarlas tú misma."

Viniendo de él, es como una bendición. "Gracias, papá."

Los ojos de mamá se entrecierran, moviéndose entre nosotros. "Bueno, sea quien sea, tráelo pronto a cenar. Estoy cansada de verte dar un respingo cada vez que vibra tu teléfono."

Escapo hacia mi coche antes de que pueda empezar su interrogatorio, mis manos temblando ligeramente mientras agarro las llaves. Mi teléfono se ilumina: *"Sigo pensando en el postre..."*

Arrancando el motor, me muerdo el labio. Hay antojos que realmente no pueden esperar. Le escribo rápidamente: *"Voy para allá. Espero que estés listo para mí."*

Su respuesta es inmediata: *"La puerta está abierta."*

Conduzco a través de las calles brillantes de Manhattan, mi pulso acelerándose con cada manzana.

El portero nocturno me dedica una sonrisa cómplice mientras me apresuro hacia el ascensor. Mis tacones resuenan contra el suelo de mármol, el sonido haciendo eco en el pasillo vacío.

Fiel a su palabra, su puerta está abierta. Me deslizo dentro para encontrar el ático bañado en luz suave. Liam está junto a las ventanas, la corbata aflojada, las mangas remangadas, sosteniendo dos copas de vino. Se gira, y la mirada en sus ojos me deja sin aliento.

"¿Qué tal la cena?", pregunta, con voz baja mientras me ofrece una copa.

"Mejor ahora", susurro, dejando el vino a un lado sin probarlo. Su boca encuentra la mía, ardiente y exigente. Me derrito contra él mientras sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome más cerca. Sabe a vino y deseo, su beso profundizándose mientras paso mis dedos por su pelo.

"Te he echado de menos", murmura contra mi cuello, haciéndome estremecer. Sus manos encuentran la cremallera de mi vestido mientras me guía hacia el dormitorio.

"Demuéstramelo", suspiro, y lo hace.

LIAM

La luz del sol se filtra por los ventanales de piso a techo, calentando mi piel mientras despierto. Sophia duerme a mi lado, su cabello oscuro desplegado sobre mi almohada, su hombro descubierto demasiado tentador para resistir.

Recorro su brazo con mis dedos, siguiendo con suaves besos. Su piel tiene un aroma a jazmín que me cautiva por completo.

Se mueve ligeramente, una sonrisa curvando sus labios antes de abrir los ojos. Cuando se gira para mirarme, la luz de la mañana destella en las motas doradas de sus ojos color avellana.

"Buenos días," murmura, atrayéndome para besarme.

"Bueno," digo entre besos, "cuéntame sobre la cena de anoche. No te di mucha oportunidad de compartir cuando llegaste."

Ríe, y siento la vibración contra mi pecho. "Sí, definitivamente eso no estaba en mi mente cuando te vi."

"Cuéntame ahora." Me apoyo sobre un codo, observando cómo la sábana se desliza por su cuerpo mientras se estira.

"Le dije a papá que quiero empezar a pagar todo por mi cuenta. Que debería ayudar a Jennifer, ahora que Michael está sin trabajo." Se muerde el labio. "No lo tomó muy bien. Pareció bastante decepcionado."

"¿Y cómo te sientes al respecto?"

Se encoge de hombros, pero noto la tensión en sus hombros. "Lo superará. Es hora de que madure, de valerme por mí misma." Sus dedos trazan patrones en mi pecho. "Esto no habría sido posible sin ti, ¿sabes? El salario, el trabajo... has cambiado mi vida por completo."

"Tú tampoco tenías que darme una oportunidad."

"Por favor," sonrío con picardía. "Sabías que me gustabas desde aquel primer momento en el ascensor."

"Sentí algo especial," admito, deslizando mi mano por su costado. "Aunque te mostrabas bastante desafiante."

"Pero—" comienza a protestar, pero la silencio con un beso, recostándola bajo mi cuerpo. Su piel es como seda contra la mía, y ese aroma a jazmín me embriaga. Desearía quedarme aquí todo el día, haciéndola reír...

Suena mi teléfono. Con un gruñido, me estiro para alcanzarlo.

"¿Señor?" La voz de Kim suena tensa. "El señor Davidson está aquí."

Me incorporo. "¿Qué? Su cita no es hasta dentro de cuatro horas."

"Está bastante molesto."

"Evidentemente." Me paso una mano por el pelo. "Voy para allá."

Sophia me observa terminar la llamada, sus labios curvados con diversión. Me inclino, besando su rostro – mejillas, frente, ese punto detrás de su oreja que la hace estremecer.

"Tengo que irme, cariño. Parece que hay un incendio que apagar."

Asiente. "De acuerdo, debería ir a casa a cambiarme. Llegaré un poco tarde."

La beso nuevamente, profunda y lentamente. "Tómate tu tiempo. Haz lo que quieras." Un beso más, porque no puedo evitarlo. "Nos vemos en la oficina."

La ducha no logra alejar mis pensamientos de ella. Incluso mientras me visto con mi mejor traje – gris oscuro, camisa blanca, corbata azul – sigo pensando en cómo se veía en mi cama, envuelta en sábanas blancas.

Davidson espera en recepción cuando llego a la oficina, su rostro contorsionado por la furia. Esto será interesante. Mi mente regresa a nuestra última reunión, donde le advertí sobre la valoración de la empresa tecnológica. Algunos hombres nunca aprenden.

"A mi oficina," digo, pasando junto a él. El sol de la mañana se filtra por las ventanas, resaltando la rabia en su rostro mientras me sigue.

"El trato se está desmoronando, Parker," escupe apenas se cierra mi puerta. "Los inversores se están retirando por tus preocupaciones sobre la valoración."

Me acomodo detrás de mi escritorio, ajustando mis puños. Después de una noche con Sophia, lidiar con clientes prepotentes resulta particularmente tedioso. "¿Qué dijeron exactamente?"

"Que tu evaluación los asustó. Que las tendencias del mercado que mencionaste—"

"¿Las que mostraban que estabas a punto de pagar un treinta por ciento de más?" Mantengo mi voz nivelada, aunque aprieto la mandíbula. "Siéntate."

Se desploma en la silla, pasándose una mano por su cabello perfectamente peinado. "Arregla esto."

Tomo mi teléfono, marcando un número de memoria. Davidson se remueve en su asiento mientras espero que conecte la llamada. Su bronceado parece artificial bajo la luz de la mañana, su costoso traje una pobre máscara para su desesperación.

"¿Marcus? Liam Parker. ¿Recuerdas aquella conversación sobre startups tecnológicas prometedoras?" Hago una pausa, observando a Davidson inquietarse como un colegial en la oficina del director. "Tengo una para ti. Fundamentos sólidos, buen potencial de crecimiento, solo necesita la valoración correcta... Sí, te envió los detalles ahora."

Dos minutos después, dejo el teléfono. "Tienes un nuevo inversor, uno que entiende el valor real del mercado. El trato se cerrará a un precio justo."

La boca de Davidson se abre y se cierra. La combatividad se desvanece de su rostro, reemplazada por algo cercano a la vergüenza. "¿Así de simple?"

"Así de simple. La próxima vez, confía en mí cuando te diga que algo está sobrevalorado. Por eso me pagas bien."

Se levanta, alisando su corbata. "Yo... me disculpo por irrumpir así."

"Anotado." Lo observo marcharse, la tensión aún anudando mis hombros por haber sido alejado de Sophia esta mañana.

El sonido de tacones me hace levantar la mirada, y todo lo demás se desvanece. Sophia está en mi puerta, una visión en un vestido negro que abraza cada curva, esos tacones rojos haciendo que sus piernas parezcan interminables. Su cabello oscuro cae en ondas más allá de sus hombros, y su presencia me deja sin aliento. Es lo más hermoso que he visto jamás.

"¿Todo bien?" Se acerca, su perfume de jazmín tentando mis sentidos. "Vi a Davidson prácticamente corriendo hacia la salida."

"Ven aquí," murmuro, atrayéndola a mi regazo. Su piel es seda cálida bajo mis manos mientras la beso, lenta y profundamente. El estrés de la mañana se desvanece con ella en mis brazos.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya. Mi corazón late con fuerza mientras digo las palabras en las que he estado pensando toda la semana. "Mi madre dará una cena de cumpleaños este fin de semana. ¿Serías mi acompañante?"

Se aleja ligeramente, la sorpresa brillando en su rostro. Esos ojos color avellana que tanto amo se agrandan. "¿En serio? ¿Quieres presentarme a tus padres?"

"Por supuesto." Acaricio su labio inferior con mi pulgar, recordando cómo hace apenas unas horas ese rostro expresaba tanta dulzura. "Quiero que todos sepan que eres mía."

Su sonrisa ilumina todo su rostro. "Sí, me encantaría."

Estoy a punto de besarla nuevamente cuando unos golpes nos interrumpen. Kim entra, arqueando las cejas al ver a Sophia en mi regazo. Mantengo un brazo alrededor de la cintura de Sophia mientras señalo mi escritorio con la mano libre.

"Déjalos en el escritorio."

Kim coloca los papeles, sus labios apretados en una fina línea que oscila entre la desaprobación y la diversión antes de dar media vuelta y salir. Cuando la puerta se cierra, beso la sien de Sophia, embriagándome con su aroma.

"Debería irme," suspira, levantándose con reluctancia. "Esos archivos no se organizarán solos."

La observo salir, sus caderas meciéndose en ese vestido, y me doy cuenta de que ya no me importa quién sepa lo nuestro. Que vean. Que hablen. Quiero que el mundo entero sepa que es mía.

LIAM

El suave ronroneo de los neumáticos contra el asfalto llena el auto mientras nos acercamos a las rejas de la mansión de mis padres. A mi lado, Sophia juega con el dobladillo de su vestido de seda verde esmeralda, sus delicados dedos alisando la tela por décima vez.

Su reflejo en el espejo del copiloto revela cómo se muerde el labio, sus ojos color avellana grandes y algo inseguros.

Extiendo mi mano sobre la suya. "Respira", le digo con suavidad, entrelazando mis dedos con los suyos. "Te van a adorar."

"Apenas saben que existo", murmura, su voz teñida de nervios. "Les hablaste de mí ayer. ¿Y si —?"

"Oye", la interrumpo, estacionando el auto mientras cruzamos los portones de hierro hacia la entrada circular. La mansión se alza frente a nosotros, bañada en la cálida luz de los faroles que bordean el sendero empedrado. Su fachada clásica de piedra irradia elegancia sin ostentación, con ventanas que brillan como faros acogedores en el crepúsculo que se aproxima. Me giro hacia ella, dejando que la luz dorada del atardecer ilumine su rostro. "Eres perfecta. Y este es el momento perfecto."

Sus labios se curvan en una sonrisa vacilante, y puedo ver el rubor que sube por su cuello. "Estás parcializado."

"Completamente", admito, inclinándome para rozar su mejilla con un suave beso. "Pero también tengo razón."

La pesada puerta de roble se abre cuando bajamos del auto, revelando a Carlos, nuestro mayordomo de toda la vida. Su cabello entrecano y su impecable traje negro son tan familiares como la cálida sonrisa que nos ofrece. "Buenas noches, señor Parker. Señorita Russo."

"Buenas noches, Carlos", respondo, con un toque de diversión en mi tono. Siento a Sophia tensarse ligeramente a mi lado, y le doy un apretón tranquilizador a su mano mientras entramos al gran vestíbulo.

El espacio resplandece bajo la luz de las arañas de cristal, el suelo de mármol brillando con reflejos dorados. El murmullo de la música y las risas se filtra desde el jardín trasero, acompañado por el ocasional tintineo de copas y ráfagas de conversación.

El agarre de Sophia en mi mano se intensifica cuando mi madre aparece en lo alto de la escalera curva, hermosa en un vestido Chanel azul medianoche. Sus pendientes de perlas destellan mientras desciende, su mirada fija en Sophia con indudable curiosidad. Cuando llega hasta nosotros, una sonrisa ha suavizado sus facciones.

"Tú debes ser Sophia", dice cálidamente, tomando las manos de Sophia entre las suyas. Su voz es suave, de esas que instantáneamente tranquilizan. "Soy Elena. Bienvenida a nuestra casa."

"Feliz cumpleaños, señora Parker", responde Sophia, ofreciendo una pequeña caja atada con un listón dorado.

"¡Qué detalle tan hermoso!", exclama Elena, sus ojos iluminándose mientras desata cuidadosamente el listón y levanta la tapa. Dentro yace un delicado collar de oro adornado con pequeñas piedras azules que combinan perfectamente con su vestido. "Es exquisito."

Sophia asiente, su sonrisa tímida pero orgullosa. "Gracias, lo hice yo misma. Pensé que combinaría con su vestido."

"Es perfecto. Y por favor, llámame Elena." Se abrocha el collar alrededor del cuello, tocándolo suavemente antes de enlazar su brazo con el de Sophia. "Ven, todos quieren conocerte."

Las observo mientras se dirigen hacia el jardín trasero, la conversación de mi madre ya fluyendo como si fueran viejas amigas. Una sonrisa burlona tira de mis labios mientras las sigo, captando fragmentos de las suaves respuestas de Sophia y la manera en que su risa se vuelve más libre con cada paso.

El jardín está transformado en un sueño etéreo. Luces de hadas serpentean entre los árboles, proyectando un resplandor mágico sobre las mesas cubiertas de manteles color crema dispersas por el césped. Los meseros se entrelazan entre la multitud, sus bandejas plateadas cargando copas de champán y canapés.

Una suave brisa trae el aroma de las rosas mezclado con el jazmín del preciado jardín de mi madre, y las suaves notas de un cuarteto de cuerdas proporcionan la banda sonora perfecta para la velada.

Papá se separa de un grupo cerca de la casa de la piscina, su característico Old Fashioned en mano. Su traje azul marino a medida le sienta impecablemente, y su cabello entrecano solo añade a su aura de autoridad. Mientras se acerca, su mirada aguda se posa en Sophia, evaluadora pero no cruel.

"Así que esta es la mujer misteriosa", dice, una sonrisa poco común suavizando sus facciones mientras se inclina para besar la mejilla de Sophia. "Bienvenida al circo familiar."

"Gracias por recibirme, señor Parker", responde Sophia, su voz educada pero cálida.

"Ricardo", corrige él, sus ojos brillando. "Llámame Ricardo. Elena, ¿ya le has mostrado las rosas? Están espectaculares esta noche."

Elena aprovecha la oportunidad, guiando a Sophia hacia el sendero del jardín. "Liam, tu hermano te estaba buscando. Junto a la casa de la piscina."

Las observo alejarse, la mano de mi madre posada suavemente sobre el brazo de Sophia mientras señala las rosas florecidas. Ahora hay más soltura en la postura de Sophia, su risa más brillante y genuina. Mi corazón se hincha de orgullo.

Junto a la casa de la piscina, encuentro a Ben bebiendo un whisky, su habitual comportamiento despreocupado ensombrecido por un ceño fruncido. Levanta la mirada cuando me acerco, pasándose una mano por el pelo – un hábito nervioso que compartimos desde la infancia.

"¿Todo bien?", pregunto, apoyándome en la barandilla.

"No realmente." Hace girar el líquido ámbar en su vaso, mirándolo fijamente como si contuviera la respuesta a sus problemas. "Sara está enfadada conmigo. Y tiene razón."

"¿Sobre qué?"

"Este proyecto de expansión que acepté. El momento es terrible con el bebé en camino, pero es demasiado bueno para dejarlo pasar." Exhala bruscamente. "Ahora estoy trabajando todo el tiempo, perdiendo citas. Su madre está ayudando, pero..."

"Pero sientes que le estás fallando", termino, sabiendo exactamente cómo se siente.

"Sí." Apura el resto de su bebida, dejando el vaso con demasiada fuerza. "¿Y si me pierdo el nacimiento? ¿Y si—?"

"Ben." Lo interrumpo suavemente. "Habla con papá antes de tomar decisiones importantes. Él ha pasado por esto. Podría tener algunas ideas sobre reestructuración."

"Tal vez." Se pasa la mano por el pelo otra vez antes de mirar hacia el jardín. "Parece que mamá ya está planeando la despedida de soltera de Sophia."

Sigo su mirada. Sophia está rodeada por mamá, tía Catalina y la prima Emilia, todas claramente encantadas. Su sonrisa es radiante, su risa como música.

"Es especial", digo simplemente.

"Me doy cuenta." La voz de Ben se suaviza. "La miras como yo miro a Sara."

La cena se sirve en las mesas distribuidas por el césped. Nos sentamos con Ben y Sara, quien está de ocho meses y radiante, y mis padres. El aroma de las rosas y el césped recién cortado impregna el aire mientras los meseros presentan el primer plato – un gazpacho frío que hace que los ojos de Sophia se iluminen de placer.

"Esto está increíble", me susurra, y sonrío.

"Receta familiar", dice mamá con orgullo, inclinándose hacia adelante. "Y dime, Sophia, ¿Liam nos cuenta que eres artista?"

"Sí, planeo abrir una galería de arte y—"

Se detiene a mitad de frase cuando Sara jadea, llevándose la mano al vientre. Todas las miradas se vuelven hacia ella.

"¿Sara?" La voz de Ben está tensa de pánico.

"Creo que..." Sus ojos se agrandan, su voz temblando. "Acabo de romper aguas."

LIAM

La mesa estalla en caos. Ben se levanta de golpe de su silla, pálido y con las manos temblorosas mientras intenta sostener a Sara. "¿Estás segura? ¿Ahora?"

Sara logra soltar una risa tensa a pesar de su evidente malestar. "Bastante segura, Ben."

Mamá ya está de pie, su voz firme y autoritaria. "Ricardo, llama al coche. Carlos, trae la maleta de emergencia del armario del pasillo. ¡Muévanse todos!"

Papá saca su teléfono con la eficiencia serena de un líder experimentado, ya dando órdenes para que traigan el coche al frente. Carlos asiente con decisión, desapareciendo dentro de la casa, y el resto de la familia comienza a zumbar como un panal alterado.

Los meseros se apresuran a retirar los platos como si esto fuera simplemente un cambio más en el menú de la noche, sus movimientos refinados en marcado contraste con la tensión creciente en nuestra mesa.

Miro a Sophia, esperando encontrarla tan alterada como Ben, pero ya está arrodillada junto a la silla de Sara, su mano descansando sobre el brazo de Sara en un gesto de tranquila seguridad.

"Sara, lo estás haciendo muy bien", dice Sophia suavemente, su tono firme y tranquilizador.

"Vamos a levantarte despacio, ¿vale? Sin prisas, paso a paso."

Sara asiente, su respiración superficial pero controlada mientras se aferra a la mano que Sophia le ofrece. "Esto no debía pasar en una fiesta de cumpleaños", murmura, con un humor algo forzado pero intacto.

Sophia sonrío, apartando un mechón rebelde del rostro de Sara. "Bueno, ahora tienes una historia que contar. Tu hija ya está robando el protagonismo."

Ben revolotea torpemente, dividido entre querer ayudar y no saber cómo. "¿Qué hago? ¿Qué necesitas?"

Sophia lo mira, su sonrisa suave pero firme. "Apóyala. Dale la mano, respira con ella, recuérdale que puede con esto. Eres su ancla ahora mismo."

Sus palabras parecen estabilizar a Ben, y asiente, tomando la otra mano de Sara mientras la ayudan con cuidado a ponerse de pie. Mamá reaparece, ya dirigiendo el tráfico.

"En marcha." Hace un gesto a Carlos, que reaparece con la bolsa del hospital al hombro. "Los demás, quédense y disfruten de la fiesta. Los mantendremos informados."

Mientras la familia se dispersa, murmurando palabras de ánimo, me encuentro caminando detrás de Sophia, que permanece al lado de Sara, una presencia estabilizadora. El resplandor de las luces del jardín se refleja en su cabello, haciéndola parecer casi angelical en medio del caos. No puedo quitarle los ojos de encima.

Sara niega con la cabeza, otra contracción apoderándose de ella. "No tenemos tiempo para el coche", logra decir entrecortadamente. Sus nudillos se vuelven blancos mientras agarra la mano de Ben como una tenaza. "Está muy cerca."

Me pongo de pie, el corazón martilleando mientras evalúo la situación. "Yo conduzco", me ofrezco, ya sacando mis llaves. "Llegaremos más rápido."

Ben parece aterrado, sus ojos saltando de Sara a mí. "¿Estás seguro?"

"No tenemos alternativa", dice Sophia, su voz firme a pesar de la tensión creciente. "Vamos, en marcha."

En un torbellino de movimiento, guiamos a Sara fuera del jardín, su respiración entrecortada mientras otra contracción sacude su cuerpo. "Respira, Sara", la anima Sophia, con tono tranquilo pero firme. "Inhala por la nariz, exhala por la boca."

Nos amontonamos en mi coche, Ben y Sara en el asiento trasero, Sophia adelante conmigo. Tan pronto como todos están abrochados, salgo disparado del camino de entrada, los neumáticos chirriando levemente mientras atravesamos a toda velocidad las rejas de la propiedad.

Sara grita, agarrándose el vientre mientras Ben intenta consolarla. "Tranquila, Sara. Ya casi llegamos", dice él, con voz temblorosa.

"¿Casi dónde, Ben?", espeta ella entre dientes apretados. "¡Todavía estamos en las afueras!"

Agarro el volante con fuerza, mi pie presionando más el acelerador. Las farolas se vuelven borrosas mientras volamos por la carretera, el motor rugiendo mientras llevo el coche al límite.

"Aguanta, Sara. Llegaremos a tiempo."

Sophia se gira en su asiento para mirar a Sara, su expresión serena a pesar del caos. "Sara, escúchame. Concéntrate en tu respiración. Lo estás haciendo increíble."

"¡No me siento increíble!", grita Sara, su rostro enrojecido y húmedo de sudor. "¡Siento que ya viene!"

La voz de Ben se quiebra mientras manosea su teléfono. "¿Qué hacemos? ¿Llamo a una ambulancia?"

Sophia se estira hacia atrás, poniendo una mano tranquilizadora sobre la rodilla de Sara. "Todavía no viene. El hospital está más cerca que esperar una ambulancia. Liam puede con esto."

Su confianza me da seguridad mientras esquivo coches más lentos, el velocímetro subiendo cada vez más. Los gritos de Sara llenan el coche, y mi corazón late al ritmo de los neumáticos girando contra el pavimento.

"Ya casi llegamos", digo con firmeza. "Aguanta, Sara."

Ella suelta un grito agudo, y Ben me mira por el espejo retrovisor, pálido como un fantasma. "¡Conduce más rápido!", grita.

"Ya estoy rompiendo todas las leyes de tráfico que existen", murmuro, apretando más el volante mientras esquivo por poco un camión de reparto.

"¡Ben!", grita Sara, agarrándole el brazo. "¡Todo esto es culpa tuya!"

Sophia hace una mueca, pero su voz se mantiene firme. "Sara, lo estás haciendo genial. Solo concéntrate en la bebé. Cada contracción la acerca más a ti."

Por fin, el letrero luminoso de urgencias del hospital aparece a la vista. Me detengo en la entrada, los frenos chirriando mientras pongo el coche en punto muerto. Un equipo de enfermeras sale corriendo con una silla de ruedas, sus movimientos eficientes y practicados.

Sara es llevada rápidamente con Ben a su lado, su voz pánica haciendo eco por el pasillo mientras grita actualizaciones. "¡Ya viene! ¡La bebé ya viene!"

Sophia y yo intercambiamos una mirada, la tensión en el coche disipándose ligeramente ahora que estamos aquí. "¿Estás bien?", pregunto, poniendo una mano sobre su brazo.

Exhala profundamente, con una leve sonrisa asomándose. "Eso fue... intenso."

Dentro del hospital, el olor aséptico a desinfectante y el zumbido de las luces fluorescentes reemplazan el caos del viaje en coche. Sophia toma las riendas de inmediato, ayudando a Ben con el papeleo mientras mamá hace llamadas para informar al resto de la familia. Papá recorre la sala de espera de un lado a otro, con el teléfono pegado a la oreja mientras coordina las actualizaciones y tranquiliza a los familiares.

Me desplomo en una de las rígidas sillas de la sala de espera, pasándome una mano por el pelo. Mi corazón aún late con fuerza por el trayecto, la adrenalina negándose a abandonar mi cuerpo.

Al otro lado de la sala, Sophia se mueve con tranquila eficiencia, su voz baja y reconfortante mientras tranquiliza a Ben y mantiene informadas a las enfermeras.

Me mira y me dedica una pequeña sonrisa, su expresión cansada pero cálida. Se me encoge el pecho, una oleada de orgullo creciendo dentro de mí. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Las horas se arrastran entre paseos nerviosos, viajes desgastados por café y actualizaciones susurradas de Ben mientras entra y sale de la sala de partos. Sophia finalmente se hunde en la silla a mi lado, quitándose los tacones con un suspiro.

"Esta debe ser la noche más larga de mi vida", murmura, frotándose las sienes.

"Gracias por tu ayuda", respondo, rodeando sus hombros con un brazo. "Has estado increíble esta noche."

Se recuesta contra mí. "Tu familia es maravillosa. Intensa, pero maravillosa."

"Ya te adoran", le susurro, besándole la sien. "Sabía que lo harían."

Pone los ojos en blanco, aunque su sonrisa delata su satisfacción. "Lo dices solo porque evité que tu hermano tuviera un ataque de pánico."

"Y salvaste la fiesta. Y evitaste que mi madre perdiera la cabeza."

Ríe suavemente, su cabeza apoyada en mi hombro. "Supongo que se me dan bien las crisis. Viene de ser la hermana de Jennifer. Estuve presente cuando nacieron mis sobrinos gemelos."

El sonido de pasos apresurados nos saca de nuestro momento tranquilo. Ben irrumpe en la sala, con lágrimas rodando por su rostro, su pecho agitado mientras intenta hablar. "Ya está aquí", logra decir entrecortadamente. "Tres kilos trescientos gramos. Es perfecta."

La sala de espera estalla en vítores y abrazos, la tensión de la noche disolviéndose en alegría. Sophia me aprieta la mano, sus ojos brillantes mientras observa a Ben intentando contener sus emociones.

Cuando por fin nos permiten entrar en la habitación, Sara está recostada en la cama del hospital, su rostro radiante a pesar del agotamiento. Acuna un pequeño bulto envuelto en rosa, su expresión rebosante de amor.

"Familia", dice Sara suavemente, su voz llena de orgullo. "Les presento a Emma Grace."

Sophia se acerca, sus movimientos lentos y reverentes, como si temiera perturbar la perfección del momento. Sara sonríe y coloca suavemente a Emma en los brazos de Sophia.

"Hola, Emma", susurra Sophia, su voz cargada de emoción. "Ya eres tan amada."

La observo, completamente cautivado. La manera en que sostiene a Emma, la ternura en sus ojos, cómo se balancea ligeramente como si instintivamente meciera a la bebé... es la visión de un futuro que no me había dado cuenta que deseaba hasta ahora.

Cuando Sophia levanta la mirada, me descubre mirándola. "¿Qué?", pregunta suavemente.

"Te amo", digo, las palabras saliendo sin esfuerzo. "Creo que te he amado desde el ascensor."

Su sonrisa ilumina toda la habitación. "Yo también te amo. Aunque tu sentido de la oportunidad podría mejorar."

Ben se ríe desde su silla, rompiendo el hechizo. "Ya tendrán su momento después. Ahora es el momento de Emma."

Pasamos horas maravillándonos con los diminutos dedos de Emma y sus rasgos perfectos, el mundo exterior desvaneciéndose en la insignificancia. Cuando amanece, rodeo a Sophia con mis brazos, atrayéndola hacia mí. Ver el amanecer con ella se siente como el comienzo de algo extraordinario.

LIAM

Sofía entra a mi oficina, sus ondas oscuras cayendo sobre sus hombros, el dobladillo de su vestido negro meciéndose con cada paso. Es una visión, una tentación, una distracción andante que no puedo permitirme pero tampoco resistir.

Su presencia me roba el aliento, incluso después de semanas trabajando juntos. Coloca una pila de archivos en mi escritorio, sus delicadas manos demorándose brevemente antes de retirarse, y el suave aroma a jazmín la acompaña. Es cautivador.

"Estos son los contratos actualizados para su revisión", dice ella, con voz suave pero profesional, aunque hay un destello travieso en sus ojos color avellana. Ese destello—me vuelve loco.

Me levanto de mi silla, acortando la distancia entre nosotros. El aire cambia, chispeando con la energía que siempre parece seguirla. "Ven aquí, cariño", murmuro, con voz baja y ronca. Mi mano roza su cintura, tanteando el terreno. Ella se congela por un segundo antes de relajarse bajo mi tacto.

"Liam", protesta suavemente, su mirada dirigiéndose a la puerta detrás de ella. "Tenemos mucho trabajo que hacer."

"¿Y?", la acerco más hasta que su cuerpo está junto al mío. "¿Crees que puedo concentrarme cuando te ves así?"

Ella ríe suavemente, el rubor subiendo por su cuello y asentándose en sus mejillas. "Han pasado un par de días. ¿Cómo están Sarah y Ben con Emma?"

"Están bien", respondo, colocando un mechón de su cabello detrás de su oreja. Mis dedos se demoran sobre su piel, y ella tiembla ante el contacto. "Mi hermano incluso se retiró de un gran proyecto de expansión. Quiere pasar más tiempo con Sarah y la bebé."

Sus labios se curvan en una suave sonrisa que ilumina todo su rostro. "Eso es maravilloso. Me alegro por ellos."

"Yo también", digo, inclinándome hasta que nuestras respiraciones se mezclan.

Deslizo mis manos por sus costados, la seda de su vestido deslizándose bajo mis palmas. Cuando llego a sus muslos, me detengo, dejando que mis dedos rocen la tela. Presiono mi palma entre sus piernas y gimo suavemente. Ya está empapada, el calor de su coño atravesando la delgada barrera de sus bragas.

"Liam," susurra, su voz temblando con una mezcla de deseo y preocupación. "No podemos... Kim podría entrar."

Sonrío contra sus labios, dejando un rastro de besos por su mandíbula. "¿Quieres que pare?" Mi pulgar presiona su clítoris a través de la tela, y ella jadea, sus uñas clavándose en mis hombros.

"Deberíamos... de verdad deberíamos," murmura, aunque sus caderas se mueven hacia mi mano, traicionando sus palabras.

"Deberíamos," repito, mordiendo suavemente la delicada piel de su cuello. "Pero, ¿quieres que lo haga?"

Tiembla mientras mi lengua desliza por su punto de pulso, dejando un rastro de besos húmedos y abiertos. "Dímelo, Sophia," susurro, mis dedos enganchando la delicada tela de encaje de sus bragas hacia un lado. "Y pararé."

Cuando empiezo a alejarme, su mano baja rápidamente, cubriendo la mía. "No pares," susurra, su voz temblando de necesidad. "Ahora."

Sus palabras desatan algo salvaje en mí. La levanto sobre mi escritorio, tirando un portalápices en el proceso, pero no me importa. Mi mano se desliza bajo su vestido, apartando el encaje. La visión de ella—rosada, brillante e hinchada—hace que mi polla palpite.

Deslizo mis dedos en su calor húmedo, gimiendo mientras sus paredes se cierran alrededor de mí. "Joder, estás tan apretada," murmuro, mi mirada fija en su rostro. Su cabeza cae hacia atrás, sus labios entreabiertos en un suave gemido, su pecho subiendo y bajando mientras lucha por recuperar el aliento.

"Dios, Liam," jadea, sus manos aferrándose al borde del escritorio como si fuera lo único que la mantiene en el suelo.

Empiezo lento, moviendo mis dedos dentro y fuera de ella con un ritmo tentador, mi pulgar dibujando círculos perezosos sobre su clítoris. "Mírame," ordeno, mi voz ronca y baja. "Quiero ver tus ojos cuando te corras."

Sus pestañas tiemblan al abrirse, y sus ojos avellana se encuentran con los míos. Están oscurecidos por el deseo, y esa visión envía una oleada de calor directo a mi polla. "Liam..." Su voz es entrecortada, sus labios temblorosos mientras intenta formar palabras.

“Eso es, cariño,” murmuro, acelerando el ritmo. Sus caderas se mueven al compás de mi mano, sus muslos temblando mientras la tensión se acumula. “Eres tan hermosa cuando te deshaces. Déjame verlo.”

Su cuerpo se tensa, sus paredes apretándose alrededor de mis dedos mientras se derrumba. Grita, sus gemidos resonando en la quietud de la oficina, y su cabeza cae hacia adelante sobre mi hombro. Sus uñas raspan mi piel, todo su cuerpo temblando mientras ola tras ola de placer la atraviesa.

Disminuyo mis movimientos, guiándola a través de las sacudidas hasta que su respiración se estabiliza. Cuando finalmente retiro mi mano, llevo mis dedos a sus labios. “Prueba tu sabor,” susurro, mi voz cargada de necesidad.

Ella separa los labios, tomando mis dedos en su boca. Su lengua se enrolla a su alrededor, lamiendo su esencia, y esa imagen casi me descontrola.

“Tengo una sorpresa para ti,” digo, acariciando su mejilla sonrojada con mi mano libre.

Ella suelta mis dedos con un suave “pop,” su voz aún entrecortada. “¿Sí?”

“Prepárate a las siete. Paso por ti.”

Su sonrisa es dulce, satisfecha y absolutamente hermosa. Se inclina para un último beso antes de deslizarse del escritorio. “Debería volver al trabajo.”

La observo mientras se arregla el vestido, sus mejillas aún sonrojadas, sus piernas ligeramente temblorosas. Cuando se va, me tomo un momento para recomponerme antes de tomar mis llaves. El espacio de la galería en SoHo es todo lo que Sofía describió y más. Los techos altos se elevan hacia arriba, dando a la sala una sensación espaciosa y abierta. Las paredes de ladrillo visto añaden un toque de encanto rústico, mientras que los grandes ventanales inundan el espacio de luz natural. Es perfecto—cada detalle, cada rincón. Este es su sueño.

El dueño, el señor Chandler, me recibe en la puerta. Es un hombre delgado de unos sesenta y tantos, con cabello plateado y una mirada penetrante que no se le escapa nada. “Señor Parker”, dice, extendiendo su mano. “Bienvenido. Tengo entendido que está interesado en comprar el local.”

“Así es”, respondo al entrar. El suelo de madera pulida cruje levemente bajo mis pies, testimonio de la historia del edificio. “Es perfecto.”

Asiente mientras me guía por la galería. “Ha estado en mi familia durante décadas, pero mis hijos no tienen interés en gestionarla. Quiero que pase a alguien que aprecie su historia.”

Mientras habla, imagino a Sofía de pie en el centro de la sala, sus ojos brillando de emoción mientras planea su primera exposición. El pensamiento me hace sonreír. “Puedo asegurarle”,

digo, "que este espacio será bien aprovechado."

Nos sentamos en una pequeña mesa al fondo para discutir los términos. No me molesto en negociar—estoy dispuesto a pagar el precio completo de 250.000 dólares. Chandler arquea una ceja ante mi oferta pero no discute.

"Debe querer este lugar de verdad", comenta mientras firma el último documento.

"Así es", digo simplemente. "Es un regalo para alguien muy especial."

Su expresión se suaviza y extiende su mano una vez más. "Entonces espero que le traiga tanta alegría como le trajo a mi familia."

Una vez completado el papeleo, me tomo un momento para estar de pie en la galería vacía, imaginando el futuro. La risa de Sofía, el murmullo de una noche de inauguración concurrida, las paredes vivas con color y creatividad.

Esto no es solo un regalo—es una promesa de la vida que estamos construyendo juntos.

Miro mi reloj. Ya casi es hora de recogerla. Esta noche, le mostraré la galería y, con suerte, entenderá cuánto la amo.

El suave clic de mi polvera me saca de mis pensamientos mientras me inclino hacia el espejo, aplicándome una última capa de brillo rosa en los labios. El destello brillante añade el toque perfecto, equilibrando la sombra ahumada que me había aplicado cuidadosamente en los ojos.

Doy un paso atrás, ajustándome el vestido cruzado color malva que he elegido para esta noche, la seda deslizándose sobre mis curvas. Se siente elegante pero discreto, perfecto para cualquier cosa que Liam haya planeado. Paso mis manos sobre la tela y respiro profundo, echando un último vistazo a mi reflejo.

Mi teléfono vibra sobre el tocador, y veo el nombre de Jennifer brillar en la pantalla. Deslizo para contestar, sosteniendo el teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras me pongo los tacones nude.

"Hola, Jen", digo, alcanzando los aretes dorados que Liam elogió la semana pasada. "¿Cómo va todo?"

"Bien", dice ella, aunque su voz delata el cansancio. "Los niños están fenomenal—mamá y papá han sido de gran ayuda. Vinieron ayer y los llevaron al parque por unas horas."

"Qué bueno", digo, girándome para revisar la parte trasera de mi vestido en el espejo. "¿Y Michael?"

Ella duda, y al instante percibo que hay más que no me está diciendo. "Está... bien", dice finalmente. "Físicamente, se está recuperando bien. La fisioterapia es brutal, pero está aguantando."

"¿Y emocionalmente?", insisto, conociéndola demasiado bien.

Suspira, y casi puedo verla colocándose el cabello detrás de la oreja. "Está intentando mostrar una cara alegre para los niños, pero se nota cuánto le afecta no estar trabajando." Su voz se apaga.

Me siento en el borde de mi cama, frunciendo el ceño. "Es difícil. Lo entiendo. El trabajo no es solo por el dinero; es sobre el propósito."

"Exacto", dice Jennifer. "Papá nos está ayudando económicamente, lo cual agradecemos muchísimo, pero Michael me confesó el otro día que se siente... menos hombre. Como si estuviera fallando como proveedor. ¡Y no es así! Le iba tan bien antes de todo esto."

"Te entiendo", digo suavemente, pensando en mis propios pasos recientes hacia la independencia. "Por primera vez, estoy pagando todas mis cuentas. Papá ya no cubre nada, y se siente... bien, ¿sabes? Como si por fin estuviera sosteniéndome por mí misma."

"Sí", murmura. "¿Quizás Michael se sentiría mejor si le sugiero terapia? No quiero presionar, pero..."

"No haría daño", digo, levantándome y apagando la luz de mi habitación. "Quizás necesite un espacio para hablar de todo lo que está sintiendo sin preocuparse por cómo te afecta a ti o a los niños."

"Tienes razón", dice. "Se lo mencionaré con delicadeza. Bueno, basta de mí. ¿Cómo va todo con Liam?"

Me río, dirigiéndome a la sala para coger mi bolso. "Es... increíble, la verdad. Conocí a sus padres la semana pasada."

"¿Qué?", chilla. "¡Sofía! ¿Conociste a sus padres? ¿Y no me lo habías contado?"

"Te lo estoy contando ahora", digo, riendo mientras me siento en el sofá. "Era la cena de cumpleaños de su madre. Fue una fiesta elegantísima en su mansión. Y, Jen... estuve allí cuando nació su sobrina. Sarah se puso de parto en medio de la cena."

"¿Estuviste presente en el nacimiento?", su voz es casi un chillido. "Sofía, esto es serio. Ya prácticamente son novios formales."

"Sí, lo somos", admito, mordiéndome el labio mientras una calidez me invade. "Ya nos hemos dicho que nos amamos."

"¡Dios mío!", exclama Jennifer. "¡Eso es enorme! ¿Cuándo es la boda?"

"Jen, para", digo, poniendo los ojos en blanco aunque estoy sonriendo. "Eso no va a pasar ahora. Tranquila. Mi prioridad sigue siendo poner en marcha mi galería de arte. No me molesta trabajar para Liam—ha sido increíble—pero quiero algo que sea mío. Mi galería es lo que más me importa."

"Lo conseguirás", dice con firmeza. "Si alguien puede hacerlo realidad, eres tú."

Un golpe en la puerta nos interrumpe. "Vale, ya está aquí. Me tengo que ir."

"Cuéntamelo todo después", dice. "Y pásalo bien. Te quiero."

"Yo también te quiero", digo, terminando la llamada y dirigiéndome a la puerta. Mi corazón da un vuelco al abrirla y encontrar a Liam allí, devastadoramente guapo en su traje gris marengo. Sus ojos marrones me recorren, oscureciéndose con apreciación.

"Estás preciosa", murmura, inclinándose para besarme. Sus labios son suaves y cálidos, y por un momento, olvido que estamos en el umbral. Se aparta ligeramente, su pulgar acariciando mi mejilla. "¿Lista?"

Asiento, cogiendo mi abrigo y mi bolso. El aire fresco de la noche nos recibe al salir. Su Aston Martin negro brilla bajo las farolas, y él me abre la puerta del copiloto con una pequeña reverencia caballerosa que me hace reír.

El trayecto es suave, las luces de la ciudad se desdibujan mientras nos dirigimos al centro. Liam descansa una mano en mi muslo, su toque posesivo pero gentil.

"Estás callada", dice, mirándome de reojo.

"Solo curiosa", admito. "¿Adónde vamos?"

"Ya verás", dice, sus labios curvándose en una sonrisa misteriosa.

El coche reduce la velocidad al entrar en SoHo, girando hacia una calle más tranquila bordeada de tiendas boutique y galerías. Mi pulso se acelera mientras Liam aparca el coche.

"¿Qué hacemos aquí?", pregunto, saliendo del coche.

Liam toma mi mano, guiándome hacia la puerta. "Ya verás", dice de nuevo, con tono juguetón.

Saca una llave de su bolsillo, y mi curiosidad aumenta. Mientras gira la llave en la cerradura, el clic resuena en el silencio, enviando una oleada de anticipación a través de mí.

"¿Qué está pasando, Liam?", pregunto, mi voz apenas un susurro.

Me mira, su expresión suave pero indescifrable. "Confía en mí", dice, empujando la puerta para abrirla.

LIAM

Sofía permanece en el centro de la galería, su mirada recorriendo las paredes de ladrillo visto, el suelo de madera pulida y los enormes ventanales. Está callada, demasiado callada, y mi pulso se acelera mientras la observo.

"Esto es... precioso", dice finalmente. Pero algo en su tono no concuerda con las palabras, y me desconcierta.

Me acerco un paso, la llave de la galería aún apretada en mi mano. "Es tuya", digo, deseando que entienda lo que intento hacer. "La compré para ti. Esta es tu galería."

Su cabeza gira bruscamente hacia mí, sus ojos color avellana muy abiertos. Por un momento, veo un destello de algo—sorpresa, quizás incluso asombro—pero desaparece tan rápido como apareció. Parpadea, su expresión transformándose en algo que no logro descifrar.

"¿La compraste?", repite, su voz suave, casi vacilante.

Asiento, acercándome más. "Sí. Quería hacer realidad tu sueño. Este lugar—es perfecto, Sofía. Todo lo que describiste. La luz, el espacio... está todo aquí. Para ti."

No se mueve, no sonrío. En cambio, desvía la mirada, sus manos entrelazándose frente a ella. El silencio se extiende incómodamente, y un nudo comienza a formarse en mi estómago.

"Pensé que te alegrarías", digo, las palabras más cortantes de lo que pretendo. "Esto es por lo que has estado trabajando. Lo que has querido."

"Estoy contenta", dice rápidamente, aunque su voz carece de convicción. Se gira hacia una de las ventanas, su perfil iluminado por la luz menguante. "Es solo que... quería hacerlo por mí misma, Liam. Quería ganármelo, ahorrar y demostrar que podía lograrlo."

Sus palabras me golpean como un puñetazo al estómago. "Eso es ridículo", espeto, mi frustración desbordándose. "¿Tienes idea de cuánto creo en ti? ¿Cuánto quería apoyarte en esto?"

"Sé que crees en mí", dice ella, con la voz tensa. "Pero ese no es el punto. Esto no era solo tener una galería. Era el proceso. Demostrarme a mí misma—y a todos los demás—que podía hacerlo sin la ayuda de nadie."

"¿Y qué?", digo, alzando la voz. "¿Crees que aceptar ayuda significa que has fracasado? Eso es absurdo, Sofía. ¿Piensas que cada persona exitosa en el mundo lo logró sola?"

Se gira para enfrentarme, sus mejillas encendidas por la emoción. "No es eso lo que estoy diciendo, Liam. Pero este era mi sueño, mi plan. Estaba ahorrando para esto, trabajando para conseguirlo. Y ahora..."

"¿Ahora qué?", exijo, acercándome más. "¿Ahora está arruinado porque quise hacértelo más fácil? ¿Porque gasté 250.000 dólares para darte algo que pensé te haría feliz?"

Sus ojos centellean, y da un paso hacia mí, su frustración igualando la mía. "¿A nombre de quién está la escritura, Liam?"

"¿Qué?"

"La escritura", repite. "¿A nombre de quién está?"

Dudo, el peso de la pregunta asentándose pesadamente entre nosotros. "Mío", admito finalmente. Suelta una risa breve, sin humor, negando con la cabeza. "Exacto. Esta no es mi galería. Es tuya."

"¿Hablas en serio?", pregunto, mi voz incrédula. "Acabo de comprarte una galería, Sofía. Lo único con lo que has estado soñando durante años, ¿y estás molesta porque mi nombre está en los papeles?"

"¡Sí!", espeta, su voz elevándose. "Porque no lo entiendes, Liam. Me has quitado lo único por lo que estaba trabajando. Lo único que intentaba demostrarme a mí misma y a todos los demás. Y ahora, en lugar de ser mío, es solo otra cosa que alguien más me regaló."

Sus palabras duelen más de lo que quiero admitir, y la frustración me invade. "Estás siendo desagradecida", digo bruscamente, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

"¿Desagradecida?", repite, entrecerrando los ojos. "¿Crees que soy desagradecida porque quería ganármelo?"

"Sí", respondo con fuego, pasándome una mano por el pelo. "Creo que eres desagradecida porque en lugar de apreciar lo que he hecho por ti, estás aquí discutiendo conmigo sobre quién es el dueño de la maldita escritura."

Da otro paso más cerca, su voz bajando a una calma peligrosa. "Si realmente quisieras que esto fuera mío, Liam, lo pondrías a mi nombre."

Abro la boca para responder pero dudo. La voz de mi padre resuena en mis oídos, advirtiéndome sobre poner algo tan significativo a nombre de otra persona, especialmente cuando no estamos casados. La parte lógica de mí sabe que tiene razón, pero cuanto más tiempo permanezco aquí en silencio, más cambia su expresión.

"Ya me lo imaginaba", dice, su voz ahora tranquila, llena de decepción.

Está tan cerca que puedo ver el rápido subir y bajar de su pecho, el brillo de emoción en sus ojos. Todo lo que quiero hacer es besarla, atraerla a mis brazos y borrar el dolor y la frustración entre nosotros. Pero sé que no es el momento.

"Te lo devolveré", dice, retrocediendo ligeramente.

Parpadeo, tomado por sorpresa. "Sofía, eso es ridículo."

"No lo es", insiste, su tono resuelto. "Hasta que esta galería esté a mi nombre, no es mía. Es tuya. Y ganaré suficiente dinero para devolverte cada centavo de esos 250.000 dólares."

Niego con la cabeza, escapándoseme una risa amarga. "No puedes hablar en serio."

Su expresión se endurece. "Totalmente en serio. Esta es tu galería hasta que me la gane. Y cuando lo haga, será mía."

Antes de que pueda decir otra palabra, se gira sobre sus talones y se dirige a la puerta. "Sofía, espera", la llamo, mi voz teñida de desesperación.

Pero no se detiene. Ni siquiera mira atrás. La puerta se cierra tras ella con un golpe suave pero definitivo, dejándome solo en la galería vacía.

Me hundo en el mostrador, mi cabeza cayendo entre mis manos.

Se suponía que esto sería un gran gesto, una manera de demostrarle cuánto la amo y creo en ella. En cambio, la he hecho sentir como si le hubiera quitado algo—su independencia.

El silencio de la galería se siente opresivo, su ausencia pesando intensamente en el espacio. Pensé que le estaba dando todo lo que quería, pero en su lugar, he logrado arrebatárselo.



El comedor privado de Le Jardin rezuma elegancia. La suave luz de las velas parpadea sobre los manteles blancos de lino, y el tenue murmullo de un pianista tocando de fondo establece un ambiente sereno. Me muevo en mi asiento, haciendo girar el vino tinto profundo en mi copa mientras miro hacia la puerta. Mi padre llega tarde, lo cual no es inusual, pero esta noche estoy más inquieto que de costumbre.

Cuando el maître finalmente lo acompaña, Richard Parker entra con su habitual presencia imponente. Su cabello plateado está perfectamente peinado, y su traje azul marino hecho a

medida le sienta como un guante.

Recorre la sala con esa mirada penetrante que ha intimidado a juntas directivas durante décadas.

"Liam", dice, apretando mi hombro mientras se sienta. "Me alegro de verte, hijo. Te noto más... preocupado de lo normal."

Logro soltar una pequeña risa mientras él se acomoda. "Ha sido una semana complicada."

Un camarero aparece casi al instante, sirviendo vino en una copa de cristal para mi padre. Él asiente con aprobación y despide al hombre con un sutil gesto de muñeca. "¿Merlot?", pregunta, arqueando una ceja después de dar un sorbo. "Buena elección."

"Es el favorito de Sofía", admito antes de poder contenerme. Su mirada se agudiza, y sé que acabo de caer en su trampa.

"Así que", dice, reclinándose en su silla, "esta cena no es solo para ponernos al día, ¿verdad?"

El camarero reaparece, ofreciendo la carta con una sonrisa pulida. Mi padre pide con confianza, optando por el filete mignon, mientras yo me decido por el confit de pato. Una vez que el camarero se retira, mi padre centra toda su atención en mí, con expresión expectante.

"Le compré la galería", suelto, incapaz de contenerme más.

"¿La galería?" Su ceño se frunce por un momento antes de que la comprensión aparezca en su rostro. "¿La de SoHo de la que le hablé a tu madre en la cena?"

Asiento, dando un largo trago a mi vino. "Pensé que la haría feliz. Pero no reaccionó como esperaba."

Sus labios se contraen, y puedo notar que está conteniendo una risa. "¿Le compraste una galería y no estaba encantada? Necesito escuchar esta historia."

"No tiene gracia, papá", digo, dejando mi copa con más fuerza de la pretendida. "Dijo que quería ganársela por sí misma. Que le quité la oportunidad de demostrar que podía hacerlo."

"Ah." Asiente. "Eso explica la decepción en tu cara."

"Solo quería ayudarla", insisto. "¿Qué diferencia hay entre que la comprara directamente o que la pagara a través de su salario? De todos modos iba a comprar la propiedad."

"Hijo", dice, dirigiéndome una mirada paciente pero firme, "la diferencia es que ella habría sentido que se lo ganó. Eso es lo que importa."

Suspiro, reclinándome en mi silla mientras el camarero coloca nuestros entrantes frente a nosotros—pastelillos de cangrejo para él y una delicada ensalada para mí. Apenas toco la mía, moviendo el tenedor entre las hojas verdes.

"Es ambiciosa", continúa mi padre tras una pausa. "E independiente, claramente. Necesitas entender eso de ella. Esto no era solo por la galería. Era por demostrarse a sí misma y,

probablemente, a mucha gente en su vida que podía triunfar por su cuenta."

Niego con la cabeza. "Quiere devolverme el dinero."

Papá no dice nada, solo arquea una ceja.

Dejo que sus palabras calen mientras juego con mi ensalada. "Siento que debería poner la escritura a su nombre mañana."

"Absolutamente no", dice con brusquedad, casi haciéndome soltar el tenedor.

"¿Qué?" Lo miro, atónito.

"Deja que te devuelva el dinero", dice, cortando su pastelillo de cangrejo con precisión. "Si la amas—y creo que es así—la respetarás lo suficiente como para dejar que lo haga a su manera. Se sentirá bien devolviéndote el dinero, y eliminará cualquier tensión que quede entre ustedes."

"Es solo dinero", discuto, la frustración colándose en mi voz. "No me importa recuperarlo."

"Pero a ella sí", contraataca, señalándome con el tenedor para enfatizar. "No se trata del dinero para ella. Es una cuestión de principios."

Niego con la cabeza, todavía luchando con la idea. "¿Entonces qué? ¿Me quedo sentado viendo cómo reúne el dinero cuando puedo facilitarle la vida?"

Sus labios se curvan en una leve sonrisa. "Suenas como yo cuando me casé con tu madre. Pensaba que le hacía un favor tomando todas las decisiones que creía correctas por nosotros. ¿Pero sabes qué me dijo?"

Arqueo una ceja, esperando.

"Me dijo: 'Ricardo, no necesito un salvador. Necesito un compañero'." Da un sorbo a su vino, sus ojos brillando con el recuerdo. "El mejor consejo que he recibido."

El camarero llega con nuestros platos principales, y bajo la mirada a mi plato perfectamente presentado. No tengo apetito, pero lo corto por costumbre. El rico aroma se desperdicia en mí esta noche.

"Déjame darte un consejo", dice mi padre, cortando su filete mignon con la eficiencia de un cirujano. "Nunca gastes un cuarto de millón de dólares en una mujer a menos que estés casado con ella."

No puedo evitar reírme a pesar de todo. "Anotado."

Se reclina, suavizando el tono. "Tienes una buena mujer, Liam. Ambiciosa, determinada, con una visión clara de lo que quiere. Eso es poco común. No ahogues eso intentando resolverlo todo por ella. Apóyala, sí. Anímalas. Pero déjala librar sus batallas."

Asiento lentamente, asimilando sus palabras. "Tienes razón."

"Por supuesto que tengo razón", dice con una sonrisa socarrona, levantando su copa. "Tienes suerte de que esté aquí para mantenerte en el buen camino."

"Gracias, papá", digo, poniendo los ojos en blanco pero sintiéndolo de verdad. Comemos en un silencio cómodo por un rato, la tensión en mi pecho aflojando ligeramente. Cuando llega el postre, me siento más estable, más centrado.

Mientras tomamos el café, mi padre se inclina hacia adelante, con expresión seria. "Vas a resolver esto, Liam. Pero recuerda—no se trata de demostrar tu amor con grandes gestos. Se trata de entender lo que ella necesita."

Asiento, con determinación asentándose en mí. Hablaré con Sofía. Pero esta vez, escucharé. Y encontraré una manera de demostrarle que respeto su ambición tanto como la amo.

La galería huele ligeramente a pintura fresca y barniz, una mezcla de nuevos comienzos y trabajo duro. La luz del sol se filtra por los grandes ventanales del suelo al techo, bañando el espacio en un resplandor dorado. La luz baila sobre el suelo pulido de madera y rebota en las paredes de ladrillo visto, otorgándole a la galería una calidez casi mágica.

Es exactamente como la imaginé.

El centro de la sala lo ocupa una colección de pedestales y vitrinas dispuestas en una distribución fluida y abierta, exhibiendo más de cincuenta piezas de mi joyería. Cada pieza brilla bajo una iluminación estratégicamente colocada, los delicados metales y piedras preciosas atrapando la mirada y atrayendo a la gente.

Una hilera de elegantes paneles negros bordea una pared, ya montados con la primera tanda de obras para la próxima exposición. Pinturas vibrantes, fotografías y bocetos crean un mosaico de creatividad, cada pieza seleccionada cuidadosamente por su capacidad de cautivar e inspirar.

Me detengo en medio de la galería, girando lentamente para absorberlo todo. Mi galería. Bueno... pronto será mía. El pensamiento me llena de orgullo, templado por el dolor que ha estado anidado en mi pecho durante la última semana.

Han pasado seis días desde que Liam y yo discutimos. Seis días desde que salí de la galería después de decirle que no sería mía hasta que estuviera a mi nombre.

No hemos hablado desde entonces. Sé que nos estamos dando espacio, pero se siente mal. Ambos somos obstinados, y este silencio se está alargando más de lo que esperaba.

Lo extraño.

La forma en que me mira, como si fuera lo único que importa en el mundo. La manera en que me hace reír, sus raros momentos de vulnerabilidad cuando me deja vislumbrar al hombre detrás de los trajes perfectamente cortados. Me he sorprendido a mí misma alcanzando el teléfono más

veces de las que puedo contar, pero cada vez, me detengo. Esta galería necesita toda mi atención ahora mismo.

El tintineo de la campanilla de la puerta principal me saca de mis pensamientos. Me giro para ver a un hombre de unos treinta y tantos entrando, cargando un gran portafolio. Es alto y delgado, con una mata de rizos oscuros y una sonrisa fácil que inmediatamente me tranquiliza.

"Hola", dice, caminando hacia mí. "Tú debes ser Sofía Russo. Soy Aarón. Aarón Miller."

Asiento, extendiendo la mano. "Encantada de conocerte, Aarón. ¿En qué puedo ayudarte?"

"Me enteré de que estás organizando una exposición la próxima semana", dice, colocando su portafolio sobre una mesa cercana. "Me encantaría participar, si hay espacio."

Con la curiosidad picada, señalo hacia el portafolio. "Echemos un vistazo."

Aarón lo abre, revelando una serie de impresionantes pinturas abstractas. Audaces salpicaduras de color se arremolinan por los lienzos, creando una sensación de movimiento y energía imposible de ignorar. Mis dedos flotan sobre una pieza—un tumulto de azules y verdes que parece pulsar con vida.

"Son increíbles", digo, genuinamente impresionada. "Háblame de ellas."

"Gracias", dice, con un toque de orgullo en su voz. "Me centro en capturar la emoción a través del color y la forma. No hay dos piezas iguales. Cada una cuenta una historia diferente."

Asiento, ya imaginando cómo se verían sus obras en las paredes de la galería. "Creo que encajarían perfectamente en la exposición. ¿Cuántas piezas te gustaría mostrar?"

"Cinco, si tienes el espacio", dice. "Puedo traerlas mañana si quieres."

"Me parece bien." Hago una pausa, considerando la logística. "Hablemos del reparto. Cobro una comisión del 40% sobre todas las ventas. Eso incluye el manejo del marketing, la promoción y la organización del evento. ¿Te parece bien?"

Aarón no duda. "Es justo. Tú te encargas del trabajo pesado."

"Perfecto." Anoto algunas notas en mi agenda. "Necesitaré imágenes en alta resolución de las piezas para mañana por la mañana para el catálogo. Y si tienes declaraciones de artista o biografías, envíamelas también."

"Lo haré." Mira alrededor de la galería, su mirada deteniéndose en la vitrina de joyas. "Este es un espacio precioso, por cierto. ¿Cuánto tiempo llevas abierta?"

Sonrío, con una mezcla de orgullo y nervios. "Una semana. Esta exposición es nuestro gran debut."

"Estás teniendo un comienzo increíble", dice, cerrando su portafolio. "Te haré llegar todo a primera hora mañana."

Nos damos la mano, y se dirige hacia la puerta, dejándome sola con el suave zumbido de la galería. Me vuelvo hacia la vitrina de joyas, enderezando algunas piezas que no necesitan ser enderezadas. Cada una es fruto del amor, desde las delicadas cadenas de oro hasta los intrincados engastes de piedras preciosas.

Cincuenta piezas. Es la colección más grande que he creado, y verla toda expuesta así me hace hinchar el corazón. Esto es por lo que he trabajado. Esto es por lo que luché tanto para hacer mía la galería.

Pero la lucha ha tenido un costo. Miro mi teléfono, inmóvil sobre el mostrador. El silencio entre Liam y yo pesa, pero no puedo obligarme a dar el primer paso. No todavía. No hasta que me haya demostrado a mí misma que puedo hacer que esto funcione.

La campanilla suena de nuevo, y esta vez es uno de los repartidores que trae materiales promocionales para la exposición. Le agradezco y abro la caja, sacando pilas de postales y carteles brillantes. El diseño es simple pero impactante—un primer plano de uno de mis collares junto con el lema: Visiones Emergentes: **Una Noche de Arte y Elegancia.**

Paso mis dedos sobre la superficie lisa, la realidad de todo golpeándome de repente. Esto está sucediendo realmente. En una semana, la galería abrirá oficialmente, y todas las noches en vela, la planificación cuidadosa, y cada gota de esfuerzo que he vertido en este espacio cobrarán vida. La emoción está ahí, pero teñida de algo más pesado. Mis ojos se desvían hacia la pared donde cuelga una de mis últimas obras de arte—un boceto en el que vertí mi corazón la noche de la discusión con Liam.

Es crudo, inacabado, pero poderoso. Líneas gruesas y amplias forman el contorno de un cielo tormentoso, con una única figura de pie sobre una colina. Sus brazos están extendidos, casi desafiantes, como retando a la tormenta a que los rompa. El sombreado es irregular, algunas partes pesadas y oscuras mientras otras son ligeras y apenas perceptibles.

Me acerco más, trazando las líneas con mis ojos. La pieza refleja cómo me sentía esa noche—enojada, herida y determinada. Ni siquiera estaba segura de qué intentaba dibujar en ese momento, pero ahora, mirándola, puedo verme a mí misma en la figura. Sola pero manteniéndome firme.

Se me hace un nudo en la garganta, y presiono una mano contra mi pecho, obligando a las emociones a retroceder. No me he permitido pensar demasiado en Liam desde esa noche. Hay mucho que hacer, y cada centavo que he ahorrado trabajando con él ha ido a parar a esta galería. La pintura, la iluminación, el mobiliario para las vitrinas de joyas—todo está financiado con el dinero que me he ganado con esfuerzo. Y es suficiente por ahora, aunque todavía queda un largo

camino por recorrer antes de que pueda llamar verdaderamente mío este lugar.

La campanilla suena otra vez, y esta vez, el sonido de risas llena el aire. Me giro para ver a Jennifer entrando, con los brazos extendidos, y Theo y Dylan corriendo delante de ella.

"¡Tía Sofía!", gritan los niños al unísono, corriendo hacia mí.

Me arrodillo sobre una rodilla, atrapándolos a ambos en un abrazo mientras se lanzan contra mí.

"¡Mis pequeños revoltosos favoritos!", digo, riendo. "¿Qué hacen aquí?"

"¡Queríamos ver tu estudio!", dice Theo, sus ojos grandes recorriendo el espacio. "¡Este lugar es increíble!"

"¡Sí, es alucinante!", añade Dylan, ya corriendo hacia las vitrinas de joyas.

"Ah, no, eso sí que no", le advierto. "En el estudio de la tía no. Manitas quietas, chicos."

Se detienen en seco, volviéndose hacia mí con expresiones culpables. "Perdón, tía Sofía", dicen al unísono, con vocecitas arrepentidas.

Jennifer se acerca, envolviéndome en un abrazo mientras los niños empiezan a caminar con más cautela, sus ojos llenos de asombro. "Sofi, este lugar es maravilloso", dice, apretándome con fuerza. "Estoy tan orgullosa de ti."

"Gracias, Jen", digo, con la voz cargada de emoción. Me separo, apartándome un mechón de pelo de la cara. "Todavía es un trabajo en proceso, pero va tomando forma."

Ella da un paso atrás, recorriendo el espacio con la mirada. "Deberías estar más feliz, sin embargo. Este es tu sueño, ¿no?"

Dejo escapar un pequeño suspiro, mi mirada desviándose hacia el boceto en la pared. "Lo es. Es solo que... es complicado."

Jennifer frunce el ceño, cruzándose de brazos. "¿Complicado en qué sentido?"

Dudo, pero decido que no tiene sentido guardármelo. "Liam compró este lugar para mí", admito, con la voz apenas más alta que un susurro. "Está a su nombre. Y discutimos porque... yo quería ganármelo por mí misma. Quería demostrar que podía hacer esto sin la ayuda de nadie, especialmente la suya."

La expresión de Jennifer se suaviza, y me atrae hacia otro abrazo. "Sofi, lo entiendo. De verdad que sí. Pero necesitas hablar con él."

Niego con la cabeza. "Él no lo entiende. No creo que lo entienda nunca. Para él, es solo dinero. Pero para mí... lo es todo. Es mi independencia, mi oportunidad de demostrar que puedo hacer algo por mí misma."

Se separa, con las manos sobre mis hombros. "Escúchame. Sé que eres cabezota, y me encanta eso de ti. Pero esto no es solo por la galería. Es por Liam. Y ahora mismo, técnicamente, esta es

su galería. Hasta que le devuelvas el dinero, hasta que aclaren lo que están haciendo, necesitas comunicarte con él. Estén juntos o no, necesitan hablar."

Trago con dificultad. Tiene razón, por supuesto. Por mucho que me cueste admitirlo, tiene toda la razón.

"Lo sé", digo finalmente, con voz pequeña. "Sé que tienes razón."

Sonríe, atrayéndome hacia otro abrazo. "Bien. Y cuando hables con él, no dejes que ese orgullo tuyo se interponga."

Río suavemente, abrazándola con fuerza. "Gracias, Jen."

"Cuando quieras", dice, separándose con una sonrisa. "Ahora, vamos a controlar a estos niños antes de que accidentalmente destruyan tus vitrinas."

Echo un vistazo y veo a Theo y Dylan examinando un collar con asombro, sus manos entrelazadas detrás de la espalda como si temieran tocar algo. Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras les digo: "Muy bien, revoltosos, hora de irse."

Gimen al unísono pero siguen a Jennifer hacia la puerta. Antes de salir, se vuelve hacia mí. "Habla con él, Sofi."

"Lo haré", prometo, viéndolos desaparecer tras la puerta.

La galería se siente más silenciosa, más vacía, después de que se van. Me vuelvo hacia los materiales promocionales, las palabras **Visiones Emergentes** llamando mi atención de nuevo. No es solo un eslogan. Es un recordatorio de todo por lo que he trabajado, todo por lo que sigo trabajando.

Es hora de arreglar las cosas.

LIAM

El día se arrastra como una película mala en cámara lenta. Estoy atrapado en la oficina, ahogándome en llamadas y papeleo interminable, con la mente en otro lugar—más específicamente, en Sophia.

Ha pasado más de una semana desde nuestra pelea, y aunque he intentado respetar su espacio, no puedo dejar de pensar en ella. Echo de menos todo de ella—su agudo ingenio, la manera en que su risa parece luz de sol atravesando los días más oscuros, y la forma en que me mira.

Cuando el reloj finalmente marca las seis, agarro mi abrigo y salgo. De camino a casa, me detengo en mi restaurante tailandés favorito y compro comida para llevar. Pad Thai, curry verde y rollitos de primavera. Una pequeña parte de mí espera que me distraiga del silencio que se ha apoderado de mi apartamento desde que Sophia se fue.

El viaje en el ascensor parece más largo de lo normal. Las bolsas en mis manos están calientes, el aroma de albahaca y citronela llena el aire mientras entro al pasillo.

Y es entonces cuando la veo.

Sophia está parada junto a mi puerta, su cabello oscuro cayendo sobre los hombros de una gabardina color crema, sus piernas desnudas asomando bajo el dobladillo. Parece un sueño, sus ojos color avellana encontrándose con los míos mientras me acerco.

"Sophia," digo, con la voz ronca por la sorpresa. "¿Qué haces aquí?"

Ella sonríe, con ese suave y juguetón curvar de labios que hace que mi pecho duela de anhelo.

"Quería hablar contigo," dice.

Por un momento, me quedo ahí parado, contemplándola, antes de volver a la realidad. "Pasa," digo, abriendo la puerta. La calidez de su perfume de jazmín me envuelve mientras entra, su presencia llenando el espacio como si nunca se hubiera ido.

Dejo la comida en la encimera y me giro para mirarla. "¿Tienes hambre?"

Ella duda, luego asiente. "Muerta de hambre."

Nos acomodamos en la mesa del comedor, desempacando los contenedores y empezando a comer. El silencio entre nosotros es denso pero no incómodo. Ella juega con su curry verde, con el ceño fruncido, pensativa.

"¿Cómo va la galería?" pregunto, rompiendo el silencio.

Su rostro se ilumina, y no puedo evitar sonreír. "Es increíble," dice, con la voz teñida de emoción. "La exposición está tomando forma, y el espacio es... perfecto. Exactamente como lo imaginé."

"Me alegro," digo suavemente, observándola. "De verdad."

Ella deja su tenedor y me mira, sus ojos escudriñando los míos. "Liam, necesito decirte algo."

Me recuesto en mi silla, prestándole toda mi atención. "Te escucho."

Toma un respiro profundo. "Lo siento. Por cómo reaccioné. Sé que intentabas ayudar, y lo que hiciste—fue increíble. Es solo que estaba tan enfocada en demostrarme a mí misma que podía hacerlo sola. Y cuando interviniste, sentí que perdí esa oportunidad."

Sus palabras me golpean fuerte, y asiento lentamente. "Te entiendo, Sophia. Querías valerte por ti misma, y yo te quité eso. Nunca fue mi intención."

"Lo sé," dice, extendiendo su mano sobre la mesa para tomar la mía. "Y ahora me doy cuenta de que estaba tan envuelta en mis propios sentimientos que no vi lo que intentabas darme. Eres increíble, Liam, y soy muy afortunada de tenerte."

El alivio me inunda, y aprieto su mano. "Entonces, ¿esto significa que estamos bien?"

En lugar de responder, se levanta y rodea la mesa. Se inclina, rozando sus labios contra los míos, suavemente al principio, luego más profundo.

Cuando se aparta, desata su gabardina, dejándola caer abierta. Mi respiración se entrecorta.

No lleva nada debajo—su piel es suave y brilla bajo la luz tenue, sus pechos son llenos y perfectamente moldeados, con pezones oscuros que se endurecen bajo mi mirada. Su abdomen es plano, su cintura se curva hacia unas caderas que he memorizado con mis manos. Más abajo, el punto más íntimo de sus muslos está desnudo, con la evidencia brillante de su excitación haciendo que mi erección pulse dolorosamente contra mis pantalones.

"Dios, Sophia," murmuro, levantándome y tomándola en mis brazos. Mis manos exploran su cuerpo, deslizándose hasta sujetar su trasero, atrayéndola contra mí.

Toma mi mano, guiándome hacia la habitación con una confianza que acelera mi pulso. Una vez ahí, se gira hacia mí, sus manos trabajando en los botones de mi camisa. Me deshago de ella, sus uñas rozando mi pecho mientras se mueve para desabrochar mi cinturón.

Sus dedos rozan mi erección creciente mientras desliza mis pantalones por mis piernas.

“Mírate, Liam. Duro como una roca para mí,” ronronea Sophia, sus ojos brillando con satisfacción mientras me empuja hacia atrás, guiándome hasta sentarme en el borde de la cama. Sus manos recorren mis hombros, empujándome suavemente hasta que quedo acostado bajo ella, completamente a su merced.

La imagen de ella mirándome así—hambrienta, confiada—envía una descarga de necesidad directa a mi entrepierna. Mi erección se alza orgullosa, palpitante, desesperada por su toque, y cuando se inclina, sus labios rozando la punta, todo mi cuerpo se tensa. Su lengua asoma, provocándome, saboreándome, y pierdo el último vestigio de control que tenía.

Mis manos se aferran a las sábanas mientras su cálida y húmeda boca me envuelve, su lengua girando alrededor de la cabeza antes de deslizarse más abajo. Joder, es pura magia. Cada lamida, cada succión, cada movimiento de su lengua envía oleadas de placer a través de mí. Sus manos trabajan a lo largo de mi longitud mientras sus dedos juegan con mis testículos, haciendo que mis caderas se arqueen involuntariamente, buscando más de ella.

Pero Sophia está al mando, y maldita sea, sabe exactamente cómo usar esa boca.

“Joder, Soph,” jadeo, mi cabeza cayendo contra la almohada mientras ella me toma más profundamente. Su garganta se aprieta a mi alrededor, y juro que veo estrellas. “Voy a...”

Justo cuando la presión aumenta, lista para estallar, se aparta, dejándome al borde, palpitante y desesperado. Mi gruñido frustrado muere en mi garganta cuando veo la chispa traviesa en sus ojos.

“No todavía,” susurra, su voz espesa de deseo mientras se sube a horcajadas sobre mí, sus rodillas hundiéndose en el colchón a ambos lados de mis caderas. Su mano envuelve mi erección, guiándola hacia su entrada.

El momento en que se hunde sobre mí, su calor rodeándome, sus paredes sujetándome con tanta fuerza, pierdo todo sentido de control. Aprieto la mandíbula, cada músculo de mi cuerpo luchando por contenerme.

Sophia empieza a moverse, sus caderas rodando lentamente, provocándome, y es la escena más sensual que he presenciado. Sus pechos se balancean con cada movimiento, sus pezones duros y rogando ser tocados. Sin pensarlo, levanto las manos, tomando sus pechos, dejando que mis pulgares rocen esos picos sensibles.

“Sí, Liam,” gime, su cabeza inclinándose hacia atrás, su cabello un desastre salvaje alrededor de sus hombros. “Tócame. Por favor.”

Su voz es mi perdición. Pellizco sus pezones, girándolos y tirando suavemente entre mis dedos, y sus jadeos y gemidos me impulsan a seguir. Sus caderas se mueven más rápido contra mí, sus movimientos más frenéticos, buscando la fricción que anhela.

“Estoy cerca,” jadea, sus ojos cerrándose con fuerza, su piel brillando de sudor. “Oh, Dios, Liam, no pares.”

Mi propio clímax está creciendo, un fuego en mis venas, pero me contengo, centrado en ella. Bajo una mano, mis dedos encontrando su clítoris, y empiezo a frotarlo en círculos lentos y firmes, como sé que la vuelve loca.

“¡Oh, Dios!” grita, su cuerpo arqueándose en la cama, sus manos agarrando las sábanas. “Ahí, cariño. No pares.”

Presiono con más fuerza, mi pulgar resbalando con su humedad mientras trabajo ese punto sensible. Sus paredes se tensan aún más alrededor de mí, su cuerpo temblando, y sé que está justo al borde.

“Ven para mí, cariño,” gruño, mi voz ronca y grave. “Déjame sentirte.”

Su cuerpo se sacude, y entonces se deja ir, sus músculos apretándose y contrayéndose a mi alrededor mientras llega al clímax. Su orgasmo la envuelve, empapándome, sus gritos llenando la habitación. La intensa presión de su liberación me lleva al límite, y ya no puedo contenerme.

Con un gemido profundo y primitivo, empujo hacia arriba, enterrándome tan profundamente como puedo. Un desgarrador y casi desesperado ‘¡Sophia!’ escapa de mi garganta mientras mi orgasmo me arrasa, caliente e intenso, llenándola mientras mi liberación se mezcla con la suya.

Nos movemos juntos, cabalgando las olas del placer, nuestros cuerpos en perfecta sincronía. Su frente cae sobre la mía, su aliento cálido contra mi piel mientras nuestros corazones laten al unísono.

“Te extrañé,” susurra, su voz ronca y suave.

Miro sus ojos, mi agarre apretándose en sus caderas. “Yo también te extrañé. Prometo esforzarme más por entenderte, por verte de verdad.”

Sus labios encuentran los míos, y el beso dice todo lo que las palabras no pueden.

La galería vibra con vida, cada rincón desbordando de conversaciones y movimiento.

La suave luz de las lámparas estratégicamente colocadas baña las obras en un resplandor dorado, resaltando cada detalle y textura. Las vitrinas de joyas brillan intensamente, y la energía vibrante de más de cien invitados llena la sala. Parece irreal estar aquí, rodeada del fruto de semanas de esfuerzo y planificación incansable.

Mi corazón late acelerado, pero ya no por los nervios—sino por la emoción. Mi sueño ha cobrado vida en este espacio esta noche, y es todo lo que imaginé y más.

"Señorita Russo, ¡felicidades!" dice una mujer alegre, acercándose para darme dos besos. La reconozco como una de las habituales de la galería que había pasado durante el montaje. Señala hacia un cuadro abstracto y audaz. "Esta obra—absolutamente impresionante. Me cautivó desde el momento en que entré."

"Gracias," respondo, con voz firme a pesar de la adrenalina que corre por mis venas. "Es una de mis favoritas."

Cerca, veo a una pareja joven admirando la sección de joyería. La mujer señala un delicado collar de oro con un pequeño colgante de esmeralda. Su pareja se inclina para verlo más de cerca, asintiendo con apreciación.

Me acerco a ellos con una cálida sonrisa. "¿Les gustaría ver la pieza más de cerca?"

La mujer se ilumina. "¡Sí, por favor! Es tan único."

Abriendo la vitrina, saco el collar con cuidado, sosteniéndolo para que ella lo examine. Suelta un suave suspiro, colocandoselo contra el cuello mientras se mira en un espejo cercano.

"Es perfecto," dice, con voz apenas audible.

"Nos lo llevamos," añade su pareja, sacando la cartera sin dudar.

Envuelvo el collar con esmero, agradeciéndoles mientras se alejan de la mano. Es una venta pequeña, pero se siente trascendental. Cada compra esta noche es más que una transacción—es prueba de que mi visión resuena con la gente.

Al otro lado de la sala, mi mirada se posa en Liam. Es imposible no verlo, sobresaliendo entre la multitud con su traje gris marengo hecho a medida. Sostiene una copa de champán, su sonrisa relajada iluminando la conversación que mantiene con una señora elegante vestida de verde esmeralda. Incluso desde esta distancia, su presencia me da estabilidad. Cuando nuestras miradas se encuentran, su sonrisa se suaviza, y levanta ligeramente su copa, un brindis silencioso por mi éxito.

"Señorita Russo," una voz suave me interrumpe. Me giro para encontrar a un distinguido caballero de pelo entrecano y un traje que parece carísimo. Sus ojos perspicaces están fijos en uno de mis cuadros más grandes, una obra en la que vertí mi corazón durante un período particularmente difícil.

"Esto es extraordinario," dice, señalando el cuadro.

"Gracias," respondo, irguiéndome un poco más. "Es una obra muy personal."

"¿Cuánto pide por ella?" pregunta, con tono casual pero genuinamente interesado.

Le digo el precio—una suma que me pareció atrevida cuando la establecí. Sin pestañear, asiente.

"Me la llevo."

Por un momento, me quedo atónita. Es una de las ventas más importantes de la noche, y está sucediendo con tanta naturalidad. Mientras él se dirige a finalizar el papeleo, respiro hondo, dejando que la realidad del momento cale en mí. Mi trabajo no solo está siendo visto—está siendo valorado.

La velada transcurre en un torbellino de apretones de manos, presentaciones y el constante murmullo de conversaciones. Los invitados se detienen ante las obras más grandes, estudiándolas con expresiones pensativas, mientras otros se agolpan alrededor de las vitrinas de joyas, admirando los diseños intrincados. La galería está viva, y es todo lo que esperaba.

"Señorita Russo, su visión es impecable," dice una mujer, sosteniendo una copa de vino mientras señala un vibrante cuadro de un paisaje urbano. "El uso del color—es tan evocador."

"Gracias," digo, el elogio reconfortándome. "Esa obra fue inspirada por mi tiempo en Brooklyn. La ciudad tiene una energía tal—es imposible no dejarse influir por ella."

Mientras charlamos, noto que Liam se acerca hacia mí. Lo detienen varias veces los invitados que quieren hablar, y él complace a cada uno con su encanto característico. Cuando finalmente llega a mi lado, me entrega una copa de champán.

"Eres increíble," dice, con voz lo suficientemente baja para que solo yo lo oiga. "No puedo expresarte lo orgulloso que estoy de ti."

"Gracias," susurro, el peso de sus palabras asentándose cálidamente en mi pecho. "Por todo."

Se inclina, dejando un suave beso en mi mejilla, y por un momento, el bullicio de la sala se desvanece. Cuando se aparta, asiente hacia el centro de la sala. "Parece que te están esperando."

Miro hacia donde un pequeño grupo se está reuniendo cerca del podio. Es la hora.

Respiro hondo y avanzo, mis tacones resonando contra el suelo pulido mientras la sala se silencia. El foco se siente cálido sobre mi piel mientras me dirijo al público.

"Buenas noches a todos," comienzo, con voz firme a pesar del revoloteo en mi estómago.

"Gracias por estar aquí esta noche. Su apoyo significa el mundo para mí, y estoy emocionada de compartir este espacio y estas obras increíbles con ustedes."

La sala estalla en un aplauso cortés, y sonrío, recorriendo los rostros entre el público. "Antes de terminar, tengo una última obra que revelar. Es... algo personal."

Detrás de una cortina, revelo el dibujo—un retrato a carboncillo de Liam. Lo capta sin camisa, sus músculos esculpidos definidos con trazos audaces, sus pantalones negros colgando bajos en sus caderas. La sonrisa en su rostro es juguetona, segura, e inconfundiblemente suya.

La sala reacciona al instante—jadeos, risas y murmullos ondean entre la multitud. Miro a Liam, que se ha quedado boquiabierto. Sus ojos se agrandan mientras contempla el retrato, y un rubor le sube por el cuello.

"Sophia," murmura, entre divertido y exasperado. "¿En qué estabas pensando?"

"Las pujas empiezan en dos mil dólares," anuncio, conteniendo una sonrisa.

Las manos se alzan de inmediato, y las cifras suben más rápido de lo que esperaba. Cuando la guerra de pujas termina, una elegante señora mayor se lo lleva con una oferta final de quince mil dólares.

Mientras cae el martillo metafórico, Liam menea la cabeza, riendo. "No puedo creer que acabes de venderme."

"La gente te adora," le provoco, dándole un codazo suave. "¿Qué puedo decir?"

Se inclina hacia mí, su voz un rumor grave contra mi oído. "Tienes suerte de que te quiera."

Después de que el último invitado se marcha y las puertas se cierran, la galería parece un mundo diferente—silenciosa, íntima, y mía. Me dejo caer en el sofá mullido del rincón, el agotamiento y la euforia mezclándose mientras me quito los tacones. Liam se sienta a mi lado, rodeándome los hombros con su brazo.

"Lo has conseguido," dice simplemente.

"Sí," respondo, las palabras sonando casi irreales.

Sacando el libro de ventas, empiezo a sumar las cifras. Cuando termino, miro a Liam, con una sonrisa imparable. "Setenta y cinco mil dólares."

Suelta un silbido bajo. "Es impresionante, Soph. Deberías estar orgullosa."

"Lo estoy," digo, recostándome en el sofá. "Unas cuantas noches más como esta, y te habré devuelto el dinero en un santiamén."

Él ríe, negando con la cabeza. "Eres única, ¿lo sabías?"

"Lo soy," digo, con tono juguetón, pero el corazón rebosante. Porque esta noche, rodeada por los ecos de mi primera exposición exitosa, siento que verdaderamente he encontrado mi lugar.

LIAM

Tres años después...

El murmullo de la multitud es vibrante, una sinfonía de aplausos y conversaciones que llena el salón de baile. Pero toda mi atención está en la pequeñita sentada en mi regazo, sus rizos oscuros bailando mientras juega con un conejito de peluche. Alice Parker es el vivo retrato de su madre, desde sus grandes ojos color avellana hasta su sonrisa contagiosa.

"Papi," dice Alice, con voz suave y curiosa mientras levanta el conejo. "¿Dónde está mamá?"

La acomodo ligeramente, señalando hacia el escenario, donde Sophia está a punto de recibir uno de los premios más prestigiosos del mundo del arte. "Estará allí arriba pronto, cariño. Solo espera."

Alice inclina la cabeza, observando el escenario con atención. "Vale," dice suavemente, abrazando el conejo y volviendo a su juego de hacerlo saltar por el borde de la mesa.

Los padres de Sophia están sentados a mi lado, su orgullo evidente en sus amplias sonrisas. Su padre, Richard, se inclina hacia mí, su voz llena de calidez. "Cuesta creer todo lo que ha logrado en tan solo unos años."

"Es increíble," respondo, con voz firme pero llena de admiración. "Tengo la suerte de estar en primera fila."

Junto a Richard, la madre de Sophia se seca los ojos con un pañuelo. "Ha trabajado tan duro para esto. Y mira a Alice—ya tiene esa determinación de los Parker."

Jennifer, la hermana de Sophia, está sentada a mi otro lado, inclinándose para revolver suavemente los rizos de Alice. "Sin mencionar que es la cosita más linda. Tendrás que vigilarla bien, Liam. Va a romper corazones algún día."

Me río, pasando una mano por los suaves rizos de Alice. "Espero que no tan pronto."

La voz del presentador corta el ruido ambiental, atrayendo todas las miradas hacia el escenario. "Damas y caballeros, tengo el gran honor de presentar el premio a la Mejor Galería de Manhattan a Sophia Parker de la Galería Parker."

La sala estalla en aplausos, fuertes y entusiastas, mientras Sophia sube al escenario. Está deslumbrante con un vestido verde esmeralda que abraza sus curvas, el color haciendo que su piel olivácea brille bajo las luces. Su confianza irradia mientras acepta la placa, su sonrisa resplandeciente e inquebrantable.

"¡Mami!" exclama Alice, su voz elevándose con emoción. Aplaude con sus manitas, el conejo momentáneamente olvidado.

"Sí, mi amor," digo, besando su cabello. "Ahí está mami."

Sophia se acerca al micrófono, sus dedos aferrándose a la placa mientras observa al público. "Vaya," comienza, con voz firme y cálida. "Qué honor tan increíble. Cuando abrí la Galería Parker hace tres años, jamás imaginé que estaríamos aquí hoy. El sueño era sencillo: crear un espacio donde los artistas pudieran compartir sus historias, donde la gente pudiera conectar a través del arte. Esta noche no se trata solo de mí—es sobre cada artista que confió en mí con su obra, cada visitante que cruzó nuestras puertas, y cada persona que creyó en esta visión."

El público está cautivado, pero mi atención está completamente en ella. Sophia, la mujer que transformó mi vida en algo extraordinario.

"Quiero agradecer a mi familia," continúa, sus ojos recorriendo la sala hasta encontrarnos. "A mis padres, que siempre han creído en mí. A mi hermana Jennifer, por ser mi mayor apoyo. Y a mi esposo, Liam Parker, quien me enseñó que ningún sueño es demasiado grande cuando tienes amor y apoyo. Este premio es para todos ustedes."

Los aplausos son ensordecedores. Alice aplaude desenfrenadamente, riendo mientras imita a los adultos. "¡Mami contenta!" exclama.

"Sí que lo está," susurro, el pecho hinchándose de orgullo.

He visto a Sophia superar cada desafío con una determinación y elegancia que me deja maravillado. La galería se ha convertido en uno de los espacios de arte más respetados de Manhattan, y esta noche está siendo reconocida por ello.

La Mejor Galería de Manhattan. No podría haber un título más merecido.

Mientras abrazo a Alice, reflexiono sobre el torbellino de los últimos tres años. Seis meses después de su primera exposición, me entregó un cheque con una sonrisa orgullosa y desafiante.

"Pagado por completo," había declarado, y fiel a su palabra, había trabajado sin descanso para lograrlo. Al día siguiente puse la galería a su nombre.

Nos casamos ese verano, en una ceremonia íntima en casa de sus padres. Sophia estaba deslumbrante con un sencillo vestido de encaje, su pelo recogido en ondas sueltas. Cuando caminé hacia el altar, no pude contener las lágrimas. Fue el día más feliz de mi vida—hasta que unas semanas después me dijo que estaba embarazada.

Alice llegó nueve meses después, convirtiendo nuestro mundo en un nuevo tipo de caos maravilloso. Compramos una casa preciosa. Una espaciosa casa de piedra rojiza con suficiente espacio para un estudio para Sophia y una sala de juegos para Alice. La vida es ahora un acto de equilibrio, pero es mejor de lo que jamás pude imaginar.

Sophia baja del escenario, su sonrisa iluminando la sala mientras se acerca a nosotros. Me levanto, alzando a Alice en mis brazos justo cuando Sophia llega. Abraza a Alice, besando sus mejillitas y riendo con los chillidos de alegría de nuestra hija.

Luego sus brazos rodean mi cuello, y me atrae hacia un beso. Es suave, dulce, y lleno de todo lo que hemos construido juntos. Por un momento, la sala entera se desvanece, dejándonos solo a nosotros tres en nuestro pequeño mundo.

"Has estado increíble," murmuro contra su oído, mi mano acariciando su mejilla.

Los ojos de Sophia brillan mientras sonrío. "Gracias por todo, Liam. Por creer siempre en mí."

Sus padres la envuelven en abrazos apretados, seguidos por Jennifer y los chicos. Alice se aferra a ella, escondiendo su carita en el cuello de Sophia, perfectamente feliz de quedarse en los brazos de su madre. Observo, con el corazón rebosante, mientras Sophia se baña en el amor y la admiración que tan merecidamente se ha ganado.

El resto de la velada es un torbellino de felicitaciones y palabras amables. Artistas, críticos y coleccionistas se acercan a Sophia con elogios efusivos, y ella lo maneja todo con elegancia. Me mantengo atrás con Alice, dejando que Sophia brille, sabiendo que este momento es suyo.

Mientras la noche llega a su fin, nos reunimos alrededor de una de las mesas que quedan. Alice está profundamente dormida en brazos de su niñera, su conejito firmemente apretado contra su pecho. Sophia se apoya en mí, el cansancio suavizando sus facciones, pero hay una alegría serena en sus ojos.

"Lo has conseguido," susurro, besando su sien. "La mejor galería de Manhattan."

Sophia suspira, su sonrisa radiante incluso en su fatiga. "Todavía parece irreal. Pero lo hicimos, Liam. Juntos."

"No juntos," discuto suavemente. "Todo esto es tuyo, Sophia. Tu visión, tu pasión. Yo solo te apoyé."

Ella ríe suavemente, entrelazando sus dedos con los míos. "Bueno, entonces supongo que hacemos un buen equipo."

"Más que bueno," respondo, apretando su mano. "Perfecto."

Mientras el personal comienza a despejar la sala, Sophia se endereza, mirando alrededor.

"Vamos a casa," dice, su voz cálida y llena de satisfacción.

Casa. La palabra nunca ha tenido tanto significado.

Recogemos a Alice y salimos al aire fresco de la noche. Mientras abrazo a Sophia, su premio bajo el brazo, me maravillo de lo lejos que hemos llegado. De aquel beso apasionado en mi oficina a esto—nuestra familia, nuestros sueños, nuestro futuro—cada momento nos ha traído hasta aquí.

Y mientras caminamos hacia el coche, sé que lo mejor está aún por venir.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Liam y Sophia? Entonces te encantará mi novela,

Amor en Manhattan



Una madre soltera, un CEO multimillonario y un amor que ninguno de nosotros vio venir.

Cuando el soltero más codiciado de Manhattan entró en mi vida, no estaba buscando un héroe—solo intentaba sobrevivir.

Él vio las grietas en mi armadura, los miedos que escondía detrás de mi sonrisa, y no solo quería arreglarme. Lo quería todo.

Pero enamorarme de él no era simple—está mi hija, y un pasado que se niega a dejarme ir.

Su mundo está lleno de riqueza y secretos, ¿y el mío? Es desordenado, real, y ya complicado de maneras que él no podría imaginar.

Nuestra pasión es innegable, pero cuando la vida nos lanza un giro inesperado, el amor por sí solo podría no ser suficiente.

Ahora, tengo que decidir: luchar por el hombre que me hace sentir viva, o proteger mi corazón de un amor que podría cambiarlo todo.

Leer ahora! <https://mybook.to/joVnABa>



Capítulo 1 – EMMA

El reloj de la mesita de noche marca las 9:03 de la noche. Los suaves rizos rubios de Bella brillan bajo la cálida luz de la lámpara mientras está acurrucada en mi regazo, sus pequeñas manos aferrándose a los bordes de su libro favorito: La Oruga Muy Hambrienta. Lo adora, aunque lo hemos leído tantas veces que me sé las palabras de memoria.

"A ver, Bella. ¿Qué comió la oruga después?", pregunto, usando un tono melodioso para mantener su atención.

"¡Cuatro fresas!", exclama triunfante, sus ojos azules —tan parecidos a los de Jake que me produce un dolor en el pecho— iluminándose. Se inclina hacia adelante, señalando la página.

"¡Mira, mami, fresas!"

"Así es, mi amor. Muy bien." Le doy un beso en la coronilla, aspirando el familiar aroma a champú de bebé y su paleta de cereza favorita, esa que había insistido en comer antes de dormir.

Este es mi momento favorito del día: solo nosotras dos, sus risitas llenando el silencio, su cuerpecito cálido contra el mío. Por un momento, me olvido de las facturas vencidas y del dolor en mis pies después de otro turno. Por un momento, solo existimos Bella y yo, y el resto del mundo deja de importar.

Estoy a punto de pasar la página cuando mi teléfono vibra en la mesita. La pantalla se ilumina con el nombre de Jake, y se me revuelve el estómago.

"¡Papi!", chilla Bella, estirándose hacia el teléfono. Me obligo a sonreír y se lo entrego.

"Adelante, mi cielo. Dale las buenas noches a papi."

Presiona el botón verde con su pulgar, sus deditos torpes pero decididos. "¡Hola, papi!", gorjea, su rostro iluminándose cuando la imagen de Jake llena la pantalla.

"Hola, princesa", dice Jake, su voz suavizándose como siempre lo hace con ella. Por un momento, me permito observarlos. Sin importar lo que Jake sea —mentiroso, infiel, un egoísta de mierda— sigue siendo su padre. Ella lo ama, y no puedo quitarle eso.

"¿Comiste toda tu cena esta noche?", le pregunta, y ella asiente con entusiasmo.

"¡Comí macarrones con queso y brócoli! Mami dice que el brócoli me hace fuerte."

"Esa es mi niña", dice él, sonriendo. Luego su tono cambia mientras añade: "¿Le puedes pasar el teléfono a mami un momento?"

Bella me mira, ofreciéndome el teléfono como si fuera un tesoro. "Mami, papi quiere hablar contigo."

Siento que me invade el temor mientras tomo el teléfono. "¿Qué pasa, Jake?"

"Tenemos que hablar de nosotros", dice, su voz cargada de esa familiar mezcla de frustración y súplica. "De nuestra familia."

Miro a Bella, que ahora está sentada con las piernas cruzadas, trazando las imágenes de su libro con un dedo. Se ve tan inocente, tan ajena a la tensión que burbujea entre sus padres. "No hagamos esto ahora", digo en voz baja, manteniendo un tono neutral.

"¿Entonces cuándo?", espeta Jake, su voz elevándose ligeramente. "¿Vas a ir a trabajar a ese trabajo de mierda otra vez esta noche? ¿Sirviendo tragos a un montón de ricos imbéciles?"

Aprieto la mandíbula, pero mantengo la voz firme por el bien de Bella. "Ya te dije, Jake. Ahora no es el momento."

Exhala bruscamente, y casi puedo verlo pasándose la mano por el pelo, como siempre hace cuando está molesto. "¿No lo extrañas? ¿No extrañas que yo me ocupara de ti y de Bella? No tenías que trabajar en ese entonces. No tenías que..."

Lo interrumpo antes de que pueda empezar con el mismo argumento de siempre. "Jake, ya hemos hablado de esto."

Él no se detiene. "Te debe gustar trabajar ahí, ¿no? Vestirte como una..."

Corto la llamada antes de que pueda terminar la palabra. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras dejo el teléfono en la mesita, volteándolo para no tener que mirarlo. Bella me mira, frunciendo el ceño.

"Mami, ¿por qué papi dejó de hablar?"

Me obligo a sonreír, con un nudo en la garganta. "Ay, es que tenía que irse, mi amor. ¿Terminamos tu libro?"

Ella asiente, aparentemente satisfecha, y se acurruca de nuevo en mi regazo. Tomo el libro, con las manos temblando ligeramente, y termino de leer sobre la oruga que comió demasiado y finalmente se convirtió en mariposa.

Para cuando Bella está dormida, su cuerpecito acurrucado bajo su manta rosa, siento como si hubiera corrido un maratón. La arropo, le doy un beso en la frente antes de apagar la luz y me deslizo fuera de la habitación.

Mi madre me espera en la cocina, con las manos envolviendo una taza de té. Levanta la mirada cuando entro, su expresión suavizándose al ver mi cara.

"Volvió a llamar, ¿verdad?", pregunta, sin esperar siquiera a que me siente.

Me desplomo en la silla frente a ella, apoyando la cabeza entre mis manos. "Sí. Quería hablar de 'nosotros'."

Mamá resopla, un sonido amargo. "Él perdió el derecho de hablar de 'nosotros' después de lo que hizo. Nunca debiste estar con él en primer lugar."

Pongo los ojos en blanco. "No empieces otra vez, mamá."

"No, necesitas escucharlo", dice, inclinándose hacia adelante. "Te lo dije en la preparatoria que no era suficiente para ti. Pero no quisiste escuchar. Pensaste que era un Príncipe Azul, y mira dónde te dejó eso."

"Mamá, ya no soy una niña. Sé que cometí errores." Mi voz se quiebra, y odio la manera en que me arden los ojos. "Pero lo estoy intentando. Estoy haciendo lo mejor que puedo."

Su expresión se suaviza, y estira la mano sobre la mesa para apretar la mía. "Lo sé, mi amor. Y estoy orgullosa de ti. Pero no lo necesitas. Nunca lo necesitaste."

Asiento, tragándome el nudo en la garganta. "Es que... me siento tan culpable, ¿sabes? Dejar a Bella para ir a trabajar, depender tanto de ti y de papá. Es como si le estuviera fallando."

"No le estás fallando", dice mamá con firmeza. "Estás haciendo lo que tienes que hacer para darle una buena vida. Tiene suerte de tenerte."

Asiento de nuevo, aunque la culpa sigue pesando en mi pecho. "Gracias, mamá."

Sonríe. "Ahora, ve a prepararte para el trabajo. Y no dejes que ese idiota te arruine la noche."

Me levanto, tomando mi chaqueta del respaldo de la silla. Mientras me dirijo a la puerta, miro hacia el cuarto de Bella, y se me encoge el corazón al pensar en dejarla. Pero mamá tiene razón. Estoy haciendo lo que debo hacer.

Al menos, eso me digo mientras salgo a la noche, lista para enfrentar otro turno en el bar.

El viaje al trabajo es silencioso, excepto por el suave murmullo de la radio del coche. Normalmente no me molesta el silencio; me da tiempo para pensar, aunque esos pensamientos suelen convertirse en preocupaciones. Esta noche no es diferente. Mi mente repite la conversación con Jake. ¿No extrañas que yo me ocupara de ti?

La verdad es que sí extraño lo fácil que eran las cosas cuando Bella acababa de nacer. Jake se encargaba de las facturas, del mercado, de todo. Pero esa versión de él parece de otra vida. Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme en el camino. Darle vueltas no cambiará nada.

El bar ya está lleno cuando entro, el murmullo de las conversaciones mezclándose con el tintineo de los vasos y las notas suaves de una lista de música rock clásica. Me deslizo detrás de la barra, atándome el delantal y saludando con un gesto rápido a mi jefa, Carla, quien arquea una ceja por mi ligero retraso pero no dice nada.

No es el peor trabajo del mundo, pero tampoco es lo que soñé. Las noches largas, los clientes borrachos, las miradas lascivas... es agotador. Sin embargo, paga las cuentas, y eso es lo que importa. Por ahora, al menos.

Un par de horas después de empezar mi turno, lo veo. Daniel. Está sentado en su lugar de siempre al final de la barra, su cabello oscuro perfectamente peinado, las líneas elegantes de su traje resaltando bajo la luz tenue. No es ostentoso como algunos otros clientes habituales. Sin logotipos de diseñador gritando por atención, sin cadenas de oro ni conversaciones ruidosas. Solo una confianza tranquila, de esas que hacen que la gente lo note sin que él siquiera lo intente. Pide lo mismo de siempre: un bourbon solo, de la mejor marca. Ya ni siquiera tengo que preguntarle.

"Buenas noches, Daniel", digo, sirviendo su trago y deslizándolo por la barra.

"Gracias", responde, con voz baja y suave. Levanta la mirada hacia mí, y por un segundo, nuestros ojos se encuentran. Hay algo ahí, algo no dicho pero eléctrico. No es la primera vez que lo siento, pero siempre lo aparto. Los hombres como él no se mezclan con mujeres como yo.

"¿Todo bien esta noche?", pregunto, más por costumbre que por verdadera curiosidad. La charla ligera es parte del trabajo, después de todo.

Asiente, tomando un sorbo de su bebida. "¿Y tú?"

Dudo. Es una pregunta tan simple, pero me toma por sorpresa. La mayoría de la gente ni se molesta en preguntar. "Sí, estoy bien", digo finalmente, forzando una pequeña sonrisa.

No insiste más, solo asiente de nuevo y vuelve su atención a la copa que tiene en la mano. La interacción es breve, como siempre, pero se queda rondando en mi mente mientras avanza la noche.

Cerca de la medianoche, el bar empieza a vaciarse. Estoy limpiando la barra cuando Carla se acerca por detrás, con las manos en la cintura.

"Daniel sigue aquí", dice, señalando con la cabeza hacia su rincón.

Echo un vistazo. Está saboreando su segunda copa, con una expresión indescifrable. "¿Y qué?"

"Pues", dice con una sonrisa maliciosa, "que solo se queda hasta tan tarde cuando tú estás trabajando."

Pongo los ojos en blanco, ignorando el calor que me sube a las mejillas. "No empieces."

"Oye, solo digo. ¿Un soltero multimillonario, siempre sentado en tu sección, que apenas le dirige la palabra a nadie más? Suena a historia de novela."

"No es así", insisto, aunque mientras lo digo, ni yo misma estoy segura de creerlo.

Carla solo se ríe y se aleja meneando la cabeza. Me concentro en mi trabajo, negándome a dejar que sus bromas me afecten.

Mientras termino mi turno, Daniel se acerca a la barra con el abrigo sobre el brazo.

"Gracias, como siempre", dice, dejando un billete de cincuenta impecable sobre la barra.

"Sabes que no tienes que dejar tanta propina", le digo, dándole su cambio por costumbre.

"Lo sé", responde, sus labios curvándose en el más leve asomo de sonrisa. "Buenas noches, Emma."

"Buenas noches", digo, observándolo mientras se dirige a la puerta.

El resto de la limpieza pasa rápido, y cuando me doy cuenta, ya estoy de vuelta en mi coche, con el suave ronroneo del motor llenando el silencio. Pienso en Daniel, en cómo pronunció mi nombre, como si fuera algo digno de atesorar. Es un pensamiento peligroso, uno que no me puedo permitir.

Cuando regreso a casa de mi madre, las luces de la sala siguen encendidas. Entro, me quito los zapatos y me deshago de la chaqueta. Mamá está sentada en el sofá con un libro en el regazo, pero levanta la vista cuando entro.

"¿Qué tal el trabajo?", pregunta.

"Bien", digo, dejándome caer en el sillón frente a ella.

Me observa un momento, con el ceño fruncido. "Te ves cansada."

"Lo estoy", admito. "Pero no es nada nuevo."

Deja el libro a un lado, suavizando su expresión. "Jake no volvió a llamar, ¿verdad?"

Niego con la cabeza. "No, no desde antes. Pero... siempre encuentra la manera de meterse bajo mi piel."

Mamá suspira, con las manos entrelazadas en su regazo. "Ojalá lo bloquearas. O por lo menos dejaras de contestarle las llamadas."

"No puedo", digo, con la voz apenas audible. "Es el padre de Bella."

"Eso no significa que tenga derecho a tratarte así", dice con firmeza. "Te mereces algo mejor, Emma. Bella se merece algo mejor."

Asiento, pero la culpa vuelve a aparecer, instalándose pesadamente en mi pecho. "Es que... no quiero que me odie algún día. Por mantenerlo alejado."

"No lo hará", dice mamá, con un tono suave pero decidido. "Va a ver lo duro que trabajaste, cuánto sacrificaste por ella. Y te va a amar por eso."

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, pero las contengo. "Gracias, mamá."

Sonríe y se estira para apretarme la mano. "Ve a dormir, mi amor. Te lo has ganado."

Asiento, me levanto y me dirijo al cuarto de Bella. Sigue profundamente dormida, su cuerpecito acurrucado bajo las mantas, su pelo rubio desparramado sobre la almohada. Le aparto un mechón de la cara, y mi corazón se hincha de amor y culpa a la vez.

"Lo hago por ti, mi vida", susurro, con la voz apenas audible. "Te lo prometo."

Mientras me meto en la cama unos minutos después, mis pensamientos vuelven a Daniel. Su presencia tranquila, la manera en que parece notar cosas que la mayoría no ve. Una parte de mí se pregunta cómo sería dejar entrar a alguien como él, volver a confiar.

Pero sé que es mejor no hacerlo. Los hombres como él no se quedan. Y ya tengo suficiente en mi plato como para añadir otro corazón roto a la mezcla.

Leer ahora! <https://mybook.to/joVnABa>

Anteprima: Sé mía



Una mirada fugaz a través de un club nocturno repleto no debía poner mi mundo entero de cabeza.

Entre interminables turnos en la cafetería y cuidar de mi madre y mi hermana, había renunciado a la idea del romance.

Entonces apareció Grayson Holt. El tipo de hombre que exige atención sin intentarlo, que te observa con esos intensos ojos verdes como si pudiera derribar todas las defensas que has construido.

Me dije a mí misma que debía huir, que alguien como él solo complicaría mi vida ya desordenada. Pero su tacto encendió mi piel, y cuando me besó, todas mis defensas cuidadosamente construidas se desmoronaron.

Ahora estoy atrapada entre mi mundo de facturas vencidas y turnos de medianoche, y su reino de sábanas de seda y control absoluto.

Lo que más me aterroriza no es adentrarme en su mundo de poder... es saber que podría nunca querer irme.

Leer ahora! <https://mybook.to/AGpt>



Capítulo 1 – KIMBERLY

Mis pies se arrastran por el concreto agrietado de nuestra entrada mientras estaciono mi maltrecho Honda Civic.

El reloj del tablero parpadea mostrando las 9:47 PM, y mis músculos gritan después de doce horas cargando platos y esquivando clientes manoseadores en la cafetería de Pete. Es entonces cuando veo el Civic rojo cereza de Bianca estacionado torcidamente cerca del garaje, y mi agotamiento se evapora como el rocío de la mañana.

"Maldita sea, otra vez no", susurro, apretando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Esta es la tercera vez este mes – no, la cuarta si cuentas aquel domingo por la mañana cuando apareció al amanecer con el rímel corrido por las mejillas y las manos temblorosas.

Nuestra pequeña casa estilo artesanal se ve cansada bajo la luz parpadeante de la calle, su pintura verde menta pelándose como una quemadura solar vieja. Las canaletas caídas y las persianas desgastadas cuentan la historia de veinte años de promesas de "lo arreglaremos el mes que viene."

Pienso en el sobre con las propinas guardado en mi bolso – tal vez esta semana finalmente pueda reemplazar esa luz del porche rota que hace que cada regreso nocturno parezca la escena inicial de una película de terror. Aunque el aviso de mora de la compañía eléctrica que vi sobre la mesa esta mañana podría tener otros planes para ese dinero.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso – siempre lo han hecho, incluso cuando era niña. El sonido solía volver loco a papá antes de que decidiera que arreglar piscinas en Phoenix era

más importante que arreglar a su familia aquí.

Me detengo en la puerta principal, con la llave suspendida cerca de la cerradura. Hay marcas de rasguños frescos que estropean la pintura alrededor del ojo de la cerradura, y mi estómago se encoge. Bianca debió estar temblando cuando llegó.

Cuando entro, el caos me golpea como una pared física. Los platos están apilados en el fregadero, visibles a través de la entrada de la cocina. Vasos y revistas al azar cubren todas las superficies, y una pila de facturas sin abrir se derrama sobre la mesa de café como una cascada de papel.

La televisión murmura algún programa de telerrealidad que nadie está viendo, y el aroma familiar del vino blanco de mamá se mezcla con algo metálico que hace que mi corazón se salte un latido. Necesito tomar algunos turnos extra esta semana – la pila de sobres rojos no se está haciendo más pequeña, y el salario de maestra de mamá apenas alcanza para la comida estos días.

"¿Bianca?", llamo, dejando que mi bolso se deslice de mi hombro sobre la mesa tambaleante de la entrada. "¿Mamá?"

Están en la sala de estar, exactamente como temía. Bianca está posada en el borde de nuestro antiguo sofá floral como un pájaro herido listo para emprender el vuelo. Mamá se cierne sobre ella con un paño húmedo, balanceándose ligeramente mientras le limpia el labio. Sus movimientos son demasiado cuidadosos, demasiado controlados – como se pone cuando está tratando de ocultar cuánto ha bebido. Una botella de vino vacía se asoma detrás de una pila de revistas viejas, y su copa actual está al alcance de su mano sobre la mesa de café, casi vacía. No hay sorpresa ahí.

"Ay, Dios, Bianca.» Las palabras se me escapan en un suspiro mientras observo el labio partido de mi hermana, que ya se está hinchando morado en la esquina. Una delgada línea de sangre seca se extiende hasta su barbilla y algo protector cobra vida en mi pecho.

El cabello rubio miel de Bianca cae hacia adelante como una cortina, pero capto la vergüenza en sus ojos bajos, el ligero temblor en su labio inferior. Lleva uno de sus conjuntos de diseñador – un suéter de cachemir rosa pálido que probablemente cuesta más de lo que gano en dos semanas en la cafetería. Otro regalo de Carlos, sin duda. Siempre se vuelve generoso después de perder el control.

"Kimmy.» Su voz suena pequeña, nada parecida a mi vibrante hermana mayor que solía ahuyentar a los matones del patio de recreo y enseñarme a hacerme trenzas francesas. "No quería que vieras—" Se detiene, tragando con dificultad.

Cruzo la habitación en tres pasos rápidos, esquivando cuidadosamente una pila de ropa sin doblar, y me arrodillo frente a ella. De cerca, puedo ver el ligero temblor en sus manos mientras retuerce el dobladillo de su suéter. Un hábito de la infancia – solía hacer lo mismo con su uniforme escolar cuando estaba nerviosa por un examen.

"¿Qué pasó?", pregunto, aunque ya lo sé. Siempre es la misma historia con diferentes signos de puntuación – moretones en lugar de ojos negros, labios partidos en lugar de dedos rotos.

La mano de mamá se aprieta alrededor del paño, sus movimientos volviéndose menos coordinados mientras su fachada se desmorona. Bajo la dura luz del techo, puedo ver el pronunciado balanceo en su postura, el profundo rubor en sus mejillas que habla de mucho más que solo dos copas de vino. "Ese bastardo perdió los estribos otra vez", escupe, pero su toque sigue siendo suave mientras limpia el labio de Bianca.

"No fue así." La voz de Bianca adquiere esa cualidad de ensueño que me aterra – la que significa que ya está reescribiendo la historia en su cabeza. "No debí presionarlo sobre el dinero que falta. Ha estado tan estresado por el trabajo, y sabía que estaba teniendo un mal día, pero seguí haciendo preguntas—"

"Para." Agarro sus manos, obligándola a mirarme. Su piel se siente fría a pesar de la cálida noche de primavera. "Bianca, escúchate. Esto no es tu culpa. Carlos es un adicto que se vuelve violento cuando está drogado. No puedes seguir poniendo excusas por él."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color avellana – mucho más claros que los míos color miel oscuro. A veces la gente tiene problemas para creer que somos hermanas hasta que nos ven sonreír. Tenemos los mismos hoyuelos, heredados de un padre que nunca se quedó el tiempo suficiente para verlos aparecer.

"No entiendes", susurra, y odio la nota suplicante en su voz. "Él me ama. Realmente está tratando de limpiarse esta vez. Ayer, incluso habló de ir a reuniones, y tiró todas sus—"

"¿Como las tiró el mes pasado?", interrumpe mamá, sus palabras arrastrándose ligeramente a pesar de su evidente esfuerzo por sonar sobria. Deja su copa con más fuerza de la necesaria, y el líquido rojo salpica sobre el borde hacia un estado de cuenta de tarjeta de crédito sin pagar. "¿O el mes anterior? Jesucristo, Bianca, te va a matar uno de estos días."

Bianca se estremece como si las palabras de mamá fueran golpes físicos. "¡Eso no es justo! No lo ves cuando está sobrio. Es tan dulce, tan arrepentido. Me compra cosas, me lleva a restaurantes bonitos—"

"Con dinero que probablemente robó de tu cuenta conjunta", no puedo evitar intervenir, pensando en mi propio miserable saldo bancario y la creciente pila de facturas. "La cuenta que

sigue quedándose vacía aunque ambos tienen trabajo."

"Estás celosa", Bianca responde bruscamente, pero no hay verdadero calor detrás de sus palabras. Solo desesperación. "Celosa de que tengo a alguien que me ama, que quiere cuidarme —"

"¿A esto le llamas cuidarte?", señalo su labio, y ella se encoge. "Bianca, por favor. Esto no es amor. Esto es abuso, y te mereces algo mucho mejor."

"No puedo." Su voz se quiebra. "No puedo dejarlo. No entiendes lo mucho que está intentándolo." Se levanta de repente, tambaleándose ligeramente. "Solo necesito descansar. Todo estará mejor mañana. Probablemente está muy preocupado por mí ahora mismo."

"Bianca, mi amor—" Mamá intenta alcanzarla, tropezando ligeramente y sosteniéndose en el brazo del sofá. Pero Bianca ya se dirige hacia la habitación de invitados — la que todavía tiene un cajón lleno de su ropa de la última vez que juró que había terminado.

La puerta se cierra con un suave clic que de alguna manera duele más que si la hubiera azotado.

Me hundo en el sofá, presionando las palmas contra mis ojos ardientes. Los resortes crujen debajo de mí, y capto un aroma del perfume caro de Bianca mezclado con el vino de mamá.

Cuando abro los ojos, mamá está mirando fijamente su copa como si pudiera contener respuestas, sus dedos temblando ligeramente mientras la levanta hacia sus labios.

"¿Cuántas veces vamos a hacer esto?", pregunto suavemente, mirando la pila de facturas sobre la mesa y calculando cuántos turnos extra necesitaría tomar para hacer mella en ellas.

Mamá toma un largo sorbo antes de responder, fallando ligeramente al llevar la copa a su boca.

"Hasta que ella decida que ya tuvo suficiente. O hasta que él la mate." Su voz se quiebra en la última palabra. "Debí haberlo hecho mejor con ustedes, chicas. Debí haberles mostrado cómo es el amor verdadero en lugar de—"

"Mamá, no." Alcanzo su mano, estabilizándola mientras deja su copa. "Hiciste lo mejor que pudiste después de que papá se fue."

Ella aprieta mis dedos, pero puedo ver que ya está derivando hacia la cocina donde espera otra botella de Chardonnay.

Algunas noches me pregunto si todas somos adictas de diferentes maneras — Bianca a Carlos, mamá a su vino, y yo a la esperanza de que de alguna manera pueda arreglarlas a ambas.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome saltar. La pantalla se ilumina con un mensaje de Amy.

Amy: *"CHICA. Noche de fiesta. No es negociable."*

Me quedo mirando el texto.

Yo: *"Estoy lidiando con asuntos familiares."*

La respuesta es inmediata.

Amy: *"Siempre estás lidiando con asuntos familiares, que es exactamente por lo que necesitas esto. O te encuentro en Lumière o paso por ti en 20 minutos. Tú eliges. ☺"*

Miro hacia el cuarto de huéspedes donde

Bianca probablemente está llorando sobre su almohada, luego hacia la cocina donde mamá seguramente se está sirviendo otra copa.

La casa se siente pesada con palabras no dichas y errores repetidos, botellas de vino vacías y facturas sin pagar, y de repente no puedo respirar.

Yo: *"Dame 30 minutos. Te veo allá."*

En mi habitación, me paro frente a mi clóset, apartando camisas de uniforme y ropa sensata de trabajo hasta que lo encuentro – el vestido negro que me compré durante las rebajas de fin de temporada.

Es sencillo pero sexy, con un escote de corazón que muestra el suficiente escote para ser interesante sin parecer desesperada. La tela abraza mis curvas de una manera que me hace sentir poderosa en lugar de solo bonita.

Me tomo mi tiempo con el maquillaje, concentrándome en el ritual de transformación.

Las ondas oscuras de mi cabello caen más allá de mis hombros mientras trabajo con la plancha rizador, cada sección liberando una breve nube de vapor.

Delineo mis ojos color miel con sombra ahumada, dejando que el color se intensifique lentamente hasta que mi mirada parece misteriosa en lugar de cansada.

Una pasada de mi mejor labial rojo completa el look – ese que cuesta demasiado pero me hace sentir que podría conquistar el mundo.

El espejo refleja a alguien que no se parece en nada a la chica que pasó doce horas sirviendo café y esquivando proposiciones de camioneros. Esta versión de mí se ve peligrosa, intocable. Tal vez esta noche pueda pretender ser ella por unas horas.

"Voy saliendo", digo suavemente, deteniéndome junto al cuarto de huéspedes. "¿Llámame si necesitas algo?"

El silencio responde, pero sé que Bianca está despierta. Siempre tiene problemas para dormir después de noches como estas.

El viaje a Lumière toma veinte minutos, cada kilómetro poniendo un poco más de distancia entre yo y el peso del hogar.

El club se alza como un oasis brillante en el vecindario industrial, su fachada Art Deco prometiendo escape. La fila se extiende por la esquina, pero Amy ya me envió mensaje diciendo que estamos en la lista.

Adentro, el bajo retumba en mis huesos, lo suficientemente fuerte para hacer vibrar mis dientes. Las lámparas de cristal cuelgan de techos artesonados, proyectando luz prismática sobre la multitud de abajo. El aire huele a perfume caro y whisky aún más caro, con matices de sudor y desesperación.

Amy saluda desde su lugar en la barra de mármol, ya presidiendo con una copa de champán en su mano perfectamente manicurada. Parece salida de una revista con su vestido rojo ceñido al cuerpo.

"¡Por fin!", exclama mientras me abraza. "Dios, te ves increíble. ¿Ves? Esto es exactamente lo que necesitabas."

Antes de que pueda responder, me pone algo azul eléctrico en la mano. El vaso está frío contra mi palma, y el líquido en su interior brilla como una nebulosa.

"Bebe", ordena. "Luego bailamos hasta que olvidemos nuestros nombres."

Tomo un sorbo, dejando que el dulce ardor del alcohol se lleve el sabor metálico de preocupación que ha estado en mi lengua toda la noche. La multitud se divide y surge a nuestro alrededor como una marea brillante, y por un momento, me permito creer que esta noche realmente podría hacer una diferencia.

Es entonces cuando lo veo al otro lado de la barra.

Está sentado en la sección VIP como un rey, pero no hay nada relajado en su postura. Incluso recostado en un reservado de cuero, irradia poder contenido.

La luz ambiental juega sobre los planos de su rostro – todos pómulos afilados y mandíbula fuerte – mientras sus ojos verde claro observan a la multitud con un enfoque depredador. Lleva un traje gris carbón que probablemente costó más que mi auto. Su cabello castaño es corto y está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar a pesar del calor del club.

Levanta su vaso de líquido ámbar a sus labios, y observo su garganta mientras traga.

El calor florece en mi pecho y no tiene nada que ver con mi bebida y todo que ver con la forma en que flexiona su antebrazo, revelando un reloj costoso y un vistazo de un tatuaje que desaparece bajo su puño.

Entonces su mirada se encuentra con la mía, y el mundo deja de girar.

Leer ahora! <https://mybook.to/AGpt>

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Liam y Sophia!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax